

Ciudad y sociología

Albalucía Serna Ángel:
entre la realidad y la utopía

Compilador
Antonio J. Pareja A.





Centro de la ciudad de Medellín 2025
Fotografía: Juan Fernando Mesa V.

Ciudad y sociología

Albalucía Serna Ángel:
entre la realidad y la utopía

Textos

Enrique Sánchez Gutiérrez
Amparo Saldarriaga Klinkert
María Antonia Vélez Serna
Argelia Londoño Vélez
Luis Julián Salas Rodas
Manuel Restrepo Yusti
Margarita María Peláez Mejía

303
S194

Sánchez Gutiérrez, Enrique autor

Ciudad y sociología Albalucía Serna Ángel: entre la realidad y la utopía / autores Enrique Sánchez Gutiérrez [y otros 7] - 1 edición - Medellín: UPB, 2025 -- 180 páginas.

ISBN: 978-628-500-164-2 (versión impresa)

ISBN: 978-628-500-163-5 (versión digital)

1. Medellín (Antioquia, Colombia) -- Aspectos sociopolíticos - 2. Medellín (Antioquia, Colombia) -- Historia - 3. Medellín (Antioquia, Colombia) -- Condiciones sociales - 4. Serna Ángel, Albalucía -- Biografías - 5. Serna Ángel, Albalucía, Entrevistas

CO-MdUPB / spa / RDA / SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Enrique Sánchez Gutiérrez
© Amparo Saldarriaga Klinkert
© María Antonia Vélez Serna
© Argelia Londoño Vélez
© Luis Julián Salas Rodas
© Manuel Restrepo Yusti
© Margarita María Peláez Mejía
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Ciudad y sociología. Albalucía Serna Ángel: entre la realidad y la utopía

ISBN: 978-628-500-164-2 (versión impresa)

ISBN: 978-628-500-163-5 (versión digital)

Primera edición, 2025

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Padre Diego Marulanda Díaz

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Coordinadora Editorial UPB: Lisa María Colorado Rodríguez

Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Sebastián Zapata Muñoz

Corrección de estilo: Weimar Toro

Imagen de carátula: Juan Fernando Mesa Villa. Centro de la ciudad de Medellín, 2025

Imagen de contracarátula: Juan Fernando Mesa Villa. Centro de la ciudad de Medellín

Grupo editor: Antonio J. Pareja A., coordinador. José Fernando Montoya O., Beatriz del Castillo V., Enrique Sánchez G., Amparo Saldarriaga K., Marta Palacio S.

Participación y colaboración: chat de sociólogos egresados de la UPB

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2025

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Medellín - Colombia

Radicado: 2341-26-02-25

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

❖ *Contenido*

❖ Presentación: Con los pies en la tierra	8
<i>Enrique Sánchez G.</i>	
❖ Introducción: El logro de una utopía. Ser auténtica.....	18
<i>Amparo Saldarriaga Klinkert</i>	
Primera Parte	
Semblanzas de Albalucía Serna Ángel †.....	23
❖ Palabras para mi mamá.....	24
<i>María Antonia Vélez Serna</i>	
❖ Seda, in memoriam Albalucía Serna	26
<i>Argelia Londoño Vélez</i>	
❖ Albalucía Serna Ángel, mi admirada profesora... mi entrañable amiga.....	28
<i>Luis Julián Salas Rodas</i>	
❖ Albalucía Serna	32
<i>Manuel Restrepo Yusti</i>	
❖ In memoriam Albalucía Serna	36
<i>Margarita María Peláez Mejía</i>	

Segunda Parte

Escritos de Albalucía Serna Ángel †	39
❖ Algunos recuerdos.....	40
❖ Conversación con Albalucía Serna Ángel † y el grupo de sociólogos de la UPB	55
<i>Conversación coordinada por Beatriz del Castillo y José Fernando Montoya</i>	
❖ ¿Cultura de la pobreza?	72
❖ El medio ambiente urbano	93
❖ Los usuarios del espacio público en el centro de Medellín.....	110
❖ Una mirada a la sociología en Medellín.....	121
❖ Una mirada al hábitat desde la sociología	152
Anexo fotográfico	175



Estación Parque Berrío, Metro de Medellín 199X
Archivo fotográfico familiar.

❧ *Presentación:* *Con los pies en la tierra*

Enrique Sánchez G.

Los sociólogos tenemos una mirada puesta en la realidad y otra en la utopía. Sin una interpretación objetiva y crítica de la realidad, y sin un horizonte posible de transformación de la vida social, la sociología no parece posible. Esta es una conclusión de la lectura de *Ciudad y sociología*. Albalucía Serna Ángel: *entre la realidad y la utopía*.

Hija de una maestra de escuela y un administrador de fincas, Albalucía nació en el municipio de Pácora, en una familia de nueve hijos, dos hombres y siete mujeres. Su padre, de orientación conservadora, llegó a ser alcalde, y creció en Salamina, adonde llegó su familia desplazada por la violencia de los años 50. Contaba Albalucía:

Crecí en una familia con una madre muy liberal... para mamá fue tan importante la educación de las mujeres, como de los hombres, nunca hizo distinción en ese sentido, siempre nos trató igual, creo que eso influyó sin duda, en mi actitud frente a la vida (Serna, 2022, p. 65).

Pácora y Salamina, pueblos del sur del departamento de Caldas, tradicionalistas y patriarcales, fueron el medio en el que Albalucía se formó y donde vivió en constante rebeldía silenciosa, hasta terminar sus estudios secundarios. “Lo único que aspiré para mí —confiesa— fue autonomía e independencia” (Serna, 2015).

Fiel a su propósito de estudiar, trabajar y ser independiente, apartándose del referente tradicional de mujer sumisa y reducida al hogar, en 1965 se trasladó a Medellín, en donde trabajó como secretaria de relaciones públicas de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB) y en donde también estudió sociología.

Quería ser arquitecta, pero el contacto con un familiar, Fabio Botero Serna, egresado de Lovaina, a quien ayudó en su estudio sobre clases sociales en Salamina, la llevó a la sociología.

Sus estudios en Wisconsin y en Holanda le dieron un nuevo rumbo a su trabajo intelectual, orientado al estudio y la comprensión, a partir de los clásicos de la sociología, de las estructuras sociales, las instituciones que la conforman y sirven de referencia a los grupos humanos, y que guían el comportamiento de las personas.

En Estados Unidos vivió una época intensa que estuvo signada por las protestas estudiantiles contra la guerra de Vietnam y los debates sobre las desigualdades y la pobreza, tema que Albalucía aborda en su tesis de maestría en la que pone en cuestión el concepto de “cultura de la pobreza”, en boga en ese tiempo, por la influencia de los libros del Oscar Lewis.

Regresó a Medellín a dictar clases de sociología en la UPB y luego en la Universidad de Antioquia. Enseñó acerca del pensamiento de los clásicos de la disciplina, Weber, Parsons, Durkheim, entre otros, y sobre los métodos y técnicas de la investigación social. Enseñaba en un ambiente, a veces hostil, en el que la disciplina, en Colombia, abordaba el estudio de la realidad social desde y al servicio de las ideologías políticas y no propiamente desde las ciencias sociales, y en el que, había una prevención injustificada sobre las escuelas anglosajonas del pensamiento sociológico. También trabajó en el uso de las matemáticas, en especial de la estadística, una herramienta fundamental en la disciplina, pues consideraba que su utilización era un recurso empírico y reduccionista de la realidad social. Como ella misma lo cuenta:

[Era] un momento de mucha movilización política, de surgimiento de la movilización estudiantil, también del surgimiento de los movimientos guerrilleros y de las vinculaciones de estos movimientos con grupos universitarios. Era una situación muy compleja y yo, además, una docente muy inexperta enseñando Funcionalismo, Métodos y Técnicas de Investigación... posiblemente tenían bastantes razones para ser rechazada o, por lo menos, para ser cuestionada por grupos de estudiantes, pero bueno, digamos, que sobreviví... Traté de ir introduciendo algunas modificaciones en el pènsum, sobre todo en el programa de *Prácticas de Investigación*, que fue una lucha mía para

hacer que los estudiantes pudieran visualizar una forma de ejercicio de la profesión, diferente al activismo político o la docencia (Serna, 2022).

Atraída desde joven por la cultura y la vida de la ciudad, se apasionó por la vida urbana, hacia la que orientó su ejercicio profesional, como una de las pioneras de esta disciplina en el país. Desde su docencia en la UPB se vinculó al *Plan Metropolitano de Medellín, el Valle de Aburrá y el Oriente Cercano*, con lo cual hizo luego realidad su sueño de especializarse en Holanda, en un programa académico de planeación y estudios urbanos.

En la Universidad de Antioquia, donde enseñó y participó en la creación del Instituto de Estudios Regionales INER y el Centro de Estudios de Opinión, participó en el estudio y la formulación de los planes de desarrollo de los municipios antioqueños de Guatapé y Liborina. En 1980 fue jefa del Departamento de Sociología y en 1997 vicedecana.

Estudió los procesos de urbanización de Medellín y publicó, en la universidad, el documento *Composición social y movilización política en barrios populares de Medellín*, y abordó el estudio de la política de urbanización de vivienda sin cuota inicial del gobierno de Belisario Betancur.

Inspirada en *Ciudades diversas*, la propuesta de Jane Jacobs, crítica del urbanismo contemporáneo y quien escribió sobre la vida y la muerte de las grandes ciudades, Albalucía se interesó en la transformación y apropiación del espacio urbano, por parte de diferentes grupos sociales en el centro de Medellín.

En su artículo de 1997, *El medio ambiente urbano* —incluido en el presente libro—, considerando que la urbanización es la transformación antrópica más drástica que pueda sufrir un medio biofísico, examina las tendencias mundiales del crecimiento urbano y observa que, a diferencia de los países desarrollados, la urbanización en América Latina ha sido el resultado de procesos traumáticos de desplazamiento económico o forzado, y de graves crisis socioeconómicas. Señala que el problema ambiental urbano es mucho más serio en los países pobres, por la deficiente infraestructura productiva y ambiental, y la ausencia de instrumentos adecuados de planeación y regulación. Llama la atención sobre la expansión incontrolada de la malla urbana, la falta de infraestructura y la localización de viviendas en zonas de alto riesgo. Las grandes ciudades crecen sin control alguno y sin capacidad para dotar a sus

habitantes de los servicios básicos y, además, los administradores urbanos no ven, no consideran, las necesidades de la ciudad del futuro y promueven programas de expansión en las ciudades, sobre tierras productivas. Concluye la autora que los procesos de expansión de las áreas urbanas en América Latina, “son con frecuencia despilfarradores del espacio y amenazantes del entorno natural y del mismo ambiente urbano” (Serna, 1997).

Albalucía mira a Medellín, que conoce, y hace un balance crítico de la política ambiental de la ciudad, mostrando que no existe una política clara de usos del suelo, que las licencias de construcción favorecen a los urbanizadores y no a la comunidad; que las empresas urbanizadoras suelen contradecir los criterios ambientales, y que hay una reducción drástica de las zonas protectoras y de recreación. Además, que los niveles de contaminación del río Medellín continúan en aumento y están por encima de las normas de permisibilidad. Considera que el principal problema ambiental de las grandes ciudades es la contaminación del aire y que su causa fundamental es el transporte automotor. En Medellín, las mediciones realizadas a partir de 1983 muestran concentraciones superiores a las permitidas.

La socióloga Serna, fiel a su espíritu y formación propone: densificar la ciudad, controlar el parque automotor, racionalizar el transporte y crear espacios públicos junto a programas de educación ciudadana para el uso y apropiación adecuada. Y, al igual que su maestro de pregrado, el sociólogo Juan Fernando Mesa, recomienda la intervención del cerro El Volador como activo recreativo de la ciudad.

En su trabajo *Una mirada al hábitat desde la sociología*, de 2006, Albalucía hace un recorrido sobre los debates más destacados en la teoría sociológica sobre la ciudad, y expone, por vía de ejemplo, el uso de los conceptos de las distintas escuelas sociológicas, a partir de su propia experiencia investigativa.

Se refiere, en primer lugar, a la Escuela de Chicago y a la obra de Robert Park y Ernest Burges, quienes ven la ciudad como un ecosistema, enfoque conocido como “teoría de las zonas concéntricas”, que fue divulgado por primera vez en el libro *The City*, en 1925. También hace mención de la “vertiente culturalista” conocida a partir de la obra de Louis Wirth, quien introduce al modelo variables socioculturales para explicar los procesos “naturales” que siguen las ciudades.

La llamada Escuela de Chicago tuvo influencia en los primeros estudios sobre el centro de Medellín, en los cuales participó Albalucía, patrocinados por la Oficina de Planeación Municipal. Dice Albalucía:

Fue precisamente en esa época cuando se empezó a pensar en Medellín que, ya que la ciudad se extendía a la periferia, que las clases altas que primero ocuparon el centro (parque de Berrío y sus alrededores inmediatos), que luego habían pasado al anillo exterior de la ciudad desarrollada hasta entonces (Prado y Miraflores), y que ahora se trasladaban a Laureles y empezaban a impulsar la expansión hacia fuera, era necesario el traslado de actividades culturales, comerciales e institucionales hacia la periferia del centro, para escapar al deterioro del centro tradicional o para impulsar el desarrollo de esos anillos periféricos. Mientras tanto, el centro histórico se abandonaba y las fuerzas del mercado empezaban a valorizar más la periferia (Serna, 2006).

Aborda, luego, a los teóricos del “desarrollo de la comunidad”, que proponen un enfoque que lleva al asistencialismo. Presenta como ejemplo el trabajo de Louis Wirth, que hace énfasis en los valores comunitarios, muchos provenientes del comunitarismo propio de la vida rural, cuyos valores debían ser protegidos y potenciados frente a los males de la vida urbana.

Las brechas de desigualdad de las ciudades es un tema abordado por economistas y sociólogos en América Latina, en el marco de la llamada *teoría de la dependencia*. Dice la socióloga:

El temor a la propagación de un espíritu revolucionario proveniente de la triunfante revolución cubana, y los consiguientes apoyos de la comunidad internacional con Cuerpos de paz, Alianza para el progreso y Caritas incluidos, conducían a buscar salidas a los problemas sociales más álgidos en las nuevas poblaciones de migrantes (Serna, 2006).

El proceso de urbanización que conducía a las consecuencias de desequilibrio, pobreza y conflicto identificadas, eran analizadas en esta mirada, bien, como patologías propias de la desintegración moral y cultural (“cultura de la pobreza”), o bien, como producto de una “sobre urbanización” con formación de una población marginal, no integrada al sistema y producto

del subdesarrollo económico y social reinante en todo el continente. Esta visión es acogida por las instituciones en su afán de atender los problemas urbanos creados por la migración, la marginalidad y las desigualdades sociales.

El marxismo, en los años 70, impone una visión de la ciudad como un producto de la historia, como un producto social y un espacio de lucha de clases, por el acceso a la tierra y la vivienda, y dirige su atención al estudio de los movimientos sociales urbanos. En su experiencia personal, en el estudio sobre *Composición social y movilización política en barrios populares de Medellín*, que tenía un enfoque marxista, nos cuenta Albalucía que, al final, se subestimaron los datos empíricos para concluir los que el marco teórico ya contenía.

En los años 80 hay un viraje hacia los estudios culturales, en los que la ciudad no es solo un hecho físico, o un conjunto de relaciones económicas, sino que también es representación, imagen y construcción simbólica. Los estudios urbanos se hacen más interdisciplinarios y, en sociología, se vuelve a los clásicos (Durkheim, Max Weber, George Simmel), a la obra del antropólogo Marcel Mauss, a la fenomenología de Husserl, Kant y Wittgenstein y a una interpretación crítica de la “modernidad”. La ciudad se piensa más allá de sus funciones, como el espacio donde son posibles otros modos distintos de vivir, crear, circular y ser libres. Concluye Albalucía diciendo que “no sabría decir si esto es sociología, antropología, literatura o filosofía. Pero eso parece ser lo característico de esta nueva etapa en el desarrollo de las disciplinas sociales” (Serna, 2006). Y vislumbra los cambios profundos que está produciendo la tecnología, especialmente, en las comunicaciones, y que hacen pensar en ciudades sin un espacio físico, o en la perspectiva de Castell, en “ciudades de la información”.

Finalmente, la socióloga plantea el reto que significa la sostenibilidad de las ciudades, tema cada vez más importante, por la crisis de las grandes urbes para la provisión de servicios y por el deterioro de los ecosistemas naturales que la ciudad utiliza y afecta.

Albalucía considera las tensiones existentes entre el artificio de la ciudad y el medio ambiente del que depende y depreda, y considera que:

La tarea para la sociología consiste en analizar las posibilidades de lograr cierta armonía entre el ecosistema natural y la ciudad; de conciliar, desde la planeación del ordenamiento territorial y la gestión urbana, la intervención depredadora del hombre sobre el ecosistema, con las acciones creativas que su cultura le permite desarrollar (Serna, 1997).

Albalucía rechaza el abordaje del estudio de las ciudades sin un fundamento científico. Reclama los estudios empíricos, la recolección de datos específicos sobre las formas de vida colectivas e individuales y las condiciones de adaptación a la vida urbana.

Sobre la llamada “cultura de la pobreza”, la socióloga hace una reflexión en la que plantea un debate ampliamente documentado: la cultura no es solo un conjunto de normas y valores que rigen el comportamiento, sino que está constituida también por saberes, valores, habilidades costumbres y artefactos que están mucho más allá de las normas que rigen el comportamiento. Y como es herencia social, es también cultura adquirida. Advierte la autora que el cambio cultural es un proceso lento, es decir, rara vez ocurre en el lapso de una generación. Los cambios culturales significan cambios en los valores individuales, por lo que reitera la tesis de Rodman, según la cual, “la sociedad está basada en un sistema común de valores, lo cual no significa que todos los individuos en la sociedad hayan internalizado igualmente todos los valores de la sociedad” (Serna, 1971), pues algunos valores refuerzan la identidad distintiva y otros son aspiracionales, y estos últimos son el mejor indicador de un sistema de valores. Albalucía se opone a la naturalización de la pobreza como cultura, con rasgos distintivos propios, o como subcultura. La pobreza es un hecho social.

Teniendo como referencia la obra de Herbert Gans, concluye que los pobres no son deficientes, sino desposeídos y que las consideradas diferencias culturales son solo adaptaciones del comportamiento a las condiciones objetivas. Critica y explica la baja participación de los pobres en la política y las organizaciones, y muestra que ello no es un atributo de esta condición sino, que las explicaciones hay que buscarlas en las condiciones objetivas en que se desenvuelve la vida social.

Albalucía se interesó también en la historia de la sociología y publicó en 1996 el trabajo incluido en este libro, *La sociología en Medellín*, editado por la Asociación Colombiana de Sociología. En este texto cuenta la creación de

la facultad en la UPB¹, el contexto social conflictivo de la época, los cambios en los pénsums y la introducción del estudio de los clásicos de la disciplina, incluyendo la obra de Karl Marx.

Se refiere a la apertura de las nuevas escuelas de la disciplina en Medellín: en la Universidad Autónoma Latinoamericana (1967); la Universidad San Buenaventura (1967); y la Universidad de Antioquia (1968). Evalúa los programas de cada una de estas universidades, sus cambios y el impacto que tuvo en ellos la crisis de 1980.

En el artículo, Albalucía valora el papel e importancia que tienen las prácticas y hace la observación crítica sobre los pénsums, señalando que ofrecen pocas oportunidades de trabajo. De los 2000 sociólogos formados en Medellín en los 30 años que cubre el estudio, pocos trabajaban en las áreas de su formación como sociólogos.

De manera consecuente con su visión de la disciplina, concluye su trabajo recomendando el fortalecimiento de los procesos de investigación en las escuelas, incluyendo el uso de las nuevas tecnologías y la relación con expertos de distintos campos del saber, para “romper el aislamiento”, el bajo nivel de producción intelectual y crear una cultura de la evaluación.

Hecho este breve recuento de los textos que el lector encontrará en este libro veamos un perfil de la socióloga:

- » Tuvo una salud frágil, por una afección cardíaca que le detectaron desde niña; pero poseía una gran fortaleza intelectual. Siguió su propio camino.
- » Fue una profesional sencilla, sin pretensiones, ajena a los halagos, que sabía escuchar y enseñar. Ejerció su cátedra y saber en la Universidad Pontificia Bolivariana, de donde egresó, y en la Universidad de Antioquia en donde dictó clases hasta el final de sus treinta años de vida docente.

¹ Sobre la creación de la Facultad de Sociología de la UPB véase el libro *Revelaciones*, publicado en 2024 por la Editorial UPB, como iniciativa del grupo de egresados de dicha facultad.

- » Enseñaba teoría y metodología de la investigación, explicaba los complejos y sutiles mecanismos de los sistemas sociales y los retos para su estudio y comprensión. Dotada de una paciencia infinita con sus alumnos, explicaba y hacía comprensible lo difícil.
- » Dotada de una gran sensibilidad, ejercía un carisma especial entre sus alumnos y colegas.
- » Veía la necesidad del pluralismo y el debate franco en la universidad, institución que, por definición, debe serlo. Creía en la importancia y necesidad de la investigación y el trabajo interdisciplinario.
- » Su enfoque era práctico, con los pies en la tierra. Defendía la orientación de la formación hacia la sociología aplicada. Desde su propuesta de reforma del p^énsum de sociología en la UPB, veía el ejercicio del sociólogo conectado a los desafíos sociales del presente, sin negar la necesidad e importancia de una visión de futuro, de una utopía necesaria.
- » La sociología no es una disciplina especulativa ni autocontenida. Albalucía, inspirada en los clásicos, veía en la acción social, consciente, fundamentada en objetivos posibles y guiada por la ética inspirada en valores, una herramienta posible de cambio social.
- » Fue pionera en los estudios propios de la sociología urbana, su pasión, y se interesó de manera especial en la relación de la ciudad con su ambiente natural. Consideraba, de manera optimista —su utopía— que mediante la investigación y la aplicación de los instrumentos de planeación, el ordenamiento territorial y la gestión urbana era posible conciliar el uso de los recursos del medio natural y la afectación de los ecosistemas con las acciones creativas que evitan los daños ambientales, los resuelven o moderan, y agregaba que: “corresponde a la sociología analizar las fuerzas y los procesos sociales que han contribuido a transformar el medio ambiente, entendido no solo como recurso natural, sino también como instrumento de poder, como medio de legitimación social, como bien económico” (Serna, 2006).

Frente al futuro de la disciplina, veía al sociólogo asumiendo los grandes desafíos globales del presente, los cuales ponen en riesgo la existencia de la vida en el planeta. Dice Albalucía:

el campo de ejercicio profesional más interesante para el sociólogo sería en relación con lo medio ambiental: ¿qué es lo que va a pasar con este planeta en el futuro?, ¿para dónde vamos?, ¿cuáles son las posibilidades de estilos de vida que puedan contrarrestar el cambio climático? (Serna, 2022).

Albalucía murió el 18 de mayo de 2023, después de una intensa vida dedicada al trabajo y a la academia “la utopía era mi sueño, y la utopía fue lo que realicé en 30 años de docencia e investigación” (Serna, 2022). Con los pies en la tierra, agregaría yo.

Referencias

Serna, A. (1971). La cultura de la pobreza.

Serna, A. (1997). El medio ambiente urbano.

Serna, A. (2006). Una mirada al hábitat desde la Sociología.

Serna, A. (2015). Algunos recuerdos.

Serna, A. (2022). Conversación con Albalucía Serna Ángel.

❧ *Introducción*
El logro de una utopía.
Ser auténtica

Amparo Saldarriaga Klinkert

*Caminante, son tus huellas
 el camino y nada más;
 caminante, no hay camino,
 se hace camino al andar.
 Al andar se hace camino,
 y al volver la vista atrás
 se ve la senda que nunca
 se ha de volver a pisar.
 Caminante no hay camino
 sino estelas en el mar.*

ANTONIO MACHADO (1912)
 Del libro *Proverbios y cantares*

Somos un grupo de egresados de diferentes promociones de la Facultad de Sociología de la UPB. A raíz de las conversaciones fuimos consolidando un grupo coordinador de los encuentros virtuales (desde 2019) y presenciales, las publicaciones en memoria y reconocimiento a nuestra Universidad Pontificia Bolivariana, Facultad de Sociología, los maestros y a nosotros mismos, reconociendo sus cualidades humanas, profesionales y, sobre todo, los inmensos aportes a la Sociología y a la sociedad colombiana en los diferentes campos de las humanidades, especialmente, nuestro compromiso y decisión de contribuir a una comunidad justa y equitativa; en procura de una sociedad en clave del desarrollo humano integral y sostenible.

Desde nuestro primer encuentro presencial en el 2019, seguimos contando con el apoyo invaluable de la Unidad de Egresados de la UPB, tanto en los asuntos organizativos, logísticos, tecnológicos y de relacionamiento, lo que ha dado un valor agregado a nuestro trabajo y nos permite presentar un testimonio de agradecimiento para las directivas de la UPB.

El otro factor de éxito que nos ha permitido lograr la participación comprometida, activa y constante es nuestro chat de egresados, que cuenta, más o menos, con 50 abonados. La emisión de más o menos 21 videoconferencias¹, entre el 2019 y 2024, en las que presentamos las principales actividades profesionales en el área de la sociología de los participantes.

Finalmente, el poder entregar esta segunda publicación: Ciudad Y Sociología, Albalucía Serna Ángel: entre la realidad y la utopía, dedicada al reconocimiento y difusión de la obra y los aportes sociológicos de nuestra maestra, ha sido sin duda el compromiso, el entusiasmo y la dedicación de todos y cada uno de nuestros colegas sociólogos UPB, que nos apoyan con sus comunicaciones, tiempo, conocimientos, y aportes económicos, para, que logremos nuestro propósito colectivo de ser un grupo de influencia, para todos aquellos que viven en función de la promoción de las ciencias sociales.

El grupo coordinador de la edición encabezado por Antonio Pareja A., José Fernando Montoya O., Beatriz del Castillo V., Amparo Saldarriaga K., Enrique Sánchez G. y Marta Palacio S. agradece este apoyo.

Tal como le expusimos en nuestra publicación anterior (Revelaciones. Memorias, huella y legado sociológico del maestro Juan Fernando Mesa Villa)² recordamos que:

Con motivo del día del sociólogo, en diciembre de 2019, tuvimos la oportunidad de reencontrarnos, en el campus de Laureles de nuestra Universidad, por iniciativa de algunos colegas.

¹ Las grabaciones de estas charlas o conferencias se pueden consultar en el siguiente enlace: https://upbeduco-my.sharepoint.com/:f/g/personal/alejandra_carmona_upb_edu_co/Em7Z_rAacdGoLzRIBf1vSwBTw6nauKMG8grGyMClFuCiQ?e=5%3a69TcGi&at=9

² Este libro puede ser consultado en el siguiente enlace: <https://repository.upb.edu.co/handle/20.500.11912/11493>

Nos buscamos para conversar de las vivencias con las amistades juveniles, que surgieron en los diferentes espacios de la sede de la Bolivariana, en la Playa. La mayoría hicimos parte de las generaciones rebeldes de los años 60 y 70 del siglo pasado, con nuevas utopías rondando en nuestras mentes, e irrumpimos en la Universidad en procura del saber y la formación para aportar a la transformación de una sociedad excluyente y enferma de violencia. Y años después nos encontramos, con cambios sociales importantes, pero con similar tragedia. Como estudiantes de sociología, conocimos parte de la realidad del país a través de la lectura de textos como “La Violencia en Colombia” y otros, y hoy medio siglo después, leer el contexto del Informe final de la Comisión de la Verdad.

Nuestro reencuentro sucedió un poco antes de la pandemia, la que obligó al encierro, y a experimentar situaciones de soledad e incertidumbre, que, a la vez, se convirtieron en oportunidad para conversar a través de las redes sociales, sobre la cotidianidad social y asuntos afines a la profesión, haciéndonos compañía; y nos volvimos cómplices en el proceso de dar sentido superior a la vida en momentos de prueba. Desde entonces, nuestro chat se convirtió en un vehículo de entretenimiento y múltiples aprendizajes.

Por medio de videoconferencias mensuales, que se realizan con el apoyo de la Unidad de Egresados de la UPB, nuestros compañeros, hacen memoria de su vida, y su realización vocacional como profesionales de la sociología dando cuenta de sus utopías juveniles, referentes en el que se forjaron espíritus sensibles, críticos, reflexivos y propositivos, contribuyendo a rasgar el futuro, en procura de una visión de sociedad en clave del desarrollo humano integral y sostenible (p. 9).

El presente libro está inspirado en la videoconferencia promovida en nuestro chat, y en la que participó nuestra maestra y amiga Albalucía Serna, el 28 de octubre del 2022. Durante esta conversación nos contó que su vida estuvo dedicada a la investigación y la docencia, en el campo de la sociología, la investigación en la teoría sociológica, los métodos y técnicas de investigación sociológica, la planeación, el urbanismo y la vida de la ciudad, la fotografía y el medio ambiente.

Incluimos, en esta edición, cinco documentos de alta calidad teórica e investigativa, escritos por Albalucía durante su práctica profesional y académica, recuperados de su archivo personal, donde conservaba los borradores de estos, por lo que no es posible dar cuenta fiel de los textos referidos siguiendo la normatividad sobre la citación. Incluimos, además, de manera especial, las semblanzas que de Albalucía realizaron sus colegas sociólogos y amigos más cercanos, a saber; Argelia Londoño, Julián Salas, Manuel Restrepo y Margarita Peláez. Agradecemos a estos colegas, quienes nos regalaron no solo la semblanza académica de Albalucía, sino que también nos “abrieron sus almas” y nos enseñaron el valor del respeto y la amistad, en el desarrollo integral de Albalucía.

Durante todo el tiempo que este grupo ha estado activo, contamos con el entusiasmo de Albalucía hasta su partida (2023), para que continuáramos con nuestro proyecto de difusión de las ciencias sociales y con el reencuentro de los egresados de la Facultad de Sociología UPB. Agradecemos a Andrés Vélez (su esposo) y a María Antonia (su hija), quienes siempre apoyaron a Albalucía en este proceso y quienes, después su partida, nos siguen apoyando y participando activamente de nuestras iniciativas.

Para esta publicación, Andrés y María Antonia nos han suministrado textos del archivo personal, fotos y nos han dado sus conceptos y aportes en forma muy generosa, agradecemos su presencia. Los consideramos como parte activa de nuestro chat de sociólogos y amigos egresados de la UPB.

Estimados lectores y comunidad académica, ponemos en sus manos, una parte de la obra de nuestra amiga y maestra en Sociología, Albalucía Serna Ángel, fruto de su investigación y práctica docente.

Como colectivo de egresados de la Facultad de Sociología UPB reconocemos en la socióloga e investigadora Albalucía Serna, la maestra de maestras, emérita en sociología. Agradecemos la difusión de todas sus enseñanzas y esperamos que sean de satisfacción y buen recuerdo para quienes convivimos con ella en este ambiente académico. Esperamos que sea de inspiración para ustedes y para las nuevas generaciones de estudiosos de las ciencias sociales.

Agradecemos a todos nuestros colegas del chat por sus aportes. Sin su compromiso y presencia no hubiéramos logrado esta publicación.

Primera Parte
Semblanzas de Albalucía Serna Ángel †

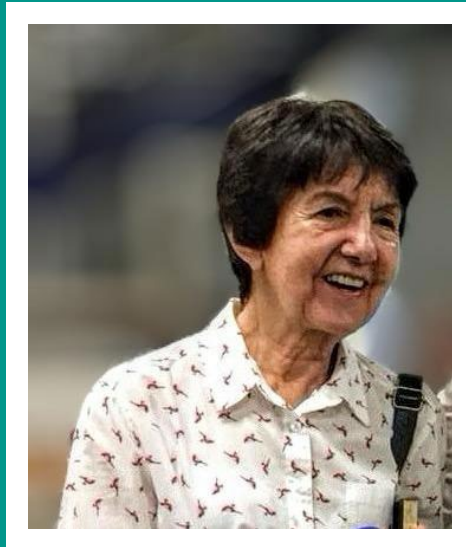


Foto de Albalucía Serna Ángel tomada del encuentro de Sociólogos 2019.

❧ *Palabras para mi mamá*¹

María Antonia Vélez Serna

Tengo, ahora, más o menos la edad que tenía mi mamá cuando decidió traerme al mundo, después de haber escogido al padre más maravilloso; aunque, probablemente, pocos lo habrían predicho. Pero mi mamá era de decisiones impecables: dominaba el arte de escoger un camino y de seguirlo, sin suponer que fuera el único camino posible; pero sin angustiarse por los que quedaban sin recorrer. Así, sin remordimientos, la quiero despedir.

Como compañera de viaje era ideal, con su curiosidad siempre abierta hacia el mundo que nunca llegó a aburrirla, así estuviera fotografiando pueblos coloniales, ciudades europeas, bichos raros en el Rastrojito, o —incansablemente— fotografiando a su propia hija.

Ahora puedo decir que compartió conmigo la mitad de su vida, y siempre me gustó saber que yo no era su vida entera. Todos los que estamos aquí sabemos cómo entregaba su atención, su tiempo y su cuidado, y sabemos, entonces, que el afecto no es menos por no ser exclusivo.

Parte de su vida queda en el legado compartido de la docencia y la investigación. En años recientes sus estudiantes y colegas habían empezado a celebrar esa labor pionera que a ella le costaba reconocer como excepcional. Yo creo que no era solamente modestia, sino ese hábito de, simplemente, hacer lo que había que hacer, sin miedo; pero sin esperar premios. Ahora que comparto su oficio, me doy cuenta de que no puede haber sido fácil combinar su dedicación a los estudiantes y colegas con mi crianza y el cultivo generoso de tantas amistades y lazos. Pero yo nunca sentí que su afecto escaseara, porque siempre que la busqué estuvo completamente presente para mí, para quererme sin condiciones ni reservas.

¹ Texto leído como homenaje de despedida a Albalucía Serna. Medellín, mayo 20 de 2023.

Tal vez esa serenidad para estar con la otra persona, en cada momento, sea la de alguien que miraba de frente la inevitabilidad de la muerte, que había convivido con su inminencia desde muy joven. Tal vez, por eso mi mamá actuaba sin procrastinar, pero sin afanes, y con ese ritmo pausado y constante hizo que le rindiera infinitamente la finitud de su tiempo.

En los próximos días y semanas espero que me cuenten muchas historias de las otras facetas de la vida de mi mamá, en las cuales yo no estuve, y tal vez me sorprendan; aunque sé que, en el fondo, todos conocimos a la misma persona: una mujer de una sola pieza, sin dobleces ni apariencias. Yo creo que fue una mujer libre, que desde su libertad decidió querernos. ¡Qué gran privilegio!

❧ *Seda, in memoriam* *Albalucía Serna*

Argelia Londoño Vélez



Petroglifos Serranía La Lindsa, departamento del Guaviare.
Foto proporcionada por Argelia Londoño Vélez.

Esta es mi semblanza del Alba que me habitó algunas tardes, en tertulias y almuerzos para celebrar la vida, hablar del país, la democracia y del proceso de paz, del sí y del no, y, sobre todo, para honrar nuestra amistad.

Como todas, ella fue una colcha de retazos, tejida con seda, porque si existe una palabra para describir a Albalucía, sería esa, la palabra 'seda': sutil, fresca y cálida, de suave caída sobre el cuerpo. Sin estridencias, sin carreras o militancias apasionadas, sin ruido, sin juicios tajantes. Albalucía

no caminaba, ella se deslizaba como un felino sin garras. Lo suyo era la escucha atenta, la pausa, lo breve, con la distancia justa para apreciar los pulsos del acontecer de la universidad, de la ciudad y del país.

Nos animó a conocer a los clásicos de la sociología, nos enseñó a navegar con los maestros Durkheim y Weber, con las metodologías de investigación, al tiempo que teníamos serias conversaciones de mujeres que abrimos los ojos en la segunda cincuentena del siglo pasado. Me entregó como regalo trozos de su intimidad. Fueron memoriosas, amables y necesarias conversaciones en clave de toma de decisiones sobre nuestros cuerpos, los amores, los amantes, las sexualidades, la maternidad, el aborto y el deseo en sus diversidades y con sus equipajes.

Alba era territorio de libertad, sin miedo y con audacia. Alba fue transgresora, sin pretensiones, porque supo volar. Me agradaba su mirada dulce y agradecida del legado materno y de su propia maternidad; agradecida del estudio como la mejor herencia y acto de redención e independencia, como decían nuestras madres. Hablaba de Andrés con profundo cariño y sonrisa juguetona, y de María Antonia, como su mejor obra.

Los caminos de la memoria me llevan a Salamina, con sus puertas y balcones, cuando recorrimos sus calles, el cementerio, y en donde visitamos las tumbas de los ancestros y rememoramos con afecto nuestros orígenes campesinos y rurales. También me lleva el recuerdo a los recorridos por el Eje Cafetero, cuando visitó con Andrés la zona en donde la Fundación Universidad de Antioquia apoyó el proceso de reconstrucción, después del terremoto que devastó el Eje Cafetero, territorio que nos hermanaba por nuestros orígenes compartidos. Vienen a mi corazón los senderos trasegados de un viaje al Guaviare, el almuerzo en la caseta de jugos de la U. de A., el tinto en la cafetería de Hugo y el dip de queso crema con pimentón, las tardes de amigas... y, así, muchas otras cosas simples que hacen de la amistad una red de imágenes y de estrechos y profundos vínculos. Ahora mismo, la veo con sus infaltables camisas blancas y sus yines azules en dirección a las aulas de Sociología, en el bloque 9 de la U. de A.

❖ *Albalucía Serna Ángel,
mi admirada profesora...
mi entrañable amiga*

Luis Julián Salas Rodas

Cómo y cuando conocí a Albalucía como profesora



Salamina, Caldas.

Foto proporcionada por Luis Julián Salas.

En el pénsum de la Facultad de Sociología de la Universidad Pontificia Bolivariana, el área de Teoría Sociológica contaba con VIII semestres, a saber: Comte, Durkheim, Max Weber, Parsons, Estratificación Social, Sociología Urbana, Sociología Política y Sociología del Desarrollo. Mi primer contacto con la profesora Albalucía fue en el transcurso del IV semestre, segundo semestre de 1977, cuando la teoría sociológica a estudiar era el “estructural funcionalismo” del sociólogo norteamericano Talcott Parsons (1902-1979).

Albalucía ya era profesora de tiempo completo del Departamento de Sociología de la Universidad de Antioquia, donde dictaba esa misma materia. Egresada de la licenciatura en Sociología de la UPB, ya había realizado, becada, estudios de postgrado en la Universidad del Estado de New York, Estados Unidos, y en el Instituto de Estudios Sociales Urbanos en la Haya, Holanda. Nadie más idónea y preparada que Albalucía para dictar a Parsons. Recuerdo que el primer día de clases, al exponer el programa, las actividades y la forma de evaluación nos exhortó a leer, estudiar y comprender al autor directamente desde sus textos, en especial su libro *El sistema social*. Nos explicó el surgimiento del funcionalismo, el contexto histórico y social, y su influencia en el desarrollo intelectual de Parsons, el marco de referencia de la acción y la interacción social, los componentes estructurales del sistema social, los sistemas y subsistemas sociales, el proceso de socialización, el problema del método y la conducta desviada, además de los mecanismos de control social y otros temas. De *El sistema social* nos puso a leer, exponer y resumir los primeros tres capítulos, de doce, libro editado por la Biblioteca de la Revista de Occidente, que aún conservo. Confieso que fue una tarea muy ardua, muy difícil comprender los conceptos, categorías y análisis de dicho autor. Albalucía, con paciencia y dedicación, me orientó a realizar cuadros sinópticos de los capítulos, cuando aún no se hablaba ni se conocía de la elaboración de mapas mentales o de infografías. De esa forma, poco a poco, fui asimilando la jerga complicada del maestro Parsons.

Era notoria, y evidente, la dedicación con la que Albalucía preparaba sus clases; su hablar pausado, su manera magistral que hacía fácil el aprendizaje, con ejemplos, la encriptada y compleja escritura de Parsons. Albalucía denotaba talento y vocación por la docencia y la investigación. En sus escritos era muy rigurosa y precisa en el uso del lenguaje y los conceptos. Siempre fue generosa en compartir sus conocimientos sociológicos.

Un asunto muy destacado en ella era su profundo respeto, atención y escucha a las ideas, argumentos y posiciones intelectuales e ideológicas de sus alumnos. Razón y motivo más que suficiente para admirarla, como persona y profesora. Y cuando en el devenir de mi ejercicio profesional como sociólogo me desempeñé como profesor siempre la tuve presente, como un ejemplo a seguir; porque como bien dice el refrán: “la palabra enseña, pero el ejemplo arrastra”.

Algunos rasgos prominentes de su personalidad

No gustó, ni buscó nunca Albalucía el protagonismo, el reconocimiento lisonjero y adulador por su trabajo docente e investigativo y sus logros profesionales. Procuraba siempre mantener un bajo perfil. Y fue así como se ganó el aprecio, sincero y genuino, de sus amigos, colegas y de la comunidad académica. De ahí el impacto, la tristeza y las demostraciones colectivas de pesar por su fallecimiento repentino. Ni que decir del impacto emocional y afectivo en toda su familia y parentela.

Admiré también en ella la manera en que asumió sus años de jubilación, pues se mantuvo activa en otras ocupaciones y aficiones distintas a las labores académicas. Creo que no se aburría un solo día y disfrutó del tiempo compartido con Andrés y María Antonia, con sus numerosos hermanos y hermanas, con sus amigos/as y sus viajes. Además de su clara inteligencia, otro rasgo de su personalidad que admiré en ella fue su risa espontánea, su sentido del humor, aun en las situaciones más adversas de la vida. Nunca le oí alzar o subir el tono de su voz en una conversación o debate.

El viaje con ella y una amiga a Salamina (Caldas)

Un tema recurrente de conversación entre nosotros era el de su familia de origen, de sus padres y hermanos caldenses. De sus años de infancia, adolescencia y juventud, tanto en Pácora, donde nació, como en Salamina donde creció y se educó. Yo le decía, constantemente, que quería conocer Salamina, uno de los pueblos patrimonio del país. Bueno, el momento se dio y, en el segundo semestre de 2018, Albalucía, junto con su gran amiga María Eugenia Arango Sosa y conmigo, nos fuimos de viaje, en mi carro, por una semana a recorrer y conocer los pueblos, paisajes y lugares de su terruño tan querido.

Hacía varios años que ella no iba por esos lares. Para ella fue un reencuentro muy evocador y gratificante. Al pasar por la Pácora, nos contó que allí había nacido por que su padre administraba una finca agrícola y lechera; pero que había sido en Salamina donde había crecido y asistido a la escuela y al colegio. Nos llevó a caminar cada calle de Salamina, y de cada calle, de cada casa había

un recuerdo, una vivencia que relatar. Inclusive, nos llevó a conocer la casa, en un segundo piso, donde vivió con su familia, pero que en aquel momento era habitada por un adulto mayor que, igual, nos permitió la entrada. Y, allí, Albalucía nos mostró los usos de los espacios y nos narró las costumbres de su otrora vida familiar. También nos llevó a conocer el Colegio de la Presentación donde cursó su bachillerato. Relató e hizo memoria de sucesos y personajes del pueblo en la época de la violencia bipartidista; al igual que de los esfuerzos de su señora madre por educar la numerosa prole que tenía, pues quería sacarlos adelante en su viudez. Nos contó, además, de sus primeros años en Medellín, cuando vivía con una tía y era secretaria en la UPB, donde trabajaba de día y estudiaba de noche. Fue un viaje maravilloso y enriquecedor en el que pude conocer más a fondo de su vida personal y familiar.

De mi admirada profesora y amiga entrañable valoré sus virtudes de honestidad, coherencia e integridad. Buena amiga de sus amigas y amigos, leal y segura confidente. Me quedan de Albalucía muy buenos recuerdos, valiosas enseñanzas y gratos momentos compartidos. Doy gracias a la vida por haber tenido la oportunidad y el privilegio de conocerla, de tenerme entre sus amigos cercanos y tratarla durante 47 años. La diferencia de edades no fue nunca obstáculo alguno para mantener una amistad sin sombras, sin interrupciones, sin altibajos. Su muerte nos priva de su presencia física, mas no de su querido recuerdo. A mi edad, ya no fácil conocer y cultivar nuevas amistades como la que tuve con Albalucía por tantos años.; por lo que su fallecimiento me hizo reflexionar en valorar y reforzar más mis amistades de toda la vida.

Agradezco a los colegas del grupo de egresados que me permitieron escribir esta semblanza sobre mi admirada profesora y entrañable amiga: Albalucía.

Rionegro, 4 de noviembre de 2024.

❧ *Albalucía Serna*

Manuel Restrepo Yusti

Dedicar unas palabras a la memoria de Albalucía Serna —uno de los seres más especiales que he conocido en mis largos ochenta años de vida—, ante el colectivo de sociólogos de la Universidad Pontificia Bolivariana, es tener la oportunidad de brindarle un emocionado homenaje y un sentido recordatorio a la amiga, colega y maestra de siempre.

Mientras empiezo a dibujar las primeras líneas, que brotan de un amoroso trance de recuerdos, voy deteniendo mi mano para recordar el poema de Miguel Hernández: *Elegía*, escrito como homenaje a un amigo:

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupó y estercolas,
compañero[a] del alma, tan temprano.
Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento
a las desalentadas amapolas
daré mi corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que de doler me duele hasta el aliento.

Después de este adiós hecho poema, fijo en mi memoria trozos de la biografía de Alba, “mi seráfica doctora”, como solía llamarla, escondida en las anécdotas que de ella se cuentan, o que ella narraba con ese humor de inocencia y finura exquisita que la caracterizaban, encuentro una clave maravillosa de su personalidad, que la mostraba como alguien que siempre buscó ser la propia cancerbera de su irrenunciable proyecto de vida.

Ese camino para cultivar su propio destino y su anhelada autonomía estuvo acompañado por la negación a aceptar lo que le imponían las voces autoritarias que le exigían la obediencia ciega, las circunstancias y los mandatos tradicionales del entorno por los que transcurrieron su niñez, su

adolescencia y su plena madurez. Ella bien sabía que existían dos formas de negar: la que destruye y obstaculiza, o la que sirve para reafirmar un valor superior y sobreponerse ante una mala circunstancia, la cual conduce a superar el peso de la costumbre de una sociedad profundamente patriarcal, para levantar con sus propias fuerzas los altares de heteronomía, esperanza y superación. Esta última forma de negación fue la que siempre cultivó mi admirada amiga.

Bastarían unos cuantos ejemplos para entender ese loable proyecto ético, que incluía el hacer de la sociología un sistema de vida:

Se negó a aceptar aquello que le imponía la sociedad tradicional que había moldeado ese ambiente pueblerino y conservador de Pácora y Salamina, aunque nunca olvidó el azul profundo de sus cielos y la belleza cautivante de aquellos paisajes que alegraron su niñez y adolescencia; azul en el que el vuelo de las aves, que remontaban aquellas montañas cruzadas por antiguos y vernáculos caminos por donde se gestó un arrollador proceso de colonización, era como un llamado de libertad. A pesar de su postura crítica contra ese mismo entorno, no dudo que Albalucía estaba llena y agradecida siempre de ese “origen” que ella mostraba con orgullo. La imagino en las madrugadas moliendo el maíz que antecedió a las mesas familiares que inauguraban el despertar mañanero con aroma de café cosechado en la finca de su padre.

Se negó a seguir el destino que aquella sociedad patriarcal, de mediados del siglo pasado, le deparaba a la mujer, y vislumbró en la educación un camino de superación. Recordando a Simone de Beauvoir, Albalucía fue testigo de que “no se nace mujer, se deviene mujer”. Siempre defendió la autonomía de su género sin necesidad de autoproclamarse feminista. Su convencimiento sobre este asunto era tan personal y genuino que merecía el respeto de las rancias militancias y reconocidos activismos. Siempre mostro con orgullo ese “cuarto propio” del que ya había hablado la gran Virginia Woolf.

Se negó, con profundo respeto, a adoptar la filiación política de sus ancestros y de su padre, y reconoció el terrible daño que el dogmatismo partidista le trajo al país, al ser testigo de las persecuciones que sufrió su propia familia, debido a ese choque de banderas rojas y azules que se desplegaron rabiosamente como pendones de una absurda intolerancia.

Se negó a oír la voz de su obispo cuando le pidió que se consagrara a la vida conventual y optó por construir, en sus espacios vitales, un verdadero lugar de tolerancia y respeto por el otro, reconociendo siempre que en la iglesia católica, de la que nunca se apartó —sin perder su sentido crítico—, un humilde cura de pueblo estimuló en ella su acercamiento a la sociología y que, entre las paredes de una oficina parroquial, encontró su primera experiencia laboral como secretaria de despacho.

Se negó a asumir la sociología como una manera radical de entender su accionar profesional y se apartó de toda forma de fundamentalismo. Investigar antes que teorizar fue el camino que la puso a salvo de aquellos extremos a los que había alcanzado el ambiente en las escasas facultades de sociología que había en el país. A pesar de ello, sin un rasgo de prevención, mantuvo la idea de contribuir al fortalecimiento de organización de la comunidad científica de esta disciplina y profesión.

Se negó a continuar sus estudios de posgrado en la famosa Universidad del Estado de New York, y prefirió alejarse de aquel campus pleno de ensordecedoras consignas radicales y complicadas especulaciones teóricas, para buscar un espacio de reflexión y estudio más sereno y práctico en Wisconsin: siempre pensando en lo que más le convenía a la sociología en Colombia. Albalucía tomó esta crucial decisión no sin antes haber comparado el currículo y analizar las necesidades que tenía la naciente sociología en Colombia. De nuevo hay que decir que tales decisiones no eran una negación, sino la afirmación de su admirable carácter práctico. Y lo que es más admirable, de formarse para poner a dialogar “la aldea” de la que venía con aquel universo que desplegaba su modernidad en las capitales que una beca le había permitido conocer.

Se negó a los halagos y al arribismo, propios de ciertos círculos académicos, y asumió con responsabilidad el papel de la docencia. Con ello honró la memoria de su madre, también maestra en aquellos míticos pueblos.

Se negó, en lo más íntimo y personal, a continuar una relación amorosa, cuando supo del estatus de la mujer y de las desiguales relaciones de género en la cultura de un pretendiente venido de lejanas tierras.

Se negó a dejar esa envidiable prudencia y sabiduría que la caracterizaba, aun en los momentos más difíciles, cuando el ambiente en su querida Medellín y la Universidad de Antioquia, donde desempeñaba la docencia, estaban en manos de los señores de la guerra. Albalucía siempre buscó la salida menos traumática de aquel camino que se cubría de una enceguecedora niebla.

A lo que nunca se negó fue a la esperada maternidad de la amorosa María Antonia y a su incondicional amor por Andrés, su eterno compañero y cómplice.

Estas son las razones de mi testimonio sobre mi amistad con Albalucía, un ser único e irrepetible. Por eso, al terminar estas apresuradas notas, que expresan el vacío que dejó su ausencia, repito el sentido lamento de despedida de los versos de Miguel Hernández:

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

Bogotá, noviembre de 2024.

❧ *In memoriam Albalucía Serna*

Margarita María Peláez Mejía

Albalucía Serna: profesora, amiga, colega, ¡MAESTRA!



Al fondo, de izquierda a derecha: Albalucía Serna, Fernando Uribe, Laura Legarda, Alannath Ocampo, Carolina Naranjo. Tomada en mayo 2023 en restaurante del barrio Carlos E. Restrepo.
Foto cedida por Margarita Peláez.

Conocí a Albalucía Serna cuando fue mi profesora de sociología en la Universidad Pontificia Bolivariana. Ella era muy joven, venía con una maestría de los Estados Unidos y traía conocimientos en investigación, teoría sociológica y urbanismo.

Su tono de voz amable y firme inspiraba confianza, aun sin iniciar sus planteamientos. Sus conocimientos los compartía con profesionalismo, profundidad, deleite y generosidad. Era maestra y amiga. Compartíamos espacios e intereses con el grupo de teatro de la Universidad Pontificia Bolivariana, del cual yo hacía parte, y Albalucía era acompañante permanente.

Al cerrarse la carrera de sociología de la UPB, Albalucía se integró como docente en el Departamento de Sociología de la Universidad de Antioquia, al que yo me vincularía años más tarde.

Como colegas, fortalecimos nuestra amistad y conformamos un grupo de amigos en el que se incluyeron: Andrés, su compañero y padre de su hija; y Fernando, mi esposo. Éramos colegas y amigos que compartíamos una visión de la universidad pública y un compromiso con nuestra profesión de sociólogos, y por la que hicimos aportes a la investigación y a las prácticas profesionales, como salidas a la crítica situación social y política del país. En esto participábamos entre otros: Argelia Londoño, Manuel Restrepo, Raúl Vásquez, Rosalba Arango y yo.

Albalucía jugaba un papel fundamental en las discusiones acaloradas de nuestro grupo, en el que ella, con su actitud calmada, con su coherencia, disciplina y respeto por las opiniones diversas, hacía su intervención argumentada, poniendo un ritmo tranquilo para que el ambiente emocional se calmara, podernos disponer a la escucha, y concluyéramos en acuerdos y propuestas. Fue la vicedecana de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, donde trabajó en equipo con el decano, Fernando Uribe.

Compartimos épocas de grandes cambios y violencias al interior de la Universidad de Antioquia, consecuencia del ambiente político y social vivido en el país y en la ciudad.

En mayo del 2023, tres días antes de su partida a otras dimensiones, me acompañó a la exposición de la obra de Alejandro Cock Peláez, mi hijo. Su obra había sido ganadora de los “Estímulos Audiovisuales del Ministerio de Cultura”. Su intervención en la Biblioteca Pública Piloto fue amorosa, analítica y agradecida. Cerró con un aplauso del público. Al terminar nuestras exposiciones en el evento, decidimos salir a cenar juntos. El equipo que me acompañó a desarrollar esta beca y recuperar la memoria y los archivos de Alejandro, Albalucía, Fernando y yo. La que conocía mejor la urbanización Carlos E. Restrepo era ella, nos llevó a un delicioso restaurante. Albalucía fue el centro de la atención esa noche, nos sugirió el menú con la especialidad del restaurante. Como anfitriona del lugar, inició contando unas anécdotas de Alejandro cuando era niño, nos participó con orgullo sobre su hija María Antonia, su trabajo intelectual y sus proyectos, que tenían relación con los

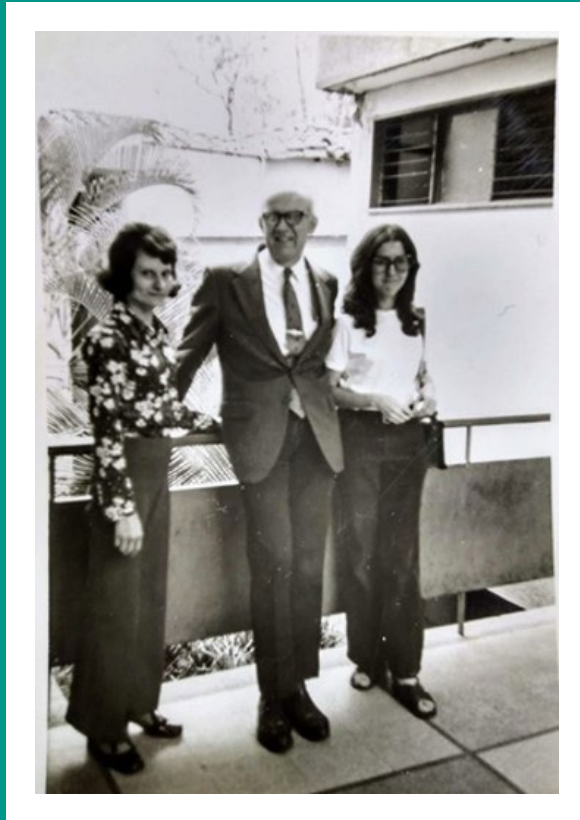
intereses de dos de las integrantes del grupo de la beca. Compartieron los correos electrónicos para contactarse, porque pronto ella vendría al país. Terminada la cena, la llevamos a su apartamento, nos despedimos con un fuerte abrazo y con agradecimientos por una tarde-noche tan bella, interesante, de tanto afecto. Fue nuestro último adiós. La sigo recordando con su sonrisa y su paso firme y confiado hacia su hogar.

Siempre se ha dicho que como se vive, se muere. Tuve la fortuna de leer sus memorias de infancia y entender que nunca traicionó su origen campesino, el dolor de pertenecer a una familia desplazada, la indefensión de su niñez, su cercanía desde temprana edad con la muerte, pues su hermanita de siete años murió por afección cardíaca, misma que le había sido diagnosticada a Albalucía, y que, como ella decía: “yo he pensado en la muerte como una realidad más o menos cercana y sin miedo ni aspavientos aprendí a verla como algo natural”.

La enfermedad siempre la acompañó y le permitió vivir el presente como un regalo de la vida. Esa fue su gran diferencia y su valoración del mundo. Trascender lo que no era esencial, centrarse en lo fundamental, no perder la calma y la esperanza. La enfermedad nos lleva a asumir el viaje hacia el interior, el único que da la fuerza para conectar con lo esencial y trascendental de la existencia humana, y para lograr esto se requiere valentía y autenticidad, de ambas cualidades ella hizo gala.

Gracias maestra por tu presencia en nuestras vidas, por ser un ejemplo a seguir y por el camino recorrido juntas.

Segunda Parte
Escritos de Albalucía Serna Ángel †



Año 197X, de izquierda a derecha: Trinidad Goez, profesor visitante, Albalucía Serna.

❧ *Algunos recuerdos*

Albalucía Serna Ángel †

Febrero 19 de 2015. Me propongo a dejar por escrito algunos de mis recuerdos de vida, de una manera sencilla, como si le contara un cuento a mi hija, sin pretensiones literarias y menos certeza de que las cosas pasaron como las recuerdo.

Hace años que mi hija me dijo la primera vez: “mami, por qué no escribes tus memorias... A ti te han tocado muchos cambios en tu vida y en el país”. Más recientemente, también mi compañero y padre de mi hija me lo dijo y, aunque quizás ellos lo hagan pensando sinceramente que algún mérito me corresponde, yo estoy convencida de que han sido las circunstancias y la época las que pueden merecer un registro. Finalmente, si hoy decido arrancar, ha sido especialmente porque, también yo, en los últimos años, me he lamentado muchas veces de no haber hablado más detenidamente con papá y mamá, de no haberles preguntado detalles sobre sus vidas y la época que les correspondió vivir. Por ejemplo, ahora que tanto se habla de víctimas de la violencia por parte de las FARC, de los paramilitares, de las mismas Fuerzas Armadas, yo he empezado a pensar que “nosotros”, la familia, también fuimos víctimas de “desplazamiento forzado” por cuenta de la conocida Violencia de las décadas del 40 y del 50, y me sorprenden dos cosas: ¿cómo lograron nuestros mayores (padres, tíos, abuela) continuar con sus vidas sin hacernos sentir nunca, a los menores, que éramos “víctimas” o que vivíamos una situación extraordinaria?, ¿por qué yo nunca, ni siquiera cuando ya tenía formación en sociología, me senté a conversar detenidamente con mis padres sobre lo que pasó en ese momento, cuando todas las familias del núcleo de mi padre, debimos abandonar Pácora, de afán?, y, aún más... ¿cómo nunca le presté más atención a mamá, ni le pregunté muchas cosas que hoy me pregunto, cuando ella hablaba de su infancia y juventud?; ¿por qué nunca interrogué a papá sobre esa vida dura que sin duda le tocó como hijo mayor de una familia de 17 hermanos, viviendo y trabajando en el campo, primero en Aránzazu y luego en Pácora? Aunque sé muy poco de ese pasado familiar,

y ya no hay a quien preguntarle (la abuela y todos los tíos mayores están muertos y, los jóvenes y niños de entonces poco supimos), intentaré registrar lo que recuerdo y lo que me han contado sobre nuestra vida hasta febrero de 1953, hace justo 62 años, cuando mataron al tío Delio y todos debimos desplazarnos a Salamina. Intentaré luego hablar de mi vida a partir de los 10 años, cuando los recuerdos son más claros y el contexto diferente.

En una síntesis apretada porque, aunque conozco las generalidades de la historia nacional y regional, nunca le he prestado mucha atención a las tradiciones familiares, ni a la genealogía, puedo afirmar que tanto la familia de mi padre como la de mi madre procedían del oriente antioqueño y habían llegado a Aránzazu y a Pácora en la época de la colonización antioqueña, proceso que abarcó buena parte del siglo XIX y que condujo a la fundación de municipios como Aguadas, Pácora, Salamina y Aránzazu, para referirme solo a la zona donde se asentaron los antepasados de la familia.

Papá, el mayor de una familia de 17 hijos, nació en Aránzazu en 1917, su padre fue siempre administrador de propiedades rurales, al servicio de un tío de la abuela, su esposa que había recibido concesiones de tierra en las jurisdicciones de Aránzazu, Salamina y Pácora. Sé muy poco de la infancia de mi padre, pero entiendo que su educación alcanzó un segundo año de secundaria en el liceo público de Salamina, gracias al apoyo de un tío. Pero, apenas adolescente, le tocó trabajar duro al lado de su padre, para contribuir al sustento de la numerosa familia.

De mi madre sé que nació en Pácora, en 1913. Su padre tenía tierras y criaba ganado, gozaba de una buena posición económica en la zona, pero murió muy joven, dejando viuda a una esposa también joven, con 12 hijos (entre 16 años y 5 meses). Por supuesto, la situación económica cambió: las propiedades, mal administradas por los jóvenes huérfanos y algún tío, ya no rentaban. La abuela rezaba y lloraba y, rápidamente, pasaron a depender del apoyo de familiares. El hermano mayor, sin duda abrumado por la responsabilidad, abandonó la casa; asumió la administración el segundo hijo, y unos años después la mayor de las mujeres, aún muy joven y, con solo la educación primaria, logró un nombramiento de maestra y empezó a ayudar a su mamá y a sus hermanos. Mi mamá, que al morir su padre tenía 5 años, pasó su infancia y primera juventud, igual que los demás hermanos, entre tíos, tías, madrinas, y abuelas... la familia repartida y la mamá en la iglesia.

Parece que mamá siempre demostró especial interés por el estudio, pero en Pácora, en la década de los 20, solo se cursaban dos años más a partir de la primaria básica que llamaban sexto y séptimo grado. Ella no solo los cursó y los repitió para no dejar de estudiar, sino que consiguió, ya adolescente, una beca en la Normal Superior de Señoritas de Manizales y se fue como “interna”. En esos años, primeros de la década de los 30, no existía carretera entre Pácora y Manizales. Era un viaje de tres días: dos jornadas a caballo (Pácora - Salamina y Salamina - Aránzazu) y, luego, el cable que funcionaba entonces entre Aránzazu y Manizales, pero diseñado más para carga que para pasajeros. Así logró cursar mamá los seis años y regresar a Pácora con un nombramiento de maestra para la escuela de niñas.

Pero ese sueño de mi madre de ser maestra solo le duró tres o cuatro años. Para esa época, la familia de mi padre se había trasladado a Pácora a administrar una propiedad del mismo tío de la abuela Botero. El joven Libardo salía al pueblo los domingos, conoció a la maestra Laura; el romance progresó, se decidió el matrimonio, pero, para tener su propia familia era necesario que se independizara de sus padres y la opción fue, de nuevo, administrar una finca de un pariente, en Aránzazu. Y, como correspondía en la época, la maestra dejó su escuela y se fue con su marido al campo, a la vereda Alegrías, en Aránzazu. ¡Era enero de 1941! ¡Y todavía se debía viajar a caballo y llevar el equipaje en mulas!

Terminando el año 41 nace la primera hija. La vida continúa. El trabajo es duro y progresar significa comprar un pedazo de tierra. La oportunidad se presenta de nuevo en Pácora. Padre e hijo se unen ahora para adquirir una finca, “Ginebra”, cerca al Alto de las Coles, la cual irán librando con su producido. Ahora el retorno, también a caballo, incluye una hija pequeña y otra en el vientre. Era ya el año 43 y el nacimiento mío sucede el 12 de marzo, en la finca Yarumal, cerca de Pácora, en casa de los abuelos paternos... y 40 días después, los cuatro para “Ginebra”, de nuevo a caballo y con equipaje en mulas.

Y aquí empiezan esos primeros años de mi vida que de alguna manera recuerdo como felices, jugando al aire libre, bajo los árboles de café, en las quebradas y rastrojos, con la yegua, el caballo, la vaca y todos los bichos que acompañaban el día y la noche. Los juguetes eran los grillos y los cocuyos que recogíamos en cañutos de caña que papá nos preparaba. Disfrutábamos y ayudábamos desde muy pequeñas... primero Irene y yo. Nació luego un

hermanito (¿1945?), dicen que era un niño sano y hermoso. Guardo una imagen de la cuna en el corredor... de la caída... ¿responsabilidad mía? El bebé tenía 5 meses... veo su pequeño féretro blanco en la casa de los abuelos en Pácora... mamá llorando... ¿son imágenes?, ¿son recuerdos?, ¿me lo contaron? No sé. Para papá y mamá una gran pena. Una meningitis, producto de una caída de la cuna, cuando yo, de dos años, quise arrullarlo para que dejara de llorar mientras papá y mamá atendían otros asuntos. Regresamos a la finca, la vida sigue tranquila, sin noticias del mundo o del país.

Ahora es el año 47, poco antes de que lleguen las mellizas, muere el abuelo paterno. Para este parto, ya identificado por alguna partera como doble, es más seguro estar en el pueblo. Vamos a la casa de una tía (ella está con su familia, en su finca, nosotros en su casa donde vivía también, en ese momento, la abuela materna. Todo parecía ir bien, papá debe volver a la finca, mi hermana mayor y yo nos enfermamos de tosferina, las bebés se contagian, muere una de las mellizas, ahogada, mientras mamá atendía a la otra y no había nadie más en casa. Tenía 40 días. Otra pena profunda para papá y mamá; pero volvemos a “Ginebra”, la finca, y la vida sigue. Para mí solo hay juego, alegría, libertad, perseguir el ternero, buscar moras silvestres, coger guayabas y naranjas, meterse a la quebrada, recoger bichos, jugar entre los árboles, en los columpios o el “mataculín” que nos había hecho papá, escoger café para sacar la “pasilla” que era para las mujeres, esperar el parto de una vaca, ponerle nombre al ternerito, subirse a la yegua, esperar la “postrera” al lado de la vaca a la hora del ordeño, tomar la leche con plátano asado en las brasas, mojarse bajo la lluvia... El día pasa rápido, el atardecer se prolonga, llega la noche, se encienden las velas. ¡A dormir temprano! Pero antes debemos usar la letrina, a unos 50 m de la casa, y debemos ir con velas. El agua sigue cayendo toda la noche, en la batea del corredor, desde una canoa de guadua, el baño será en la quebrada, frío... muy frío. No hay luz eléctrica, no conocíamos aún la radio y, por supuesto, no había llegado el tiempo de la televisión, ¡pero éramos felices!

Pensando en esa época, en las condiciones de vida, en la comida, el vestido, las comodidades de la vivienda (sin energía eléctrica, sin acueducto ni alcantarillado, sin vías de acceso) me parece que podíamos tener más carencias que el campesino pobre de hoy. Estábamos completamente aislados, consumíamos los productos de la misma finca (plátano, maíz, fríjol, yuca) y lo poco que papá traía el sábado del pueblo (carne de res, arroz, panela, papa; nunca olvidaba algún mecato, especialmente, manzanitas de coco o

bombones). En ocasiones, había algo de verdura en la huerta (zanahoria, repollo, cebolla larga) y casi siempre podíamos coger naranjas, guayabas, moras silvestres, guamas y chachafrutos. Desde muy pequeña yo fui de mal apetito o, mejor dicho, no me gustaban muchas de las cosas de la dieta diaria. Odiaba la sopa de bolo o el dulce de victoria, de los frijoles me tomaba solo el caldo, detestaba el “machorrucio” (colada de maíz) y muchas otras cosas de la dieta habitual. Comía mal, sufría frecuentemente de resfriados y amigdalitis; me cuidaba poco, salía a la lluvia, no me abrigaba... era una niña muy delgada, aunque nunca me sentí pobre ni enferma. A pesar de no vivir diferente a los hijos de los trabajadores, yo era la hija del patrón y no “una pobre niña descalza, con candelillas y agripada”. ¡Al pueblo salíamos para la Semana Santa, cuando nos compraban zapatos y estrenábamos el vestido nuevo que mamá nos había cosido para la ocasión!

Pero siguiendo con la vida de la familia, recuerdo el día en el que papá regresó del pueblo un fin de semana, contando acerca de los graves disturbios que estaban sucediendo en las principales ciudades del país y del ambiente de zozobra por la situación política que se había generado con el asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán. Era abril de 1948, papá y mamá hablaron largo, se notaba que estaban preocupados. Por esa época habían construido en la finca un pozo para almacenar agua (lo recuerdo como una piscina), no sé con qué propósito, pero mamá pasaba muchas horas de pie en el agua fría, llevándonos a mis hermanas y a mí, y aún a las primas y tías que algún día nos visitaron, tratando de que aprendiéramos a nadar; pero parece que ese enfriamiento prolongado le generó un reumatismo que demandaba tratamiento. No recuerdo la fecha, tampoco los detalles del trasteo, pero sé que a mediados de ese año nos instalamos en Pácora, cerca de la casa de la abuela materna, en una casa arrendada, en la que, al poco tiempo, nació otra hermanita.

Para comienzos del año 49, creo yo, compraron casa en el pueblo; pero papá se quedaba toda la semana trabajando en la finca. Recuerdo que fue una época difícil, pues percibía que la situación económica era dura: papá trataba de suministrar mercado tanto para su mamá y sus hermanos como para nosotros, pero en ocasiones no le alcanzaba y se tenía que endeudar. Además, la enfermedad de mamá se agravaba, necesitaba visitas médicas y medicinas... papá se tenía que ir a la finca, nosotras, las mayores aún éramos muy niñas, la mayor había empezado ese año la escuela, yo tenía 6 años... mamá enferma y embarazada (aunque de eso nunca se hablaba con los niños y nosotras ni nos

enterábamos). Se decidió que viajara a Salamina donde había un buen médico que podía tratarla, yo viajaría con ella para ayudarla en lo personal (lavarle la ropa, etc.), nos quedaríamos donde una tía de papá; las otras tres hermanitas las dejaron en casa de dos tías y la abuela materna. Sé que fueron varios meses, pero debimos regresar antes de octubre porque ese mes, de manera más o menos precipitada, se decidió que la mayor y yo debíamos hacer la primera comunión, porque venía el obispo y confirmaría a todos los niños y quienes ya teníamos “uso de razón” nos debíamos confesar para la confirmación, entonces era mejor aprovechar y que hiciéramos también la primera comunión.

La preparación para dicho acontecimiento es uno de los recuerdos de mayor confusión de mi infancia. Ese supuesto “día más feliz de la vida” para la mayoría de los niños de familias católicas de la época, no dejó para mí más que recuerdos de dificultades, obligaciones, compromisos, temores, miedos, etc. Desde el punto de vista práctico no había quién se ocupara. Al final, como mamá estaba en cama y el dinero era escaso, una tía nos ofreció los vestidos que el año anterior habían usado sus hijas; otras primas se ofrecieron para arreglarnos (desde hacernos marrones la víspera, hasta advertirnos que no podíamos comer nada desde la noche anterior) y preparar el almuerzo de ese día. Para la confirmación, nosotras mismas debíamos buscar las madrinas; pero yo recuerdo que no entendía lo que pasaba... Para la preparación espiritual nos mandaron, de afán, donde las “monitas Jiménez”, unas solteronas de Pácora que se especializaban en el asunto. De dicha preparación yo solo recuerdo el terror que nos infundieron al infierno, el espanto del diablo que ya venía si hacíamos una comunión sacrilega, si no nos arrepentíamos de los graves pecados contra el sexto mandamiento, de la importancia de saberse de memoria las oraciones, sobre todo el “Yo pecador”, que se debía rezar para que la confesión fuera válida... y, francamente, para esa época, yo con 6 años de edad, cuando aún no sabía leer y sin ingresar aún a la escuela, poco o nada sabía de oraciones, de pecados, de sacrilegios, de fornicar o desear la mujer del próximo. Cuando en la casa de la abuela paterna nos había tocado alguna vez rezar el rosario, yo me hacía la que repetía la retahíla, pero poco entendía, ni distinguía bien las palabras que se pegaban unas a otras..., ni me importaba lo que se decía ni lo que significaba. Por supuesto que no hubo fiesta, ni regalos que recuerde. Al final de la tarde, alguien se acordó del ritual de la fotografía y nos mandaron solas, a la única casa fotográfica del pueblo, que quedaba en la plaza, con tan mala suerte de que las fotografías, cuándo algún día alguien se acordó y fue a reclamarlas, se habían perdido. Así que tampoco quedó constancia.

Asociado al de la primera comunión está también, para mí, el recuerdo de la peregrinación a la Virgen de Fátima. Se trataba de un acontecimiento de interés nacional. Una imagen de la Virgen de Fátima recorría entonces el país, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. El clamor principal era por la paz, pues eran días de confrontación abierta entre liberales y conservadores que tenían dividida a toda la sociedad, desde los niveles más altos del poder político nacional hasta los pequeños municipios y zonas rurales, dicho enfrentamiento se había declarado con la muerte de Gaitán; aunque ya venía de un tiempo atrás. La imagen de la virgen viajaba de pueblo en pueblo y venía precedida del recuento de sus milagros; se esperaba que, con su ayuda, todo se arreglaría a nivel nacional y también en cada familia. Así que, especialmente para las tías, y nosotras, después de haber hecho la primera comunión, estábamos preparadas para pedir a la Virgen el milagro de la salud para mamá. Debíamos seguir las procesiones y acercarnos a la imagen para tocar su base y, luego, trasmitirle a mamá, a través de la imposición de nuestras manos, la fuerza sanadora de la Virgen de Fátima.

En ese mismo mes de octubre de 1949, junto con la primera comunión, la confirmación, y la Virgen de Fátima, recuerdo también el nacimiento de otra hermanita, y lo tengo muy presente porque mientras, hasta ese momento, todos los hijos de la familia “los había traído la Virgen” y habían aparecido así, de sorpresa, en esta oportunidad, por primera vez, yo sospeché que algo estaba pasando... no sé por qué. Lo cierto es que cuando papá llegó por la noche con el médico, mamá le dijo a papá que nos pasara a dormir a la alcoba más distante (eran alcobas en galería y yo dormía en la que seguía a la de papá y mamá) yo me hice la que estaba profunda y papá pensó que no me despertaría, así que pude escuchar todas las conversaciones con el médico, algún quejido de mamá y, finalmente, el llanto de un bebé y la exclamación: ¡es una niña! Yo me moría de ganas de ir a verla, pero seguí fingiendo que dormía... Y al día siguiente tuve que fingir sorpresa... Y me sentía la más pecadora del mundo... acababa de hacer la primera comunión y sin duda mi comunión era sacrílega, porque no me sabía las oraciones... y ya sabía que los bebés venían de la mamá... ¡aunque nunca dije que lo sabía!

Al año siguiente, 1950, empecé la escuela. Era la escuela pública de niñas donde mamá había sido maestra. Allí estudiábamos todas las niñas del pueblo... muchas iban descalzas... No son muchos los recuerdos; pero sé que no tenía mayores problemas; aprendí a leer y escribir rápido, sin

dificultades, con una maestra joven y amable. En segundo grado me tocó con una maestra vieja que nunca quiso a mamá; en tercer grado con la tía maestra (en el mismo curso estaba una la prima, consentida de ella y menor que yo, y a mamá le molestaba que la tía le dijera que mi prima era muy inteligente y había aprendido a dividir muy rápido). Sin embargo, recuerdo que yo también, con alguna frecuencia izaba la bandera y que, en general, me consideraba buena estudiante y, sobre todo, disfrutaba la escuela.

No sé cuándo asumió papá la Alcaldía de Pácora. Creo que fue en el 51, cuando nació otra hermanita. Papá fue alcalde en una situación muy difícil, por los permanentes enfrentamientos violentos entre liberales y conservadores. Pácora era, mayoritariamente, conservadora (en todo sentido) y papá era conservador laureanista, de directorio y militancia, por lo que puedo entender que se granjeara algunos enemigos. Sé que, en esa época, mamá pasaba las noches en vela, esperando que llegara papá al amanecer, sobre todo, los fines de semana, después de pasar la noche entera patrullando con dos o tres policías que tenía el pueblo, separando borrachos que se iban a las manos en los cafés, tratando de evitar las “aplanchadas” o llevando heridos a machete al hospital. Era un tiempo en el que al grito de “¡viva el Partido Liberal!” o “¡viva el Partido Conservador!”, pronunciado por algún borracho, se iniciaba una mortal pelea a machete. Cuando papá llegaba, guardaba el revólver de dotación en un cajón alto, se bañaba y dormía un rato antes de empezar de nuevo la jornada.

En el año 52 papá vendió la casa, nunca supe por qué, y estuvimos viviendo en una casa alquilada. Al finalizar el año papá dejó la alcaldía, nunca supe si por su voluntad o por razones políticas; solo supe que lo cambiaron por un liberal. Yo había terminado tercero de primaria... Entregamos la casa, en alguna parte nos guardaron los muebles y nos fuimos de vacaciones a la finca, sin esperar el acto público de la escuela. Yo quería asistir porque sabía que me iban a dar un libro como premio, no sé por qué. Logré entonces que me dejaran venir para el acto público, pero fue necesario que el tío Rubén fuera hasta la finca, para traerme y volverme a llevar en la yegua blanca, de cabestro. Al regresar, Rubén estaba cansado y decidió montarse conmigo y la bestia nos tumbó... Él debía caminar y llevar la rienda de la bestia. Nunca confesamos cómo había sido.

Al iniciar el nuevo año escolar regresamos al pueblo, en este caso a la casa de una tía, cerca de la plaza. Pero de nuevo, papá debía quedarse en la finca

toda la semana y visitarnos solo los fines de semana. El 20 de febrero la noticia fue trágica: habían matado a un hermano de papá, casado, con 5 hijos, todos menores que yo y quien era entonces el Secretario de Higiene. La muerte nunca se pudo esclarecer, el alcalde parecía implicado o trataba de encubrir a alguien, papá buscó apoyo en las autoridades departamentales, pero nada se logró, y la advertencia fue clara: ¡la familia debía abandonar el pueblo!

En medio de esta crisis, llega al mundo un nuevo hermano. Recuerdo bien esa noche del 12 de marzo, cuando yo cumplía 10 años. Ya estábamos dormidas cuando mamá nos llama a mi hermana mayor y a mí, nos pide que nos vistamos rápido y busquemos al vecino de la casa del frente, para pedirle que llame al médico. Al poco tiempo llega el médico y nos mandan a hervir una ollada grande de agua y, luego, que nos quedemos con los otros niños... Pasa un tiempo, llora un bebé... el médico sale... ¡y a dormir! Hay un nuevo hermanito. Al día siguiente, en la mañana, debemos ir a pedirle a una señora de la plaza que le avise a papá que el niño ya nació y que es hombre. Papá vuelve en cuanto puede.

El siguiente acontecimiento que recuerdo es el viaje a Salamina. En un camión mediano y viejo va todo el mobiliario. Mamá con el bebé y quizás con una de las hermanas, van en la cabina. Atrás, con los muebles, sentados en el piso o en algún sillón, todos los demás con papá. Recuerdo a papá tratando de distraernos para que no nos mareáramos. La carretera era mala, el carro también... el viaje largo, pero no tengo un mal recuerdo... Nunca supe que estábamos huyendo de Pácora, que papá no debía regresar, que la familia corría peligro. Para mí era más bien una aventura, la expectativa de volver a Salamina después de 3 o 4 años, la idea de un pueblo más grande y con mejor nivel de vida (¡hasta había teléfonos automáticos!).

Pero las cosas no fueron fáciles. Fueron tiempos de dificultades económicas y mala salud. Un hermano de papá que vivía en Salamina había conseguido una casa para la abuela materna y la familia. Nosotros llegamos de primeros a la planta baja de la casa. Creo que papá estaba en mayor peligro, porque tenía mayor participación en política. La casa necesitaba arreglos, era fría y oscura... Al cabo de unos dos o tres meses, cuando desocuparon la planta alta, llegó la abuela con toda la familia y uno de los tíos con su familia a otra casa (arrendada) que se comunicaba por el solar. Papá intentó varios negocios (recuerdo un almacén de telas en la Calle Real) pero las cosas no marchaban bien.

De esos primeros meses en Salamina recuerdo que las tres hijas mayores entramos inmediatamente a la escuela (a media cuadra de la casa). Yo me adapté fácil y seguí disfrutando de la escuela, mucho más al año siguiente, cuando pasé a quinto grado y la hermana mayor pasó al Colegio de la Presentación. Creo que yo era un poco necia y la presencia de mi hermana mayor siempre me cohibía, pues, quizá, sin proponérselo, siempre fue para mí, vigilancia y control.

Pero, en general, de esos dos primeros años en Salamina (1953 y 1954) recuerdo muchos problemas de salud. A mi hermana, con fiebre reumática, se le deterioraba rápidamente su salud. Luego, las muertes repentinas de una tía y un tío, hermanos de papá, dejando bebés pequeños... Era toda una tragedia. Afortunadamente, papá, antes de la muerte de uno de ellos, había negociado con él su tienda de abarrotes y compra de café en La Unión. En el 54, poco después de la muerte del tío, llegó un nuevo niño a la familia. En el 55, cuando también yo había pasado al Colegio de la Presentación para iniciar el bachillerato, tuve los primeros síntomas de fiebre reumática y, para comienzos del 56, me diagnosticaron también la afección cardíaca. Mi hermana, que padeció esa enfermedad, murió el 27 de febrero de 1956 y una semana después nació otra hermanita. Sin duda la muerte de una niña de 7 años era aún peor que las de los bebés anteriores y, sobre todo para mí, un golpe duro, por ser ya consciente de que mi enfermedad era la misma que a ella la había llevado a la muerte.

Esa fue sin duda la época en que empecé a pensar en la muerte como algo posible y también cercano para mí. El hecho de que mi hermana en sus últimos días no se pudiera acostar porque se agotaba más, la obligaba a permanecer sentada, al borde de la cama, recostada en una silla. Por eso, al confirmarse su muerte, cuando la acostaron, no pudieron estirarle las piernas y eso constituyó una dificultad para acomodarla en el féretro. Yo pensaba que la muerte era tan cercana y posible para mí, que todas las noches buscaba la posición recta para dormir: boca arriba, piernas estiradas, con las manos cruzadas en el pecho... Creo que desde entonces he pensado en la muerte como una realidad más o menos cercana y sin miedo ni aspavientos. Aprendí a verla como algo natural.

Al mismo tiempo, me hice el propósito de vivirlo todo, de no aceptar las restricciones que me querían imponer como parte del tratamiento. El médico recomendaba que me retirara del colegio para permanecer en casa

y restringir al mínimo la actividad física. Pero yo no lo acepté, y papá y mamá me apoyaron con la condición de que el colegio aceptara mis posibles ausencias y limitaciones. Pero nunca dejé de ir al colegio, ni a los paseos, ni a las caminadas... Tenía permiso para quedarme en casa o salir del colegio cuando no me sintiera bien, podía abstenerme de participar del recreo o de los paseos o caminadas, pero creo que nunca dejé de hacer lo mismo que todas las compañeras, así sintiera dolor, especialmente, en los tobillos y las rodillas, así tuviera fiebre y malestar... Creo que la época más crítica de la enfermedad fue en esos años 56 y 57.

Hacia el año 58, (¡ya tenía 15 años!) me trajeron por primera vez a Medellín, para que me evaluara un especialista. Se sabía que la causa de la enfermedad era la amigdalitis crónica, pero el médico de Salamina era muy enemigo de la cirugía de amígdalas en los niños, por todas las implicaciones que podía tener en el desarrollo, en esa etapa de la vida. El médico de Medellín tampoco recomendó la cirugía en ese momento, por el estado del corazón; sin embargo recetó un tratamiento con antibióticos (Benzetacil de 1.200.000 unidades, cada mes). En el año 57 nació la menor de la familia y, para el año 58, cuando nos trasladamos a una casa propia, en un segundo nivel, las molestias de la enfermedad habían disminuido bastante.

De los años entre la niñez y la adolescencia recuerdo mucho las vacaciones con las primas más contemporáneas mías. El programa de vacaciones con ellas se repitió varios años, a veces, en Pácora, otras en la finca La Pradera. La idea era que aprovechara que me invitaban y que “temperara”; pues, sin duda, papá y mamá se preocupaban por mi flacura y mi mal apetito. Parece que con las primas yo comía mucho mejor y siempre regresaba más larga, negra y menos flaca. En la finca pasábamos la mayor parte del tiempo al aire libre, en un charco en la quebrada, elevando cometas, corriendo en los potreros, recogiendo moras, pomos y guamas. En las primeras vacaciones, en Pácora, aprendí a montar bicicleta y, a pesar de las caídas iniciales, ese se convirtió en mi programa favorito.

Recuerdo los dos últimos años del bachillerato (59 y 60) como tranquilos, en todo sentido. Era claro que la familia ya no crecería más. La situación económica se había estabilizado; papá trabajaba duro pero el negocio iba bien. La hermana mayor y yo ya éramos adolescentes que teníamos un buen grupo de amigas y unos pocos amigos; nos ocupábamos de vestirnos al gusto y según la moda; teníamos alguna vida social propia, cada una. Íbamos a

“repichingas”, en casa de amigas (reuniones de jóvenes en las que se bailaba y se bebía ron con Coca-Cola). Ocasionalmente, íbamos a cine (Social Triple) los domingos, pero lo que más disfrutaba era montar en bicicleta, siempre prestada por chicos vecinos, ya que nunca tuve una propia. Recuerdo que la bicicleta me daba una sensación de libertad increíble. En una o dos horas que me la prestaban yo recorría todos los rincones del pueblo y disfrutaba desarrollando alguna velocidad en las vías más planas, siempre con muy poco tráfico vehicular.

Es posible que ese disfrute de la bicicleta estuviera también influenciado por el interés que me había generado, desde muy niña, la “Vuelta a Colombia”. Recuerdo que, aún viviendo en Pácora, salíamos a las calles para ver pasar esos héroes empantanados que recorrían esas trochas casi intransitables en épocas de invierno y que, en largas jornadas, pasaban raudos en medio de las aclamaciones. Una etapa era siempre Manizales - Aguadas. En algunas oportunidades pude verlos pasar, primero en Pácora (años 53-54) y, luego, en Salamina. Alguna vez, en Salamina, recuerdo que me tocó volarme del colegio, para seguir la transmisión por radio y para verlos pasar. Creo que mi primer ídolo fue Ramón Hoyos, el “escarabajo de la montaña”. No sé cómo, pero conocía su historia, sufría con sus golpes y dificultades, me emocionaba con sus triunfos... En fin, seguí su trayectoria y tuve el gusto de conocerlo personalmente, cuando años después, en Salamina, se organizó una exposición con sus trofeos y se le hizo un reconocimiento al que asistió.

También, en esa época, entre la niñez y la adolescencia, empecé a interesarme en la lectura. Ahora no sé muy bien dónde y cómo conseguía libros. Recuerdo haber leído, a los 14 o 15 años, las *Leyendas*, de Gustavo Adolfo Bécquer; algo de Edgar Allan Poe, especialmente, sus cuentos de horror, textos como “La leyenda de Genoveva de Brabante”; el libro clásico de Louisa May Alcott, *Mujercitas*, con Jo, mi personaje favorito, y una primera expresión de alguna forma de rebeldía, entre otros. Cuando el tío seminarista llegaba de vacaciones, traía, sobre todo, libros de aventuras y de piratas: Julio Verne, Robert Louis Stevenson, Mark Twain, Emilio Salgari, entre otros; los cuales dejaba en una estantería en la casa de la abuela materna. Una tía me permitía sacarlos con la condición de devolverlos. También en esa época me encarreté con las novelas de Agatha Christie y, por supuesto, con las novelitas rosa que salían en la revista *Vanidades*.

En el colegio, yo era buena estudiante, aunque nunca fui “la excelencia”, ya que para eso estaba una compañera que le llevaba flores a la Virgen todos los días. Por pequeños detalles, nunca fui de las preferidas de las monjas. En algún momento llegaron a llamar a mamá para decirle que no tenía cupo para el año siguiente, porque parecía que a mí no me servía el colegio. Todo porque un día (en 4.º de bachillerato), al darme cuenta de que la profesora de Álgebra (una religiosa) estaba bastante enredada tratando de explicar la solución de un problema que claramente ella no entendía, con gesto brusco, guardé los cuadernos y saqué la costura, con la idea de que mejor esperaba a que mamá me lo explicara en la casa, como había pasado otras veces. Parece que la profesora se sintió ofendida, consideró el gesto como un desacato y, por poco, me expulsan del colegio. Afortunadamente, esa religiosa no regresó al año siguiente y nadie se volvió a recordar la amenaza.

En quinto y sexto grado de bachillerato, saqué siempre buenas notas, disfruté y sobresalí en materias, como geometría y trigonometría, y empecé a soñar con una carrera profesional que demandara de esas áreas, como la arquitectura. Además, de alguna manera pensaba esa profesión como asociada a las grandes ciudades, a parques, vías, espacios públicos, vida urbana, etc., y alimentaba mi sueño de conocer el mundo exterior, de conocer países y ciudades distantes, de recorrer el mundo... ese mundo dónde nadie me conocería... de vivir en el anonimato. Ya para entonces me pesaba eso de ser siempre la hija de don Libardo y doña Laura; de saber que cualquier cosa que hiciera, buena o mala, llegaría a la casa, al párroco (monseñor Isaza), a personas de la familia que yo sentía que me vigilaban y controlaban.

En esos dos últimos años de bachillerato, el profesor de Religión fue monseñor Isaza y, aunque no era la materia que más me apasionara, creo que preferí cumplir bien y evitar dificultades. Pero parece que este monseñor vio en mí una buena candidata a la vida religiosa y empezó cierto “asedio”, en el sentido de hablarme de la vocación o del llamado del Señor, al cual no podía desatender... Me citaba en el confesionario para indicarme mis compromisos con la virtud y la moral, porque yo había sido llamada. No importaba que yo le expresara que esa no era una opción que yo considerara con alegría, porque él también veía en esa actitud una prueba del llamado.

Pero, a todas estas, el colegio terminó y aunque yo había hecho algunas averiguaciones de dónde estudiar arquitectura en Medellín, había conseguido catálogos e información de costos, papá me dijo que era imposible económicamente, y tampoco él consideraba que una niña tan joven saliera sola de la casa.

Al mismo tiempo, monseñor Isaza visitó la casa para ofrecermé, a través de papá y mamá, trabajo como secretaria del despacho parroquial. Era evidente que monseñor insistía en su idea de que yo estaba destinada a la vida religiosa y no quería perder la posibilidad de ejercer influencia sobre mí. Así que, sin mucho entusiasmo, pero sin otra opción, una semana después del grado y sin haber cumplido los 18 años, estaba trabajando en el despacho parroquial. No tenía idea de escribir a máquina, pero ahí estaba, dándole a una vieja Remington... con dos o tres dedos, pero cada vez más rápido. Además, tenía buena letra para asentar en los libros, con tinta y estilógrafo, las partidas de bautismo, matrimonio, defunción... Manejaba también las cuentas bancarias y atendía público. Las religiosas que atendían la casa cural me daban, a mañana y tarde, por orden de monseñor, deliciosos “algos” o refrigerios. Al final, no me podía quejar: tenía un salario, buen trato, trabajo suave, posibilidades de relaciones fuera de casa y tiempo para leer... Aunque no dejaba de soñar con estudiar y volar lejos del nido, de Salamina, del control de monseñor Isaza...

Durante esos cuatro años que trabajé en el despacho parroquial tuve también la oportunidad de establecer algunas relaciones con otros jóvenes del pueblo. Recuerdo especialmente a un buen amigo de esa época, con quien participé en una obra de teatro que alguien montó —no recuerdo quien— y que llegamos a presentar en el Teatro Municipal. También tuve mi primer romance con un muchacho, a pesar de que monseñor Isaza me decía que no era chico de mi misma posición social; sin embargo, lo recuerdo con cariño y sé que estaba sinceramente interesado en que formáramos un hogar; tanto así que, después de un año de “noviazgo” (que no pasó de algunos besos y caricias) viajó a Medellín para conseguir trabajo y poderme ofrecer algún futuro. Trabajó en Locería Colombiana, en Caldas, supongo que como obrero, pues, al igual que yo, en ese momento solo era bachiller. Pero la distancia y las cartas acabaron pronto con lo poco que ahí había.

También en esa época en que contaba con tiempo y seguía alimentando mi curiosidad e interés por el mundo exterior, establecí amistades por correspondencia con chicos que nunca llegué a conocer. En *El Espectador Dominical*, que siempre compraba al terminar mi jornada en el despacho parroquial, a eso de la 1 p.m., salía una columna con nombres y direcciones de personas que buscaban relacionarse con otras por correspondencia, con diferentes objetivos. De esos amigos por correspondencia recuerdo a un joven cartagenero que en ese momento estudiaba derecho en su ciudad. Era una correspondencia que me obligaba con frecuencia a leer sobre algunos temas o a pensar seriamente, para estar a la altura de su nivel intelectual. Desafortunadamente, esas cartas quedaron en la casa, en Salamina, y las destruí. Hoy lo lamento, como lamento haber destruido también, en esa oportunidad, cartas de mis compañeras de colegio y buenas amigas que no vivían en Salamina.

❧ *Conversación con
Albalucía Serna Ángel †
y el grupo de sociólogos de la UPB*

Conversación coordinada por Beatriz del Castillo y José Fernando Montoya.

27 de octubre de 2022.

Transcripción: Beatriz del Castillo Vinazco

Amparo Saldarriaga: les quiero presentar a mi querida profesora Albalucía Serna; ella hoy nos va hablar de su trayectoria, de su capacitación... lo que quiero decir es que ella fue para las promociones de la UPB del 72 al 76, nuestro modelo: era mujer, era profesora, había estudiado una maestría en Estados Unidos, volvió, enseñó los clásicos y nos enseñó cómo entenderlos, porque no nos obligó; y después en nuestra vida profesional eso fue importantísimo, porque nos hacía volver a la identidad de la sociología, a través de los clásicos. Quiero resaltar que ella fue de los primeros sociólogos que empezó a hablar sobre el medio ambiente y su relación con la sociedad, el trabajo comunitario y de todo ese tipo de cosas que ella ahora nos va a contar. Albalucía te enviamos, todos los que estamos y los que no han podido entrar, pero te van a escuchar, un abrazo muy grande.

Ángela Urrego: no sobran estos elogios para Albalucía, quien fue nuestra maestra. Yo hablaba con alguien en estos días y le decía que la fortuna de haber sido sociólogos era que nosotros tenemos un pensamiento muy amplio; y creo que un aporte de Albalucía ha sido el amor que nos hizo tener por la sociología y sus clásicos, eso fue un gran aporte, un referente para todos. La recordamos mucho, porque además fue una amiga.

Por eso invité al doctor Francisco Núñez Lapeira, a quien me he encontrado por distintos caminos, y me ha dicho que había hecho su tesis con Albalucía, por lo que me pareció que era importante que él estuviera hoy con ella.

Albalucía Serna Ángel: muchas gracias por la invitación, muchas gracias por la asistencia a este conversatorio. Como lo he dicho antes, mi historia es muy sencilla, de docencia e investigación durante 40 años, poco más que contar. No he sido una persona de buscar muchas publicaciones, reconocimiento, cargos administrativos ni posiciones de poder. Es poco lo que tengo que agregar fuera de mi trayectoria académica y mi docencia de muchos años, en los que he tratado de superar siempre los obstáculos que se presentan en ese proceso de la docencia, con resultados que no los puede evaluar uno y que tendrán que evaluar los estudiantes y las próximas generaciones. Ya estoy, como quien dice “retirada de las canchas”. Pensando más bien, en tomar la vida suave y reposar un poco; obviamente, sigo tratando de aprovechar la salud que me pueda quedar, para disfrutar de los viajes, la vida familiar y todo lo demás.

Yo llegué a la Universidad Pontificia Bolivariana empezando el año 1965, como muy pocas personas en ese momento, viniendo de un pueblo. Venía de Salamina, Caldas, tenía más o menos una idea de que era eso de la sociología, porque en Salamina la gente preguntaba: ¿eso qué es?, ¿a qué se va a ir? ¿a estudiar socialismo o qué? En todo caso, en ese momento pude compartir bastante con un pariente sacerdote que había regresado de Lovaina y estaba realizando un trabajo sobre clases sociales en Salamina y yo le colaboré, ya terminando bachillerato, por lo que aprendí de él una idea de lo que trataba la sociología.

Cuando me enteré de la posibilidad de estudiar sociología en la UPB, y en una facultad nocturna que me daba la opción de trabajar en el día y, así, poder atender mis necesidades básicas de vivir en Medellín. Esa fue la opción y me vine, entonces, a principios del 65, yo estaba joven, pero hacia un ratito había terminado el bachillerato. Tuve la fortuna, por qué no decirlo, de ser secretaria de relaciones públicas en la misma universidad, gracias a lo cual, tenía el estudio y el trabajo en el mismo edificio y la vivienda al frente, porque había llegado a casa de una tía que vivía por La Playa, al frente de la universidad. En ese sentido fue muy cómodo.

Encontré una facultad muy interesante, sobre todo, en la posibilidad de conocer, estudiar e investigar la realidad, con la orientación del profesor Juan

Fernando Mesa, a quien todavía lo recuerdo... Si algo he tenido claro, es que la formación que tuve en investigación no estaba desfasada, ni retrasada en comparación con la formación, por ejemplo, en teoría sociológica. Puedo decir que, cuando llegue a Estados Unidos, yo sabía muy poco de los clásicos de la sociología. La teoría sociológica que aprendíamos era con base en manuales de sociología, por ejemplo, el manual de Pitirim Sorokin, que lo había introducido, tal vez, Fals Borda en la Universidad Nacional de Bogotá; pero no teníamos opción de leer los clásicos de la sociología directamente, esa fue una deficiencia que pude apreciar al llegar a Estados Unidos a realizar la maestría.

De todas maneras, fue una experiencia muy rica, muy variada, era con profesores, en su mayoría, profesionales del derecho o sacerdotes que tenían formación académica, aunque no específicamente sobre la sociología; y con el profesor Juan Fernando que era un autodidacta con una formación muy interesante. Ahí pasaron mis cuatro años.

Desde el comienzo, eso es algo que marcó mi vida. Mis intereses eran en el campo de la sociología urbana o de la vida de la ciudad. Creo que era mi interés desde antes de venirme del pueblo, pues yo pensaba en las ciudades que había visto en la literatura, en las ciudades que yo aspiraba algún día conocer, en ese mundo grande al que veía tan distante y lejano... Entonces, un primer paso era conocer Medellín, aunque el siguiente paso fuera salir de Medellín, también. Así que me orienté mucho en temas de la sociología urbana, de la cultura urbana, de la vida de la ciudad, y otros temas relacionados que marcaron el curso de mi vida profesional. Poco me he desviado de ahí, a pesar de que tenga intereses en temas ambientales, más recientemente, pero mi interés básico fue el mundo urbano. Terminé mi carrera, trabajando en un proyecto de investigación de Planeación Municipal, sobre criterios para la renovación del centro de Medellín, que fue mi trabajo de grado.

De ahí me fui a Estados Unidos a hacer la maestría. Tuve una experiencia muy variada: los primeros seis meses fueron de inglés intensivo, porque no sabía nada. Luego me fui a un *college*, que era muy interesante en ese momento, en la ciudad de Nueva York, en Long Island, era un *college* de la Universidad del Estado de Nueva York, pero era un *college* muy experimental, con muchas actividades más bien políticas, pues era la época de la guerra de Vietnam, de las protestas, de las marchas. Me inscribí a todas las actividades que podían conducir a protesta, viaje en bus hasta Washington para marchar

allá contra la guerra de Vietnam. Toda la vida política y militancia que no había tenido en Colombia durante mi carrera, la pude ejercer allá, en ese año que estuve en la ciudad de Nueva York.

Al pasar unos 6 meses allá, me di cuenta de que ese *college* era muy interesante me aportaba mucho, pero no me ofrecía la formación en sociología clásica que yo necesitaba, para regresar a cumplir mi compromiso de ser docente en la Bolivariana, de acuerdo con lo estipulado en la beca LASPAU. Entonces, yo dije: “¿qué voy a ir a enseñar a la Bolivariana?” y le pedí al programa de la beca que me autorizaran un cambio de universidad y de carrera.

Busqué, de cuenta mía, una universidad mucho más clásica, un programa muy clásico de sociología, en la Universidad de Wisconsin, a mediados de 1970. En el verano anterior a irme a esta universidad estuve en un programa muy interesante, con una fundación. Me ofrecieron esa opción con la posibilidad de que yo les contribuyera sacando información en español para comunidades que tenían derecho a los subsidios del gobierno norteamericano. Muchos eran cubanos, sobre todo, en la ciudad de Washington, en la que estuve un mes; y puertorriqueños, en la ciudad de Boston, donde estuve dos meses. Me tuve que regresar de Washington porque parece que los cubanos, mejor dicho, los que habían abandonado Cuba a raíz del triunfo de Fidel, como que me estaban acusando de algún tipo de actividad subversiva, o cualquier cosa. Lo cierto es que allá me avisaron que me iba a tener que sacar de Washington y enviarme a Boston, donde estaban los puertorriqueños. Yo no tuve ningún problema, en todo caso, fue una experiencia interesante, aunque siempre fue dura.

En septiembre me fui a la Universidad de Wisconsin, en Milwaukee, y allá estudié mi maestría: la sociología clásica, la investigación cualitativa y cuantitativa. Era un programa en el que uno tenía que leer directamente los clásicos de la sociología en sus fuentes y, hacer investigación; por eso, digo que la formación en investigación que yo llevaba era la suficiente y no fue mucho el desfase con la formación que exigían allá.

Al terminar la maestría, dos años después, la tesis de grado, que también tenía que ver con la cultura urbana, fue un debate sobre la “cultura de la pobreza” que, en ese momento, se estaba debatiendo mucho, a partir de la obra de Oscar Lewis. Si había esa tal cosa de una “cultura de la pobreza” que

determinaba que muchas comunidades, independientemente de las opciones que pudieran tener, de ayudas económicas, eso justificaba que no se les apoyara muchas veces, pensaban que ese dinero, de todas maneras, se perdía, porque los que tenían “cultura de la pobreza” la derrochaban y todo se iba a perder.

Fue un debate interesante en el que centré mi tesis de maestría (documento del que no tengo ni siquiera una copia, porque la última que tuve se la presté al profesor Hernán Henao, poco tiempo antes de su asesinato y después nunca se supo, pero recuerdo muy bien su tema.

Cuando terminé la maestría en Wisconsin, me regresé, como lo había convenido con la Bolivariana. A comienzos del año 1972, en febrero, inicié mi carrera docente, que fue primero empezar a aprender eso de ser docente, de enseñar. Era un mundo para mí muy difícil, porque estaba muy desubicada. Yo llegué y, al otro día, dicté clases, tanto en sociología diurna como en sociología nocturna. Ya se había abierto el programa diurno. Tuve una carga académica impresionante, con cursos de día y de noche, en los que había estudiantes con intereses muy variados, pues era un momento de mucha movilización política, del surgimiento de la movilización estudiantil, de los movimientos guerrilleros y de las vinculaciones de estos movimientos con los grupos universitarios. Era una situación muy compleja y yo, además, era una docente muy inexperta, que enseñaba funcionalismo, métodos y técnicas de investigación, y, posiblemente, tenían bastantes razones para ser rechazada o por lo menos para ser cuestionada, por grupos de estudiantes, pero bueno, digamos, que sobreviví.

Traté de ir introduciendo algunas modificaciones en el pènsum, sobre todo, en el programa de Prácticas de Investigación, que fue una lucha mía para hacer que los estudiantes pudieran visualizar una forma de ejercicio de la profesión, diferente al activismo político o a la docencia. Por ejemplo, recuerdo que Gloria L. Robledo se vinculó a Plan Metropolitano, precisamente, por medio del programa de prácticas. Yo había tenido algunas relaciones con los programas de Planeación Municipal desde el pregrado, entonces, puede establecer contactos también para vincular estudiantes a Planeación, a Plan Metropolitano y a otras dependencias. Creo que fue algún cambio que se empezó a introducir en la facultad, lo cual ayudó a ajustar el pènsum y, sobre todo, a ver para qué podían servir la investigación empírica y la información cuantitativa; que tuvieran alguna utilidad para los estudiantes, si lo podían visualizar más fácilmente.

Pasaron esos cuatro años, que fueron difíciles porque eran de mucho trabajo; pero mientras yo me había vinculado a esos programas de prácticas en esas entidades, me ofrecieron que ingresara al programa Plan Metropolitano, en el que se estaba estudiando la posibilidad de planear conjuntamente el Valle de Aburrá y el Oriente Cercano. Me vinculé a ese programa a mediados del año 1976, y trabajé en Bolivariana hasta finales del 75.

Cuando en el 76 me ofrecieron vincularme a la Universidad de Antioquia (U. de A.), se había reabierto el programa de Sociología, en el que estaba el profesor José María Rojas de jefe del departamento. Él me llamó, pues se informó, tal vez, por medio del profesor Ernesto Quiroz, de que yo había regresado con el título de maestría y que podía servir para la docencia de los clásicos de la sociología en la U. de A., porque el cierre del programa de Sociología en la UPB se había dado en el marco de un debate muy álgido, acerca de la orientación o los enfoques de la sociología y, sobre todo, del cuestionamiento de que la teoría predominante fuera, exclusivamente, el marxismo. Por ello, querían incluir a los clásicos de la sociología, para hacer una formación más diversa y más amplia que pudiera responder a esas inquietudes o a esas críticas que le estaban haciendo a la sociología en la U. de A. en ese momento.

Por mi parte, había enviado una solicitud para realizar una especialización en estudios urbanos, en Holanda, y me llegó esa invitación cuando llevaba un mes en la U. de A. Evalué que no tenía compromisos laborales de largo alcance, no tenía compromisos familiares económicos determinantes, entonces dije: “Ah, ¡me voy para Holanda! Le dije al jefe del departamento que iba a renunciar, y me respondió: “un momentico yo hablo con el decano”. Hablaron y quedaron en que me iban a guardar el puesto que, si volvía en seis meses, me lo guardaban. Tuve la suerte de que me guardaron el trabajo, de todas maneras, me interesaba continuar en la U. de A. En ese momento me dijeron: “entonces busque un profesor que asuma los cursos de Introducción a la Sociología que usted está dictando, porque si viene a retomar el puesto no se puede hacer una convocatoria para reemplazarla de tiempo completo”. Me acordé en ese momento de Álvaro Quintero, que había sido mi alumno de sociología. Se le ofreció el curso, y como estuvo interesado, asumió los cursos que yo dejaba. Creo que para esa época Álvaro estaba empezando a estudiar derecho en la de U. de A. y le interesó el asunto.

Me fui para Holanda estuve 6 meses en la especialización en estudios urbanos. Era un trabajo muy interesante, porque era con gente de todo el mundo y, sobre todo, porque había mucho interés en que se trabajara para asesorar entidades públicas y privadas en temas de planeación y de estudios urbanos. Había árabes, africanos, asiáticos, latinoamericanos y gente de todas las nacionalidades. Fue un programa muy interesante como experiencia de vida también, pues pude pasar 6 meses en Europa y tener la opción de viajar un poco. Era mi interés conocer el mundo.

Regresé a comienzos del año 1977, y retomé mi carrera docente en la Universidad de Antioquia, en la que laboré 27 años, hasta que me jubilé en la primera década del 2000; y, bueno, fue una época muy variada. Si quieren hacemos una pequeña pausa para empezar a contarles que fue eso, y si ustedes tienen alguna pregunta, lo podemos hacer ya.

Amparo Saldarriaga: Albalucía yo siempre te he felicitado y me he alegrado de haber vivido esa época contigo, pues como dicen por ahí: somos un club de fans, y yo creo que así es. Pero, ¿tú cómo lo lograste?, ¿qué decía tu corazón?, y, ¿cómo fuiste valiente?, porque contra los grupos marxistas, toda esta teoría, que estaba tan fuerte y, tú con esa pasión, ese gusto: “volvamos a *los clásicos*, leamos”... porque fuiste la persona que nos inculcó eso de ir a *los clásicos*, fueran estructuralistas, funcionalistas, o lo que fueran, pero a *los clásicos*. Eso lo aprendí de ti. Hasta ese entonces la sociología era: Marxismo I, II, III y IV y Justicia Social Católica I, II, III y IV; pero tú nos abriste otro mundo. ¿Te acuerdes de tus sentimientos en ese momento? ¿Qué nos quieres comentar al respecto?

Albalucía Serna Ángel: claro, fueron momentos difíciles, porque a veces tenía enfrentamientos duros. Lo único es que, en mi personalidad, yo nunca he sido radical, de la manera de decir “no, yo tengo la razón y punto”. Sencillamente, conmigo había siempre la posibilidad; de hecho, muy conscientemente entendía las razones de otros y las posibilidades de aceptar, también, otros planteamientos. No quería decir que desconociera la validez de los enfoques marxistas, no, nunca fue eso.

Una vez alguien me cuestionó, porque en un trabajo que realicé en la U. de A. utilicé el concepto de ‘clase social’, y me decía esa persona: “ese es un concepto marxista, ¿cómo una funcionalista...?”. Yo le respondí: “es que

el marco teórico del trabajo no está determinando que sea funcionalista la concepción de toda la investigación”. En todo caso, la idea no era ser radical en ninguna dirección, y aceptar las razones de los demás.

Tuve discusiones álgidas para mostrar las posiciones que yo consideraba también válidas y que no excluían necesariamente las otras. Por ejemplo, en la investigación cualitativa y cuantitativa, cuando yo llegué a la U. de A. había mucho debate en contra de la cuantificación y de la medición en las ciencias sociales, era un debate álgido y no se podía, prácticamente, pensar en que fuera ciencia una mirada empírica, entonces, era la “vulgar empíria”, como decía un compañero de la universidad ante algún trabajo mío. No sé apreciaba, pero yo decía, es que yo no estoy desconociendo la validez y la importancia de lo cualitativo, es que yo estoy sencillamente, mirando otra de las dimensiones, hay que expresarlo cuantitativamente; pero sin excluir la forma en que se percibe, se capta, se interpreta, y la parte subjetiva de la información.

Por ejemplo, siempre valoré el trabajo de Alfredo Molano, las narraciones de Alfredo eran, para mí, muy complementarias de una descripción que podía ser cuantitativa también, de una sociedad o de un grupo humano. La idea era aceptar que hay una dimensión cuantitativa y hay otras dimensiones interpretativas subjetivas, como las queramos llamar, comprensivas de la realidad que son, igualmente, muy valiosas.

Entonces fue más o menos en esa dirección, lo que me permitió sobrevivir, en momentos difíciles. También en ocasiones, los estudiantes, si la materia de clásicos de la sociología era electiva y no obligatoria, pues no los tomaban y punto. No tomaban Weber, Parsons, Durkheim ni Comte, porque eran materias electivas, podían elegir 1 o 2 de ellas, pero no todas. Bueno y, yo tampoco era la profesora de todas las materias; pero, de pronto, el caso más complejo era Parsons, porque parecía muy difícil de leer, por lo que era muy difícil que los estudiantes se entusiasmaran con su lectura. Todavía Weber y Durkheim eran como más digeribles, Parsons parecía mucho más difícil. Aunque no era obligatorio, afortunadamente.

Manuel Restrepo: quisiera hacer un paréntesis interesante, porque me encantó la pregunta que hizo Amparo. Hubo una mujer que no transitó por esas modas del marxismo e hizo una de las obras más interesantes de la sociología y la antropología en Colombia... ella fue Virginia Gutiérrez de Pineda, para

quien lo cuantitativo fue muy importante. Y yo quiero hacer una semejanza entre Virginia y tú, eres la Virginia nuestra...

Albalucía Serna Ángel: Manuel, suspende porque sería demasiado atrevida yo, si me comparara con Virginia Gutiérrez, o, sino que lo diga Julián Salas, que es un experto en Virginia...

Manuel Restrepo: tómalo como una admiración que siempre he tenido por esa manera de no radicalizarte, a pesar del entorno. Quiero que sepas, si tú me permites, y, te pido disculpas, pues siempre admiré esa manera de mediar que tú has tenido... y en medio de un humor negro que a veces uso, te gastaba unas bromas duras, lo hacía con todo el cariño y toda la admiración, te llamaba “Salomón”... En medio de todas esas peleas en la U. de A., porque no eran debates, tú siempre guardaste una postura, nos enseñaste mucho, eso lo apreciamos todos los que te conocemos Albalucía.

Beatriz del Castillo: sabemos que la Facultad de Sociología de la UPB, en su surgimiento, estuvo vinculada a la iglesia católica y los movimientos del catolicismo de ese momento, años 50 y 60, al igual que las facultades de sociología en la Universidad Javeriana y la Universidad Santo Tomás. Entonces, quería preguntarle si, ¿era muy notoria la relación con los movimientos católicos y cómo se movía esa información en sociología en el tiempo en que tú estuviste vinculada cómo estudiante? Y ¿en esa época ya estaban los movimientos de curas de izquierda, por así decirlo?

Albalucía Serna Ángel: uno no podría decir si eran movimientos de la iglesia propiamente. En la época en que yo fui estudiante participé en algunas de las actividades del cura Mejía en los barrios populares, no sé si alguno de ustedes recuerda una toma que hicimos cuando la invasión al Popular para la construcción del barrio... Era algo que se estaba haciendo también en otros lugares del país, con las invasiones promovidas por el Partido Comunista; pero aquí en Medellín algunos sacerdotes —entre ellos el padre Vicente Mejía y el padre Federico Carrasquilla, que eran muy activos— promovían las actividades en los barrios populares, que consistían en apoyar las invasiones de las poblaciones sin vivienda.

También, para esa época en la que fui estudiante, estaba muy activo el movimiento de los sacerdotes de Golconda, y en la facultad, algunos estudiantes

participaron ese movimiento. En el momento en que me fui para Estados Unidos, ese movimiento estaba muy activo y después, no supe más de él.

Luis Julián Salas: recuerdo que ya eras profesora de planta en la U. de A., pero también fuiste profesora de cátedra en la Facultad de Sociología de la UPB, dictaste Parsons a finales de los 80. Allá fue donde te conocí y fui tu alumno.

Albalucía Serna Ángel: creo que sí, alguna vez me llamaron de Bolivariana a dictar la cátedra de Parsons y yo era profesora de la U. de A.; pero no recuerdo bien la fecha; o nos conocimos en la de Antioquia, cuando estabas haciendo una especialización, eso es parte también de la historia que tendría para contar: yo estuve muy vinculada en la de Antioquia en la creación del Instituto de Estudios Regionales (INER); y a una maestría en la Facultad de Ciencias Sociales, sobre Cultura y Vida Urbana, creo que así se llamaba, era con Antropología y con otras carreras de la Facultad de Ciencias Sociales. Con la creación del Centro de Estudios de Opinión, que fueron tres grupos de investigación en los que participé, no solo en su creación, sino también, en trabajos de investigación. Éramos un grupo pequeño los que empezamos a promover esa idea. Un primer trabajo se publicó en “El Medellín que yo quiero”, patrocinado por el Concejo de Medellín y, luego se siguieron haciendo estudios de opinión, encuestas de opinión y demás; pues era una forma de complementar el trabajo de investigación cualitativa, con trabajos cuantitativos de medición de opinión.

Con el INER estuve muy activa en un proyecto, durante un tiempo largo con la Corporación Autónoma Ambiental Regional Rionegro-Nare (CORNARE), donde se hizo todo un estudio de la región, para un plan de desarrollo regional. Por esa misma época, se había ya aprobado y se exigía la presentación de los planes municipales de desarrollo. Participé como investigadora de la U. de A. y como vinculada al INER en los planes de Guatapé y Liborina, dos municipios de Antioquia.

Luis Julián Salas: también fuiste jefa del Departamento de Sociología de la U. de A. cuando yo estuve como profesor de Sociología Cuantitativa, en el 92 o 93.

Albalucía: le saqué mucho el cuerpo a los cargos administrativos, pero si me tocó en algún momento, pocos años después de llegar a la Universidad. Quedamos empatadas María Teresa Uribe y yo para la jefatura de departamento, ninguna de las dos quería, realmente, y convinimos en que ella lo asumía un año y yo

otro, porque el periodo era de dos años, fue en el año 1980-82, más o menos. Luego en el año 1991-92 que había una crisis en el departamento y mucho conflicto, asumí la jefatura de Sociología por un período. Me llamaron en el papel de mediadora para superar ese momento difícil. Esos fueron los dos momentos en que fui jefa del departamento. En la década del 90, en los años 1997 y 98 fui vicedecana, cuando era decano Fernando Uribe.

Beatriz del Castillo: Una pregunta más: hasta donde tengo memoria, Albalucía fue la única profesora mujer que había en Sociología de la Bolivariana durante el tiempo que nosotros estudiamos, incluyendo los profesores de cátedra. ¿Cómo te sentías, eras consciente de eso? Lo digo porque en la U. de A., en esa misma época, ya había varias mujeres profesoras.

Albalucía Serna Ángel: éramos tan poquitos los profesores de planta de la Bolivariana. No están por ahí Margarita Peláez, ni Argelia Londoño, que fueron mis maestras en la línea feminista. Yo nunca había sido consciente de mi trayectoria, que, por ser mujer, hubiera alguna diferencia en comparación con el ejercicio profesional de los compañeros hombres. Nunca lo percibí, ni viví una exclusión por el hecho de ser mujer. Tampoco era muy consciente de si era la única, o cuántas éramos; sencillamente, ejercía mi cargo sin tener en cuenta las diferencias de género. No lo percibí como una limitación, ni lo sentí como una restricción, no me sentía rara, diferente, ni la especial por serlo; para mí, era algo muy normal y natural.

Crecí en una familia con una madre muy liberal, mi madre era maestra, con nueve hijos, solo dos hombres, todas las demás mujeres, y para mamá fue tan importante la educación de las mujeres como la de los hombres. Nunca hizo distinción en ese sentido, siempre nos trató por igual. Creo que eso influyó, sin duda, en mi actitud frente a la vida. Hoy en día soy muy consciente de lo que viven muchas mujeres excluidas, perseguidas y maltratadas, y soy muy solidaria con las luchas feministas. Así se lo he expresado a Argelia y a Margarita, pero yo no lo puedo sentir, no lo he percibido como tal, afortunadamente.

Amparo Saldarriaga: quiero hacerte una pregunta: ¿cómo fue tu relación con María Eumelia Galeano (profesora de sociología de la U. de A.)?, porque ustedes tenían una buena relación... Si quieres empezar por ahí, en eso de lo cualitativo, lo cuantitativo y la investigación. La experiencia que puedas contarnos...

Albalucía Serna Ángel: diré lo siguiente, para terminar ese tema de lo cualitativo y lo cuantitativo, y los debates que se daban en el Departamento de Sociología. En ese momento, estaba Eumelia en la línea de la investigación cualitativa, y yo, en la línea de la investigación cuantitativa, por circunstancias de la vida. Nosotras nunca tuvimos un conflicto, ni una diferencia, éramos siempre conscientes de que las dos líneas eran importantes, que, tanto lo cuantitativo como lo cualitativo, valían. Aprecio mucho su trabajo, lo sigo apreciando. Recientemente, en la última feria del libro aquí en Medellín, estuve en el lanzamiento de su último texto sobre investigación cualitativa, en el que se tuvo la oportunidad de insistir en la importancia de lo cualitativo, sin demeritar o desconocer la validez, también, de la medición.

Con Eumelia siempre tuve una muy buena relación personal y profesional, solamente que trabajamos por dos líneas de investigación distintas. En la U. de A., en un momento dado, después de muchos debates sobre lo de la medición y mucho cuestionamiento a la investigación cuantitativa, se optó por que hubiera dos líneas, sencillamente se separaron. Se introdujo la investigación cualitativa con 2 años de estudio y la cuantitativa con otros 2 años, y las dos eran obligatorias en la formación de los estudiantes. También se optó por que hubiera líneas electivas (sociología urbana o sociología rural), había un grupo de profesores que orientaban el área rural y otros por el área urbana; y eso era posible porque el grupo de docentes era numeroso, lo cual permitía crear cursos paralelos con los dos enfoques. En Bolivariana, era muy difícil, porque no solo éramos muy pocos docentes, sino que también era costoso pensar en dividir el grupo en dos, para darles dos enfoques distintos.

En la de Antioquia el último pénsum, que se aprobó en el año 1991, incluyó las líneas electivas en teoría y, con las dos líneas de investigación cualitativa y cuantitativa, además de los autores clásicos, como opciones electivas y, sencillamente, como estudio de autores.

En cuanto a los trabajos de investigación, mi tesis de grado, que ya la mencioné, en la maestría mi trabajo de investigación, en Holanda, estaba relacionado con el trabajo que yo había estado haciendo antes en Planeación del Área Metropolitana del Valle de Aburrá con el Oriente Cercano. En Bolivariana, la opción de investigación con estudiantes fue un trabajo con José Fernando Montoya y Antonio Pareja, en el año 1975. Ese fue un trabajo casi de vacaciones, porque nos tocó en diciembre hacer el trabajo de campo

en el Bajo Calima. En Bolivariana fue muy poco el trabajo de investigación, porque el exceso de trabajo impedía la investigación por fuera.

En la de Antioquia recién llegada, inicié un trabajo de investigación sobre los procesos de urbanización en los barrios populares y la relación con los procesos de movilización política, cómo se habían configurado a partir de invasiones en el caso del barrio Popular, y cómo se comparaba eso con urbanizaciones formales, como la del barrio 12 de Octubre, del Instituto de Crédito Territorial, y cómo se comparaban, las actitudes y la mentalidad de la población que había vivido una u otra de las dos posibilidades. Hay un documento extenso que lo tiene la Facultad de Ciencias Sociales de la U. de A., titulado: *Composición social y movilización política en barrios populares de Medellín*.

Por esa época hice también un trabajo con el Centro de Estudios del Hábitat Popular de la Universidad Nacional, sede Medellín, sobre la política de urbanización de la vivienda sin cuota inicial del gobierno de Belisario Betancur, en los años 1982 y 1983. De ese trabajo se publicó un artículo en la revista *Economía Colombiana*, de la Contraloría General de la República, que fue muy discutido. Hasta salió un artículo de prensa de María Eugenia Rojas de Moreno, quien en ese momento era directora del programa de vivienda del gobierno de Belisario.

En los últimos años de la década del 80 me interesé en el tema del centro de la ciudad y, aunque ese había sido precisamente el tema de mi tesis de pregrado, volví con un tema de la transformación del centro de Medellín y, sobre todo, de la identificación de los usuarios. Porque yo había recorrido mucho el centro de Medellín en la década del 60, cuando fui estudiante, ese era mi espacio, yo vivía muy cerca de la universidad, la Facultad de Sociología estaba muy cerca del centro y mi espacio permanente de recorridos eran La Playa, Junín, el parque de Bolívar, que luego se fue transformando tanto de Junín hacia abajo.

Tenía mucho interés en ver que estaba pasando en los diferentes barrios del centro, entonces emprendí un estudio muy detallado, ya de porte más cualitativo e involucrando estudiantes, alumnos de investigación, en la observación sobre prácticas; la forma en que se apropiaba el espacio público por parte de diferentes grupos sociales y las características generales de la población. Sobre ese trabajo se hicieron publicaciones de artículos, y una publicación sobre el concepto de centro: ¿qué era eso del centro de la ciudad?

Nuevamente tenía esa inquietud que había tenido tiempo atrás, de pensar las ciudades no solo heterogéneas social y culturalmente, sino también, la posibilidad de las urbanizaciones donde se combinen distintos estratos socioeconómicos y donde existan todas las actividades económicas y sociales, mejor dicho, la posibilidad de llegar algún día a una idea que hace muchos años había leído, en Jane Jacobs, desde la década del 60 en Estados Unidos, sobre las “ciudades diversas”.

Esa es una idea que quiso retomar Petro cuando regresó a la alcaldía de Bogotá, pero no fue posible, realmente, en ninguna parte ha sido posible implementarla, y es la idea de “centros diversos” con la que se pueden construir viviendas populares y viviendas de estratos altos. En Medellín, la tendencia fue que el estrato alto, que vivía antiguamente en el centro de la ciudad, se desplazara hacia El Poblado y el centro ha sido ocupado por sectores populares; pero no tanto en actividades de vivienda, de vivienda múltiple o de vivienda programada, sino de vivienda deteriorada. Es todo un debate.

Dediqué mucho tiempo a identificar la vida del centro de la ciudad, la concepción de centro y las actividades en el centro de Medellín, lo cual me llevó a realizar un estudio titulado: *El espacio público en el centro de Medellín, hacia una tipología de los usuarios*. Es un documento extenso.

Del centro de la ciudad tengo un documento más teórico, publicado en las memorias del Seminario “Centros de Ciudad. Realidad y perspectivas”, convocado y organizado, en 1997, por la Cámara de Comercio de Medellín, la Alcaldía de Medellín-PNUD y por Corpocentro (Corporación Cívica del Centro), porque fue también el trabajo de Cesar Valencia, cuando estaba en la dirección de Corpocentro.

He dedicado algún tiempo a hacerle una reseña, o seguimiento, a la evolución y a la transformación de la enseñanza de la sociología en nuestro país, sobre eso hay algunas publicaciones, artículos en la publicación de la Asociación Colombiana de Sociología. Yo participe en la recuperación de esa revista, después de muchos años de haberse acabado, y en la cual se presentaron textos sobre la enseñanza de la sociología en Colombia, incluido el que escribí referido a la sociología en Antioquia; también se publicaron artículos sobre la sociología en Bogotá; es un poco la historia de la sociología. Puede ser un trabajo interesante para algunos que quieran revisar la historia de la sociología en Colombia.

Alguna vez hice un trabajo para el INER, que realizó un curso de investigación. Con Hernán Escobar, sociólogo de la Bolivariana, que muchos de ustedes deben recordar, escribimos el tomo III de *Teoría y Estrategias de Recolección de Información*, un trabajo publicado por el ICFES y el INER, en 1992.

Recuerdo mi primer artículo publicado, en el año 1971, en una revista del Informativo LASPAU, (el programa que me otorgó la beca en Estados Unidos), en esa publicación se presentó, como tema central, el de la utopía, fue: ¿qué era ese cuento de la utopía? Y yo escribí un artículo que en buena parte diría que recuperó mi utopía de toda la vida: mi sueño de una vida que pudiera ser un poco distante de los cánones establecidos por la sociedad, por lo menos, de la que me tocó vivir a mí, en su momento. Entonces la utopía era mi sueño, y la utopía fue lo que realicé en 30 años de docencia e investigación o más, y aquí sigo. En todo caso, si tienen preguntas, digan ustedes lo que quieran.

Amparo Saldarriaga: Albalucía, ¡gracias! ¿Cómo te parece que nosotros hacemos parte de tu utopía!... ¡Y no lo sabíamos!; pero de verdad, es que tú fuiste nuestro modelo, vuelvo y te digo, porque eras mujer, pero no porque te mostraras y lucharas por ser mujer, sino por cómo actuabas, por la capacidad de la explicación clara, por la claridad frente a la sociología... porque nosotros estábamos en esos juegos, en esos movimientos y teníamos en esas ganas de salir al exterior y de ver todo eso. Tú siempre nos mostraste un camino. ¡Gracias por compartir!

Ana Eugenia Gómez: sí, yo en la misma línea de Amparo, y ahora recordando toda la época tuya, una cosa que te definía mucho era tu ecuanimidad, en todo, pienso que en ese momento de juventud, que te veíamos igual a nosotros; en ese revolcón que sentíamos interiormente en querer transformar el mundo y, como decía Amparo, realmente, el marxismo era la teoría que respondía... llegar a estos clásicos de la sociología, con ese saber tuyo y, sobre todo, con una cosa hermosa, con esa sencillez, pues las personas que más saben, llegan, sencillamente, al conocimiento y así lo transmiten, entonces, tengo ese recuerdo. Ahora en tu historia, valoro mucho el haber estado contigo, de verdad, ¡muchas gracias!

Albalucía Serna Ángel: ¡muchísimas gracias, Anita, muy querida...

Beatriz del Castillo: me sumo a todos los reconocimientos, a todo lo que las y los colegas han dicho, indudablemente eres una persona muy valiosa. Yo no vivo en Medellín, pero recuerdo a Albalucía como docente de la de Antioquia y de la Bolivariana. No sabía de toda esa trayectoria en lo que tiene que ver con investigación urbana, todo eso que has planteado, me parecen temas muy interesantes y de gran trascendencia. Digamos que Albalucía nos resultó como la pobre viejecita, sin nadita... Nos decía: “es que yo no tengo nada que decir”... ¡Qué tal que hubiera tenido que decir!

Albalucía Serna Ángel: pena me da, porque nunca he buscado reconocimientos y, además, tampoco creo que haya hecho nada extraordinario, yo solo trate de vivir mi vida haciendo lo que sentía que quería hacer en cada momento, y tuve la posibilidad de hacerlo, a pesar de, obviamente, algunas limitaciones, tanto propias como del medio. Me siento afortunada. Por ejemplo, nunca pensé tener una hija, pero las condiciones se dieron y tengo una hija de 39 años, es docente en una universidad británica, es una profesional muy independiente y autónoma desde los 17 años. Lo único que aspiré para mí, fue autonomía e independencia, y eso es lo que ha sido mi hija también, y yo, en eso, me siento realizada.

Beatriz del Castillo: otra pregunta para la investigadora. Me atrevo a preguntarte... tú, como docente de tantos años, de docente en dos facultades de sociología, por las que pasaron muchas generaciones de sociólogos, incluidos tus alumnos, muchos de los que estamos hoy conversando contigo, ¿qué balance podrías hacer? Me refiero a esos estudiantes que tuviste, que llegaron con ilusiones y querían ser sociólogos, ¿lo lograron, incluso aquellos que les dio por la revolución y luego regresaron por sus pasos? ¿Has hecho seguimiento de si el sociólogo tiene un espacio? ¿Esos muchachos le encontraron sentido a la vida dentro de la sociología?

Albalucía Serna Ángel: gracias por la pregunta, porque es un tema que creo que nos quedó pendiente, y es el de los espacios que tiene la sociología hoy, y que ha tenido siempre, pero que se siguen discutiendo. Ustedes pueden recordar, no más el año pasado, la vicepresidenta Marta Lucía Ramírez, dijo algo así como que había demasiados sociólogos y psicólogos en el país y que Colombia no necesitaba más. Recientemente, también se ha dado un poco el debate... por ahí vi un trino de un profesor de la Universidad EAFIT, en el que se refería a esos rellenos que le han quitado validez profesional a la

universidad, rellenos como la sociología, los rellenos del área de sociales que le están quitando posibilidades y espacio a la ciencia y a la investigación, sobre todas a las ingenierías y a la economía.

Uno siempre está mirando las posibilidades de la sociología en el medio, yo creo que hay mucho espacio para la sociología, yo soy de las que dicen que cada uno se retira en su momento, pero porque también tiene que cederles el espacio a las nuevas generaciones, a tantos jóvenes capacitados y que están esperando, precisamente, la opción de ingreso al mercado laboral.

Hay mucho que hacer en este momento. Para mí el campo de ejercicio profesional más interesante para el sociólogo es en relación con lo medio ambiental: ¿qué es lo que va a pasar con este planeta en el futuro?, ¿para dónde vamos?, ¿cuáles son las posibilidades de estilos de vida que puedan contrarrestar el cambio climático?, por lo menos, que nos permita manejar un poco esta crisis ambiental que se nos avecina. Creo que ahí hay un espacio inmenso para la sociología, en el momento, que lo ha tenido siempre, pero que hoy en día, es mucho más urgente, mucho más necesario. Ahí les queda como inquietud para que impulsemos a las nuevas generaciones a las que tengamos acceso. Ese es un tema de una importante reflexión.

De hecho, en los últimos años de mi vida laboral en la Universidad de Antioquia, me ocupé un poco de eso, creamos la cátedra de Medio Ambiente y Sociedad en la Facultad de Ciencias Sociales, era una cátedra abierta a profesionales de distintas disciplinas; fue una primera experiencia. Hace años me retiré y no sé, en este momento, en que está la Universidad de Antioquia. No sé si hay un interés en este tema ambiental... creo que es un tema urgente para seguir trabajándolo.

José Fernando Montoya: Albalucía, muchísimas gracias por compartir tus experiencias con nosotros. A todos muchas gracias, pues creo que estamos identificados del mismo modo: gratitud, reconocimiento y admiración por una persona como Albalucía, que se ha realizado integralmente en su vocación al servicio de la sociedad, mediante la docencia, la investigación y su testimonio ciudadano.

❧ ¿Cultura de la pobreza?

Albalucía Serna Ángel †

Presentación

El texto sobre cultura de la pobreza, que se presenta a continuación, fue elaborado por Albalucía en su tesis de maestría en la Universidad de Wisconsin, en un periodo (finales de la década de 1960 y comienzos de la década de 1970) caracterizado por las manifestaciones del movimiento estudiantil en diferentes países del mundo: luchas pacifistas, anticonsumistas, contra poder, redistributivas, en fin, de cambio social en todas sus dimensiones. Luchas que aún continúan, es más, que se siguen necesitando en un mundo que está al borde de guerras mundiales y nucleares, acosado por el cambio climático que se ha agudizado por un sistema



Foto del archivo familiar Vélez Serna.

económico extractivo, desigual, contaminante y arrasador de la base natural de la humanidad, cuyos grupos más vulnerables, los pobres del planeta, sienten con mayor rigor los estragos de la guerra entre naciones y contra la naturaleza.

En ese contexto de conflictos sociopolíticos, socioambientales y de redistribución de capitales y rentas, la profesora Albalucía reflexiona sobre las implicaciones que pueden tener las diferentes teorías y los conceptos elaborados desde las ciencias sociales sobre las políticas públicas en cuanto a la superación de las condiciones de pobreza que afectan a millones de habitantes del planeta tierra. Conceptos como los de la (supuesta) ‘cultura de la pobreza’, subculturas, desigualdad, asimilación, adaptación, movilidad ascendente, transmisión intergeneracional de valores y normas de comportamiento, participación política, redistribución del ingreso y de las oportunidades, tienen y tendrán vigencia en la construcción de un mundo mejor para la humanidad, especialmente, para los millones de habitantes que siguen atrapados en condiciones de pobreza extrema, con pocas posibilidades de tener una vida digna para ellos y sus descendientes.

De ahí la importancia que la autora le confiere a la rigurosa definición y aplicación de conceptos y/o teorías, pues, de ello, puede depender el éxito o fracaso de políticas que permitan superar las condiciones de pobreza, inequidad y vulnerabilidad que sufren millones de personas en el mundo y que afectan, incluso, a grupos de población residente en países con altos indicadores de desarrollo económico.

A eso invitan estos textos densos, elaborados con el rigor académico que caracterizaba a la profesora Albalucía, pero también con el optimismo que la animaba para contribuir, desde las ciencias sociales, a la búsqueda de soluciones de los diferentes problemas y conflictos sociales que, de manera injusta, azotan a las personas, familias y comunidades más vulnerables del planeta.

Andrés Vélez Sáenz

Nota de la traductora

Llama la atención, en este texto, su doble carácter de rigor académico, tanto en la elaboración del estado del arte como en su argumentación crítica comprometida con la justicia social. Hay momentos de clara indignación, sobre todo contra los proponentes más extremos de una explicación cultural de la pobreza que, en últimas, es simplemente una manera de culpar a los pobres por no vivir como vive la clase media alta. Es de notar que la mayoría de los textos citados eran muy recientes. El concepto de cultura de la pobreza surge en los libros del antropólogo Oscar Lewis, como *Los hijos de Sánchez* (1961) y *La Vida* (1967). Lewis murió en 1970, pero las críticas a sus ideas apenas estaban empezando a aparecer. Esto da cuenta de que Albalucía era una lectora muy actualizada (la imagino en la sección de revistas de la biblioteca universitaria, en Milwaukee, donde amanecía estudiando). Pero la crítica también surge de una sensibilidad formada en la experiencia directa con organizaciones, como la *National Welfare Rights Organization*, con la cual, Albalucía, había colaborado el año anterior. Esa experiencia, seguramente, le ayudó a entender mejor las dimensiones raciales de los conflictos sociales en los Estados Unidos, revelándole también los trasfondos racistas de algunas teorías sociológicas.

A pesar de las críticas, el concepto de cultura de la pobreza continúa teniendo influencia en las discusiones sobre las políticas públicas, de manera abierta o encubierta. En el caso de Estados Unidos vale la pena notar las reacciones a un libro (luego pésima película de Netflix) publicado por el senador republicano J. D. Vance, elegido fórmula vicepresidencial de Trump, en el que usa el argumento de la cultura de la pobreza para explicar los problemas sociales en la región de Appalachia y para justificar la eliminación de formas de asistencia estatal.

Nota. Esta versión del texto ha sido abreviada ligeramente para facilitar la lectura. El original del escrito no incluye la bibliografía.

María Antonia Vélez Serna
julio de 2024

En este artículo presento una revisión de literatura sobre la cultura de la pobreza, haciendo énfasis en dos problemas básicos: la validez de tal concepto en su aplicación a grupos de población considerados como pobres, y la crítica de la idea de que la “falta de participación en las instituciones sociales” es el indicador más importante de la cultura de la pobreza.

Soy muy consciente de que la mayoría de los escritos sobre la cultura de la pobreza tiene un sesgo ideológico y, aunque mi análisis intente ser objetivo, puede también estar sesgado. Sin embargo, justifico mi posición (del lado de los pobres) sobre la base de que mi principal interés es mostrar las implicaciones y peligros de usar el concepto sin una definición clara de lo que significa, y sin contar con estudios empíricos realistas sobre el modo de vida de los pobres, incluyendo sus sistemas de valores. Mientras no tengamos datos confiables, tan solo se pueden ofrecer hipótesis.

1. El concepto de ‘cultura de la pobreza’

Para entender la confusión generada por el concepto de cultura de la pobreza, hay que empezar con una definición de los términos ‘cultura’ y ‘pobreza’, y establecer distinciones entre una cultura específica, una subcultura y una cultura en común.

Algunos científicos sociales parecen identificar una cultura mediante el análisis de los patrones comportamentales de un grupo o sociedad. Puede ser que no alcancen a ver las interrelaciones entre carácter y estructura social, o que asuman que hay una correlación perfecta entre comportamiento ‘planeado’ y ‘manifiesto’, es decir, entre aspiración y realización. Yinger (1960) expresa esta preocupación cuando dice: “En muchos escritos de ciencias sociales no es para nada claro si la cultura se refiera a normas, es decir, a comportamientos esperados o valorados, o a comportamientos que ocurren y es, por tanto, normal en el sentido estadístico” (p. 628). Yinger parece identificar las normas con los valores, lo cual también crea confusión. Para Parsons y Smelser, según Bidwell (1966), “los valores son afirmaciones altamente generalizadas de los fines que deben buscarse [...], los valores motivan el comportamiento, pero no lo limitan o canalizan específicamente”. Las normas, por otro lado, “son las reglas para la interacción”; pero, por sí mismas, no especifican los fines (p. 122).

La distinción entre valores, normas y comportamientos es importante para la definición de una cultura, porque evita las distorsiones que se introducen cuando se considera el comportamiento como si fuera dictado directamente por los valores, sin considerar, como dice Bidwell (1966), que “las normas sirven como vínculos flexibles entre los compromisos de valor y el comportamiento” (p. 123).

La definición de cultura como “herencia social”, que se refiera a “la forma de vida distintiva de un grupo de personas, el diseño total de sus vidas” (Kluckhohn, 1951, p. 86) hace que veamos el concepto de cultura en un sentido más amplio que el simple comportamiento, sin negar que el comportamiento es parte de esa “herencia social”. La cultura, entonces, incluye los valores, las creencias, los conocimientos, las habilidades, las costumbres, los artefactos, etc., acumulados por un grupo social a lo largo de las generaciones. Por tanto, la cultura no puede verse solo a través del comportamiento, porque, aunque los valores y las creencias dan forma al comportamiento, la correlación no es perfecta. El comportamiento está formado más directamente por normas “que responden directamente a los recursos situacionales” (es decir, la organización social, y las facilidades materiales y humanas) (Bidwell 1966, p. 123). Tampoco puede verse a la cultura, únicamente, como el sistema de valores o creencias ‘básicas’ de un grupo, dado que es imposible predecir el comportamiento (que es, también, parte de la cultura) sobre la base del entendimiento de los valores de un grupo.

Es importante aclarar que la cultura es tanto heredada como adquirida; pasa de generación en generación, pero no en el sentido biológico de la herencia. No es “herencia automática o instintiva” (Williams 1960, p. 22).

Hay otra causa de confusión en la literatura sobre la cultura de la pobreza, y es el no considerar distintos niveles de abstracción en el sistema de valores, pues hay valores que son más concretos que otros y se sostienen en circunstancias específicas o bajo ciertas condiciones. Los valores más abstractos, por otro lado, tienden a ser más generales y, por tanto, pueden realizarse en un rango más amplio de conjuntos de normas. Con relación a esto, Rodman (1963) dice: “Entre más concreto sea un valor, más diferenciada parecerá la sociedad con respecto a él. Entre más abstracto, la sociedad parecerá más integrada” (p. 210).

De la definición de cultura se puede derivar el concepto de subcultura. Aunque hay opiniones encontradas, por subcultural se entiende una herencia

cultural con características distintivas importantes, correspondientes a un grupo; o el conjunto de valores, creencias, habilidades, costumbres, artefactos compartidos por un número relativamente grande de personas o un sector de la sociedad que, sin embargo, siguen teniendo continuidades significativas con la cultura dominante. De acuerdo con Broom y Selznick (1955), “cada grupo tiene patrones propios, pero los patrones de un grupo especializado no necesariamente afectan la vida total de sus miembros y, por ende, no constituyen una subcultura. Una subcultura tiene una influencia más general sobre la persona y tiende a darle una identidad discernible” (p. 71). Según algunos autores, una subcultura distintiva encarna “una forma de vida que genera suficiente compromiso emocional para que las personas la transmitan a sus descendientes” (Valentine 1968, p. 113).

Ahora bien, al definir una subcultura hay que aclarar cuánta desviación de la cultura general constituye una subcultura como tal. Las desviaciones en patrones de comportamiento no parecen razón suficiente para definir una subcultura, cuando los valores “básicos” siguen siendo los de la sociedad más amplia. Es muy cuestionable que se pueda definir una cultura distintiva o una subcultura a partir de patrones de comportamiento situacionales. Como no hay consenso académico sobre la cantidad o tipo de desviación de la cultura general que constituye una *subcultura*, *contracultura* o *cultura distintiva*, me tomo la libertad de dar algunas definiciones, para efectos de este escrito. Por tanto, diría que cuando los miembros de un sector social son obligados por las condiciones objetivas o su posición en la estructura socioeconómica a tolerar o desarrollar patrones alternativos de comportamiento (es decir, patrones de comportamiento que contradigan sus posiciones de valor propias y con las normas que rigen el comportamiento de la sociedad), participan en la cultura dominante. Se puede hablar de una cultura en común, en tanto que esos miembros de un grupo social reconocen que su comportamiento es adaptativo y no pretenden transmitirlo a sus hijos. Se puede hablar de una subcultura si los miembros de ese grupo presentan patrones de comportamiento que son distintos a los de la sociedad más amplia y que son valorados por el grupo, dándoles un sentido de identificación, mientras aún participan de algunos de los valores “básicos” de la cultura más amplia. Si hay un rechazo total o casi total de los valores y comportamientos de la sociedad por parte de un determinado grupo, se puede hablar de una contracultura. Si los sistemas de valor y comportamientos divergentes no representan una reacción en contra de la cultura central, se trata de una cultura distintiva.

Por otra parte, el concepto de ‘pobreza’ también está sujeto a interpretaciones diversas y a confusión. Hay básicamente dos sentidos: la pobreza se puede referir a la deprivación absoluta o relativa. Pero aun si se define la pobreza en términos absolutos, como la falta de medios esenciales de subsistencia, encontramos que es una definición ideológica, porque lo “esencial” es un juicio de valor. Para algunos autores, como Banfield, “esencial” parece representar lo que es absolutamente necesario para la supervivencia física. Véase por ejemplo esta afirmación: “todo lo que pueda causar a alguien la muerte prematura, el deterioro serio de su salud o sus capacidades, el desperdicio de sus vidas, el ser profundamente infeliz o feliz de una manera inhumana, afecta su bienestar esencial” (Banfield 1970, p. 10). Por tanto, dadas las dificultades para la definición absoluta de la pobreza, y considerando que la pobreza en términos absolutos parece casi inexistente en países como los Estados Unidos, en comparación con otros países, me referiré a la pobreza en términos relativos. Como lo expresa Valentine (1968):

La idea de pobreza es, ante todo, un concepto comparativo que se refiere a una cualidad comparativa. Como cualidad, la condición de ser pobre no tiene significado central: la esencia de la pobreza es la desigualdad. En palabras ligeramente diferentes, el significado básico de la pobreza es la deprivación relativa (p. 13).

Ser pobre en los Estados Unidos, por tanto, significa estar en el fondo de la estructura social y estar relativamente privado de los bienes valorados por la sociedad, como son la comodidad material, la educación, el empleo, el poder político, etc. En este sentido, se puede hablar de “los pobres” y “la clase baja” como términos intercambiables (considerando la clase trabajadora como una categoría diferente).

Habiendo delineado los términos de cultura, subcultura y pobreza, podemos empezar a considerar el concepto de cultura o subcultura de la pobreza. Lewis (1968), el antropólogo a quien le debemos dicha expresión dice:

Como antropólogo he tratado de entender la pobreza y sus rasgos asociados como una cultura, o con más precisión, una subcultura con su propia estructura y justificación, como forma de vida que pasa de generación en generación por descendencia familiar [...], [y en una

nota al pie, añade:] mientras que el término ‘subcultura de la pobreza’ es más preciso técnicamente, he usado ‘cultura de la pobreza’ como abreviación (p. 4).

El conflicto con la definición de la cultura de la pobreza empieza cuando consideramos los rasgos que se especifican como característicos de los pobres, a quienes asignamos como miembros de esta subcultura, y cuando examinamos los datos o fundamentos en que se basan tales generalizaciones. No habría un problema académico si los datos probaran que, en realidad, los pobres tienen una forma de vida distintiva que pasa de generación en generación (lo cual quiere decir no solo comportamiento, sino valores, creencias y demás, como se vio). Pero hay argumentos de peso contra la existencia de una cultura de la pobreza, como la define Lewis.

Para comenzar, dijimos que una subcultura implica cierta desviación de los valores básicos de la sociedad más amplia, así como una forma de vida distintiva. Ahora bien, parece que hasta cierto punto los científicos sociales están de acuerdo sobre los valores dominantes de una sociedad como la estadounidense. La mayoría incluyen el logro y el éxito, la actividad y el trabajo, una orientación moral, el pensamiento humanitario, la eficiencia y el pragmatismo, el progreso, la comodidad material, la libertad y el individualismo. Si estos son, en realidad, los valores “básicos” en la cultura norteamericana, tenemos que admitir que son compartidos por la mayoría de los miembros de la sociedad, sin importar su clase social (ver Williams 1960, p. 415-470).

Para muchos, la pregunta podría ser: ¿cómo identificar esos valores en personas de clase baja cuando los patrones de comportamiento no corresponden a lo que ellos valoran? Rodman (1963) hace esta pregunta y nos aconseja distinguir entre un “nivel de defensa”, un “nivel de expectativa”, y un “nivel de aspiración” cuando se trata de identificar las orientaciones hacia los valores, por parte de individuos de clase baja (p. 211). Para todo individuo de cualquier clase social, es natural tratar de ser consistente, de explicar sus patrones de comportamiento mediante un sistema de valores que le dé sentido, y coherencia, a sus actos. Su explicación muestra un nivel de defensa. Pero puede también suceder que el individuo explique su comportamiento de una forma que refleja el sistema de valores que se espera de él y al cual aspira. En mi opinión, el nivel de aspiración es el mejor indicador de un sistema de valores.

Dada la ausencia de datos bien sostenidos para respaldar la hipótesis de que la sociedad norteamericana tiene un sistema de valores común, tomamos esta afirmación como hipótesis que tiene argumentos más fuertes a su favor. Ahora, regresando a la descripción de Lewis de la cultura de la pobreza, y para entender qué se quiere decir con el término, veamos algunas críticas al trabajo de Lewis.

Winter (1971) resume la teoría de Lewis en tres hipótesis básicas y presenta un argumento contra cada una de ellas:

Hipótesis n.º 1 de Lewis: “La forma de vida de los pobres comprende una configuración relativamente única de patrones comportamentales y valores”, caracterizada por:

- » La falta de participación e interés en las instituciones de la sociedad más amplia.
- » La criminalidad local.
- » La ausencia de infancia, familias centradas en la madre, introducción temprana al sexo.
- » Los sentimientos de marginalidad, indefensión, inferioridad, estructuras débiles de ego, confusión de la identificación sexual, falta de control de los impulsos, poca capacidad de diferir la gratificación y planear para el futuro, un sentido de resignación y fatalismo.

El argumento de Winter (1971) critica el énfasis de Lewis sobre los aspectos negativos de la forma de vida de las clases bajas. Este énfasis lleva a un distanciamiento creciente de los pobres y pone en riesgo las políticas para los pobres, rotulando los esfuerzos por combatir la pobreza como “fracasos obvios” (p. 17).

Según otros autores (Valentine, 1968; Miller, 1971; Willie, 1971) el uso de estándares de clase media para medir el carácter desviado del comportamiento de los pobres es la principal razón de la derogación del comportamiento de la clase baja y del carácter peyorativo de muchos estudios sobre los pobres.

Hipótesis n.º 2 de Lewis: es, según Winter, que las características de la forma de vida de los pobres “constituyen una verdadera cultura o subcultura, y no solo un conjunto de adaptaciones transitorias a condiciones objetivas” (p.

18). Sobre esta hipótesis, dice Winter (1971), que “el concepto de una cultura independiente de las condiciones objetivas es difícil de mantener o apoyar porque [...] la persistencia de una cultura de la pobreza refleja la persistencia de las condiciones objetivas a las cuales responde” (p. 23). Además, para el autor, esta hipótesis es muy peligrosa, puesto que podría usarse para justificar la finalización de cualquier esfuerzo para reducir la pobreza.

Hipótesis n.º 3 de Lewis: es resumida, así, por Winter: la cultura de la pobreza “es más probable que aparezca entre los pobres en una sociedad capitalista, altamente individualizada y con estratificación de clases”. Para refutar esta hipótesis, Winter usa la crítica que hace Glazer a la teoría de Lewis, la cual se basa en el hecho (aún no probado) de que la cultura de la pobreza no aparece en lugares en donde se cumplen tales condiciones (como Hong Kong) y sí aparece en lugares que no las cumplen (como Nueva York). (Glazer, 1971, p. 29-48).

Valentine, por su parte, critica la descripción que Lewis hace de la cultura de la pobreza sobre la base de: 1) las inconsistencias entre las abstracciones y los datos; 2) la incongruencia entre un enfoque informativo y un panorama teórico; y 3) las implicaciones del concepto para la política, políticas públicas y programas sociales. Asimismo, Valentine critica la metodología de Lewis por sus generalizaciones sobre los pobres, a partir de estudios de caso de familias, las técnicas de recolección de datos y la falta de verdadero análisis. Valentine dice que las familias estudiadas por Lewis parecen excepciones, en lugar de tipos comunes. Hay una inconsistencia básica entre lo que los datos parecen decirnos¹ y la definición de Lewis de la cultura de la pobreza, que hace parecer cuestionable la validez de sus generalizaciones. Además, según Valentine (1968), al enfocarse en la familia, Lewis descuida el sistema social completo. Dice:

El enfoque es tan restringido a la familia que el sistema en su totalidad y sus patrones culturales se vuelven poco más que un trasfondo oscuro para las intimidades personales del hogar [...], esta aproximación no puede respaldar adecuadamente [...] la representación de una cultura, de una forma de vida completa (p. 64).

¹ Ver el libro: La Vida, The Children of Sánchez, Five Families, Study of Slum Culture: Backgrounds for La Vida.

Valentine también critica el trabajo de Lewis por su énfasis en los rasgos negativos y la implicación de que el desorden psicológico y social son cualidades inherentes en la cultura de la pobreza. Anota, además, como lo hacen Winter y otros, que “la cultura de la pobreza es un término creado desde un punto de vista de clase media” (1968).

Ahora bien, aunque quiero enfatizar el análisis de la descripción de Lewis de la cultura de la pobreza, es útil hacer una evaluación general del concepto. La crítica de Roach y Gursslin (1967) al concepto de “cultura de la pobreza” apunta a otras deficiencias en su uso. Para ellos, pasar de una versión de la cultura de la pobreza como “derivativa” de la cultura principal (por evolución natural o reacción a ella), a una concepción de “sistema cultural tradicional con un conjunto único de valores desarrollado a lo largo de varias generaciones”, es un error común que cometen muchos autores sobre la cultura de la pobreza, aparentemente sin darse cuenta de que los dos esquemas explicativos están presentes en estas dos versiones del concepto.

Otras deficiencias del concepto anotadas por Roach y Gursslin (1967) son:

- » Generalizar a partir de subculturas relacionadas (cultura negra de clase baja, subculturas delincuenciales, etc.) a la cultura de la pobreza.
- » No indicar qué propósito sirve el concepto. Dicen los autores que el concepto es usado por muchos escritores bien sea como “un comodín para cubrir lagunas en el conocimiento sobre los pobres, como un rótulo descriptivo, o como una explicación en sí mismo” (p. 386).
- » Designación inadecuada de características subculturales. Una combinación de rasgos sociales, culturales y psicológicos con descripciones de las “condiciones materiales de pobreza se ofrecen como perfil de la cultura de la pobreza” (p. 386).
- » Falta de especificación de las variables dependientes e independientes. El argumento central en el artículo de Roach y Gursslin consiste en la importancia de distinguir la cultura de la pobreza como descripción, de la cultura de la pobreza como explicación. Para ellos, muchas veces una regularidad en el comportamiento de los pobres es considerada como causa de la cultura de la pobreza, y al mismo tiempo como una de sus características.

La cultura como descripción de la forma común de vida de un grupo es una variable dependiente; pero, por otro lado, “la cultura como causa enfatiza un patrón de vida compartido y el aprendizaje social transmitido en una sociedad” (Roach y Gursslin 1967, p. 387). Consideraremos luego la crítica que hacen estos autores contra el uso del concepto de cultura de la pobreza como explicación causal.

Espero que este análisis del concepto de cultura de la pobreza, y el esbozo de algunas de las dificultades teóricas e ideológicas que conlleva, sean base suficiente para llegar al núcleo de mi discusión.

2. El *value stretch* de la clase baja

Opino que hay una contradicción básica en la caracterización de Lewis de la cultura de la pobreza. Lewis (1968) define la subcultura como una “forma de vida que se pasa de generación en generación, siguiendo líneas familiares. [...] Una vez que empieza a existir, tiende a perpetuarse de generación en generación por sus efectos sobre los niños” (p. 6). Por otro lado, Lewis asegura que la cultura de la pobreza también es “una adaptación a un conjunto de condiciones objetivas de la sociedad más amplia”. Incluso llega a decir que la cultura de la pobreza se superó en Cuba, con la revolución. Entonces, ¿cómo se explica este fenómeno? Parece imposible que los valores, las creencias, etc., que constituyen una cultura, puedan ser cambiados tan fácilmente, solo con un cambio en la esfera política o en las condiciones objetivas de los pobres.

Ahora bien, ha sido probado por muchos estudios antropológicos que el cambio cultural es un proceso muy lento, es decir, rara vez ocurre en el lapso de una generación. Los cambios culturales significan cambios en los valores individuales de una población completa o un grupo y, por tanto, aun cuando ocurran cambios en algunos individuos en la sociedad, toma tiempo y a menudo genera conflictos producir un cambio sustancial en los valores y normas de comportamiento del grupo. Además, si aceptamos la idea de que la cultura de la pobreza es “una adaptación a un conjunto de condiciones objetivas de la sociedad más amplia”, quiere decir que aceptamos que los pobres comparten los valores básicos o dominantes de la sociedad, pero que son obligados a adaptar su comportamiento a su situación económica

y a desarrollar valores alternativos, para justificar su comportamiento socialmente condicionado. O, como Roach y Gursslin (1967) lo dicen, “los hechos físicos de la vida de clase baja pueden verse como antecedentes importantes al surgimiento de normas y mecanismos adaptativos.” (p. 386).

Esta teoría ha sido desarrollada por Rodman (entre otros) bajo el nombre de “el *value stretch* [ensanchamiento de valores] de la clase baja”. Rodman (1963) toma la teoría de Merton de que la sociedad está basada en un “sistema común de valores”, lo cual no significa que todos los individuos en la sociedad hayan internalizado igualmente todos los valores de la sociedad (p. 205). En este sentido, por *value stretch*, Rodman quiere decir que “la persona de clase baja, sin abandonar los valores generales de la sociedad, desarrolla un conjunto alternativo de valores”. Usando la fábula de la zorra y las uvas, añade que “ellos —los pobres— llegan a tolerar y finalmente a evaluar de manera favorable ciertas desviaciones de los valores de clase media. De este modo no tienen que estar frustrados continuamente por no alcanzar valores inalcanzables”. Rodman considera que los pobres tienen un rango más amplio de valores y están comprometidos, en menor grado, con todos los valores que tienen (pp. 209-214).

Esta perspectiva parece corresponder con el concepto de Liebow, de “sistema de valores en la sombra” y al de “creencias oportunas” de Myrdal. Liebow, claramente, apoya la idea de la naturaleza adaptativa del comportamiento de los pobres. Nótese por ejemplo esta afirmación:

Ahí, en la esquina callejera, ficciones públicas respaldan un sistema de valores que, junto al sistema de valores de la sociedad en general, crea un mundo de ambivalencia, contradicción y paradoja, en donde los fracasos son racionalizados como éxitos fantasmas, y las debilidades mágicamente transformadas en fortalezas (Liebow, 1966, p. 222).

Liebow también señala el hecho de que muchas similitudes entre padre e hijo de clase baja “no resultan de la ‘transmisión cultural’, sino del hecho de que el hijo sale y experimenta personalmente los mismos fracasos, en las mismas áreas, y por casi las mismas razones que su padre” (p. 223).

Por su parte, Roach y Gursslin (1967) argumentan contra la posibilidad de que la cultura de la pobreza sea transmitida socialmente de una generación a la siguiente, basándose en un supuesto “deterioro” de la naturaleza y la cantidad de

interacciones sociales de los pobres, para quienes “ni la calidad ni la cantidad de la interacción social parecería contar con el tipo de interacción social efectiva que se plantea en las discusiones teóricas de la génesis y mantenimiento de subculturas” (p. 388). Es difícil pensar que la cantidad de interacción en los niveles especificados por Roach y Gursslin, no solo las relaciones entre padres e hijos, sino también “la interacción social que involucra una red de unidades familiares y otros grupos primarios” (p. 388), sea menor en la clase baja que en cualquier otra. La mayoría de las descripciones de la vida de los pobres dan testimonio de la intensidad de su interacción social.²

Es más válido el argumento contra la idea de que el modo de vida de los pobres es socialmente transmitido, basado en el hecho de que el comportamiento de los pobres no está formado por un sistema normativo fuerte debido a su carácter adaptativo a factores situacionales.

Roach y Gursslin tienen razón al enfatizar la necesidad de redirigir la atención hacia los aspectos no sociales de la situación, es decir, a las “condiciones materiales de privación” que determinan de manera importante el comportamiento de los pobres.

Ahora, ver la cultura de la pobreza como un conjunto de rasgos heredado tiene muchas implicaciones ideológicas y políticas. La noción de que algunos individuos o grupos son inherentemente diferentes o inferiores siempre se ha usado para justificar la estratificación (es decir la desigualdad) en la sociedad. Esta fue la base de la teoría de la estratificación de Davis y Moore, hace más de 20 años, y se encuentra hoy en el argumento de Banfield, en *La ciudad en discusión* [The Unheavenly City] (1970).

Banfield argumenta que la situación desventajosa de los pobres se debe a una cultura de clase baja que hace a la gente resistente al cambio y, también, a razones psicológicas que impiden que los individuos de clase baja aprovechen las oportunidades que se les ofrecen. Este argumento tiene algo en común con la teoría de Davis y Moore de la estratificación, que sostiene que el talento y la motivación son las condiciones básicas para la movilidad ascendente.

² Véanse, como ejemplo, todos los trabajos de Oscar Lewis y el trabajo *Tally's Corner*, de Elliot Liebow, para mencionar solo dos autores.

Para Banfield, estos dos factores (talento y motivación) parecen también ser esenciales para la movilidad ascendente. Siguiendo las “soluciones” a la pobreza que ofrece Banfield, parece que para él los talentos son heredados y la motivación es determinada culturalmente (1970, capítulo 10). El hecho de que solo algunas pocas personas nacidas en la clase baja puedan moverse hacia arriba, Banfield lo explica en términos de una cultura de clase baja, en la cual la persona es incapaz de ver hacia el futuro. Describiendo al individuo de clase baja dice: “Los impulsos gobiernan su vida [...], trabaja cuando le toca para seguir vivo [...], considera sin valor cualquier cosa que no se pueda consumir inmediatamente” (1970).

Nunca se ha probado que haya grupos o razas en la sociedad que hayan recibido menos talentos. Los efectos ambientales son difíciles de controlar y se consideran muy importantes. Entonces, si los talentos están distribuidos de manera aleatoria en la sociedad, sin importar la clase social, lo que tenemos es un diferencial de motivación. Banfield parece culpar a los pobres y su cultura de clase baja por su falta de motivación, sin considerar, así sea como una posibilidad, que la sociedad ofrece recompensas diferenciales a los individuos, según su posición en la estructura social.

Banfield, como David y Moore, parecen olvidar que ni las recompensas como el prestigio y el poder, ni las rutas para obtenerlas, están en realidad disponibles para todo mundo. Tampoco están “ahí” las oportunidades, como sugiere Banfield.

La discusión de los pobres como “merecedores” y “no merecedores”, y las conexiones de estos conceptos con el concepto de cultura de la pobreza ha sido ocasión para muchísimas palabras. Reseñar toda la literatura al respecto sería una tarea muy larga y difícil. Solo añado unas pocas palabras más del texto de Gans (1968), *Culture and class in the study of poverty*, que ayudan a resumir el punto principal de este capítulo, a saber, que los pobres no son deficientes, sino desposeídos: “Necesitan empleos, ingresos más altos, mejores escuelas, y la mayor participación posible [...], en vez de solo servicios, como entrenamiento y consejería sobre habilidades y formas de vida que llevan al cambio cultural” (p. 202).

La visión de los pobres como merecedores, por lo general, ha correspondido con la teoría de que los pobres comparten los valores de la sociedad más rica, pero sus condiciones objetivas les impiden realizar esos valores. En este orden de ideas, la noción de una cultura diferente o subcultura ha sido usada para ver a los pobres como no merecedores. Sin embargo, Miller, citado por Gans (1968), “argumenta que los pobres ni siquiera desean entrar en la sociedad acaudalada, al menos culturalmente, y su análisis implica que los pobres son merecedores, precisamente, porque tienen su propia cultura” (p. 203). El problema no es si la subcultura de los pobres se posiciona positiva o negativamente, sino si se trata, de verdad, de una cultura o subcultura diferente. Para repetirlo, la mayor parte del tiempo las supuestas diferencias culturales son solo adaptaciones del comportamiento a las condiciones objetivas, y los pobres están listos y dispuestos a abandonar su “forma de vida” a la menor oportunidad.

3. La cultura de la pobreza y la participación de los pobres

Una de las características básicas de la cultura de la pobreza, según Lewis, es “la falta de participación efectiva e integración de los pobres en las instituciones principales de la sociedad más amplia” (1968, p. 7). Esta falta de participación es vista como resultado de la falta de interés de los pobres en los asuntos públicos, su apatía y sensación de desesperanza e impotencia.

Es muy obvio que la participación de los pobres en las instituciones económicas tiene que ser baja tanto en estatus y cantidad cuando se compara con cualquier otro estrato, pero eso no significa que su posición sea voluntaria. Su participación en las instituciones económicas, por ejemplo, su comportamiento como consumidores, es una adaptación a su situación financiera y no determinada por su orientación hacia ciertos valores. El mismo Lewis reconoce el carácter adaptativo de algunas de las características de la cultura de la pobreza, como

una alta incidencia del empeño de bienes personales, préstamos de prestamistas locales a tasas de interés de usura, mecanismos espontáneos de crédito informal organizados por vecinos, uso de ropa y muebles de segunda mano, y el patrón de compra frecuente

de pequeñas cantidades de comida [...] [cuando dice que] los bajos salarios y desempleo o subempleo crónico generan bajos ingresos, falta de propiedad, de ahorros y de reservas de comida en el hogar, y una escasez crónica de efectivo (p. 7).

La participación de la clase baja en la política ha sido objeto de muchos estudios, la mayor parte de los cuales parecen concluir que hay una correlación positiva entre clase social y participación política. Sin embargo, la correlación no parece muy clara cuando se añade la variable del involucramiento organizacional. Los científicos pasan a explicar el involucramiento organizacional de los individuos de clase baja en términos de rasgos psicológicos y orientaciones culturales que adjudican a la condición misma de ser pobre, como la anomia, la alienación y la impotencia. También explican el nivel de involucramiento en las organizaciones en términos de pobreza. Sin embargo, los pobres están dispuestos a involucrarse en distintos tipos de organizaciones y lo hacen cuando tienen la oportunidad o la motivación conveniente, es decir, cuando las organizaciones son relevantes para ellos. De hecho, las organizaciones son fuentes de información y pueden desarrollar el sentido del deber ciudadano y de eficacia política en sus miembros, sin necesariamente tener una orientación política.

Lo que sí sucede, es que la participación de los pobres toma formas diferentes a las que toma en las clases media y alta. Lewis afirma que

la actitud crítica [de los pobres] hacia algunas de las instituciones básicas de las clases dominantes [y su] odio de la policía y recelo de gobierno y de aquellos en altas posiciones [...] le dan a la cultura de la pobreza un potencial alto para la protesta y para ser usada en movimientos políticos en contra del orden social existente (1968, p. 8).

No obstante, lo anterior parece contradecir su afirmación sobre la falta de interés de los pobres sobre los asuntos públicos. La participación política incluye no solo formas de consenso, sino también de disenso. Tenemos que considerar que los pobres, si están excluidos de los canales convencionales o regulares de toma de decisiones, pueden usar otras formas de participación y, de hecho, lo hacen cuando se organizan o se unen en organizaciones políticas o no. Además, esas formas convencionales de participación, como el voto, no dan igual acceso a todos los estratos de la sociedad. De hecho, los pobres encuentran el derecho al voto limitado de varias maneras:

- » Su falta de acceso a los medios masivos limita las posibilidades de una elección consciente. El analfabetismo es una de las causas principales de tal falta de acceso.
- » Los candidatos para elección no siempre representan los intereses de los pobres.
- » La falta de una organización política o partido propio fuerte les impide nominar a sus propios candidatos.

Ahora bien, las formas no convencionales de participación política, como las manifestaciones contra las políticas públicas, la protesta, y el abstencionismo, pueden responder mejor a los intereses de los pobres y podrían significar un intento consciente de mostrar insatisfacción con el sistema de gobierno y, por tanto, una preocupación con los asuntos públicos.

La falta de participación de los pobres en el proceso de toma de decisiones o en las formas convencionales de participación política también se puede explicar por el sentido de impotencia de los pobres. Esta sensación es una consecuencia de las frustraciones que han experimentado, más que un rasgo cultural heredado. El hecho de que cada generación experimente más o menos las mismas frustraciones que la generación de los padres no significa que hayan heredado esta condición, como vimos en el análisis anterior. Por tanto, los científicos o creadores de políticas que enfatizan la educación y la terapia como forma de incorporar a los pobres en el proceso de toma de decisiones, están desviados por la hipótesis de la cultura de la pobreza. Parecen pensar que el problema está en los valores de los pobres y que, al cambiar estos valores, los pobres podrían automáticamente hacerse participantes en pleno. Parecen olvidar que la baja participación de los pobres en los procesos políticos se explica por la misma organización de la sociedad y del sistema de estratificación, en vez de explicarse por los rasgos psicológicos de los individuos pobres.

De acuerdo con Lewis, los pobres podrían ser llevados fácilmente a protestar, pero esa es una expresión de su interés en asuntos públicos y un argumento contra la descripción de Banfield del individuo de clase baja como un “no-participante: que no pertenece a ninguna organización voluntaria, ni tiene intereses políticos” (1970, p. 53). Además, la protesta o la “participación de tipo acción social o protesta social”, para usar la terminología de Bloomberg y Rosenstock, necesita cierto grado de organización. Si los

pobres no estuvieran dispuestos a unirse a organizaciones, sus actividades de protesta no serían posibles. Además, la protesta, según Alinsky, Piven, Cloward, y otros, no es solamente la única forma de participación que le queda a los pobres, y la más efectiva, o tal vez la única que pueden costear, sino que además cumple una función importante al superar la sensación de impotencia de los pobres³ (ver Bloomberg y Rosenstock, 1968).

Ahora, si como lo han probado muchos estudios, los pobres pueden ser llevados a unirse a distintos tipos de organizaciones, y si una organización con compromiso político puede fácilmente llevarlos a la acción, esto prueba que la falta de participación política de los pobres no se puede explicar mediante la teoría de la cultura de la pobreza. Cuando esta falta de participación es real (considerando que hay formas no convencionales de participación), es una consecuencia de que los pobres hayan sido excluidos o no hayan tenido las mismas oportunidades para pertenecer a las organizaciones.

Conclusiones

Sugerir, como se expresa en este texto, que la mayoría de los individuos y grupos en la sociedad comparten un conjunto común de valores, creencias, normas y demás, sin importar su clase social, no es decir que algunas sociedades han asimilado completamente a sus minorías raciales o étnicas. La asimilación, como lo dice Gordon (1970, pp. 74-87), asume al menos dos formas: comportamental (o cultural) y estructural. Es más probable que se haya alcanzado la asimilación cultural o comportamental en la sociedad estadounidense, que la asimilación estructural. Los patrones de comportamiento diferenciales que se observan en distintos grupos son o bien adaptativos a las condiciones objetivas, o bien estrictamente étnicos (no de clase). En este último caso, cuando encontramos patrones de comportamiento diferenciales, que son altamente valorados por el grupo y que tienden a ser transmitidos de generación en generación por la familia, se puede identificar una subcultura.

³ Ver Bloomberg y Rosenstock, 1968.

Por otro lado, la sociedad estadounidense no ha logrado alcanzar su “ideal” de asimilación estructural, y esta exclusión de algunas minorías étnicas de las instituciones de la sociedad ha sido una razón importante de la posición económica desventajosa de dichas minorías étnicas. Pero el punto importante aquí es que, si hay subculturas en la sociedad norteamericana, es decir, subculturas que se basan en patrones de comportamiento diferenciales con una valoración positiva, estas son subculturas étnicas y no de clase.

También existe la posibilidad de que algunos patrones básicamente étnicos sean ocultados por los miembros del grupo que se han movido o están tratando de moverse hacia arriba en la estructura social, como parte de su esfuerzo por evitar su identificación con la clase baja. En todo caso, la cuestión de qué tanto de las diferencias en comportamiento que han sido identificadas entre clases sociales puede explicarse en términos de una subcultura de clase social es difícil. Todo lo que podemos hacer es mirar los datos limitados, interpretarlos y proponer algunas hipótesis que puedan orientar futuros proyectos de investigación.

Referencias⁴

- Banfield, E. C. (1970). *The Unheavenly City: The Nature and Future of Our Urban Crisis*. Little, Brown and Company.
- Bidwell, C. E. (1966). Values, norms, and behavior: Toward a general theory of norms. *American Sociological Review*, 31(1), 122-123.
- Bloomberg, M. & Rosenstock, E. (1968). *Social Protest and Participation: An Analytical Approach*. Random House.
- Broom, L. & Selznick, P. (1955). *Sociological Explorations: An Introductory Textbook and Readings*. Harper & Row.
- Gans, H. J. (1968). Culture and class in the study of poverty. In H. J. Gans (Ed.), *Urban Villagers* (pp. 202 y ss.). The Free Press.

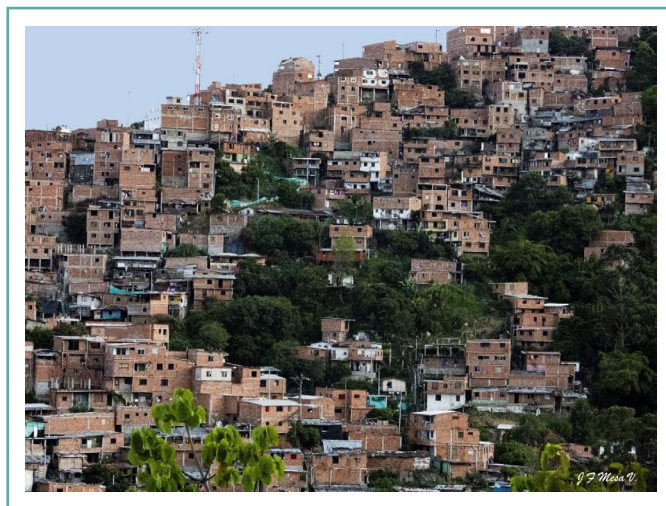
⁴ Referencias agregadas *a posteriori*, por búsqueda de Marta Palacio Sierra con ChatGPT.

- Glazer, N. (1971). Limits of Social Policy. *Public Interest*, 23(1), 29-48.
- Gordon, M. (1970). *Assimilation in American Life: The Role of Race, Religion, and National Origins*. Oxford University Press.
- Kluckhohn, C. (1951). Values and value-orientations in the theory of action. In T. Parsons & E. A. Shils (Eds.), *Toward a General Theory of Action* (pp. 86-87). Harvard University Press.
- Lewis, O. (1961). *The Children of Sánchez: Autobiography of a Mexican Family*. Random House.
- Lewis, O. (1967). *La Vida: A Puerto Rican Family in the Culture of Poverty - San Juan and New York*. Random House.
- Liebow, E. (1966). *Tally's Corner: A Study of Negro Streetcorner Men*. Little, Brown and Company.
- Miller, W. V. (1971). Crime by proxy. *Crime and Delinquency*, 17(2), 41-45.
- Rodman, H. (1963). The lower-class value stretch. *Social Forces*, 42(2), 205-214.
- Roach, J. L. & Gurslin, O. R. (1967). The concept of "culture of poverty": A critical analysis. *Social Service Review*, 41(3), 386-389.
- Valentine, C. A. (1968). *Culture and Poverty: Critique and Counter-Proposals*. University of Chicago Press.
- Williams, R. M. (1960). American society: A sociological interpretation. *Social Problems*, 8(4), 415-470.
- Winter, J. A. (1971). Critiques of Oscar Lewis. *Social Forces*, 49(1), 17-23.
- Yinger, J. M. 1960. Contraculture and Subculture. *American Sociological Review*, 25(5): 625-35.

☞ *El medio ambiente urbano*¹

Albalucía Serna Ángel †

Desde una perspectiva ambiental, la ciudad se entiende como un hábitat artificial, construido por el hombre, producto de la tecnología y, por lo tanto, de la cultura. Para algunos, esto significa que no constituye un ecosistema ni puede funcionar con los principios de los ecosistemas naturales (Ángel Maya, 1996, p. 5); para otros, en cambio, la ciudad constituye algo así como el “nicho” por excelencia de la especie humana, pues la ciudad es un organismo vivo al que se pueden aplicar las mismas reglas de funcionamiento de un orden biótico.



Occidente de Medellín, 2021.
Foto de Juan Fernando Mesa Villa.

¹ En su hoja de vida de 2007, la autora hace esta anotación: “Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente Urbano, ponencia presentada en Cátedra Abierta, sobre ciudad y medio ambiente, en la Universidad Nacional, sede Medellín. Marzo, 1997”. Otra opción es que esta ponencia la haya presentado en el contexto de la Cátedra Pedro Nel Gómez, de la Universidad Nacional de Colombia, sobre “Ciudad y medio ambiente”.

Aunque cada una de estas dos posiciones tiene consecuencias distintas, no se trata aquí de desarrollar el debate entre culturalistas y ecologistas; más bien se pretende analizar las posibilidades de lograr cierta armonía entre el ecosistema natural y la ciudad; de conciliar, desde la planeación del ordenamiento territorial y desde la gestión urbana, la intervención depredadora del hombre sobre el ecosistema, con las acciones creativas que su cultura le permite desarrollar.

Es un hecho, como bien lo desarrolla Ángel Maya (1996), que la ciudad es la culminación de la carrera tecnológica del hombre, carrera que requirió la domesticación de plantas y animales para que el hombre pudiera detenerse y establecer su vivienda en cualquier lugar; pero dicho triunfo de la cultura se ha logrado a costa de los ecosistemas naturales, “la ciudad ha sido rebelde para dejarse encasillar en los moldes de la ecología” (1996, p. 9). ¿Niega esa rebeldía la posibilidad de conciliar ciudad y medio ambiente?

En los argumentos de los socioecologistas, la esperanza para la ciudad del futuro está puesta en la recuperación de un orden natural ecosistémico hoy alterado, lo cual supondría un nuevo equilibrio armonioso del hombre con la naturaleza. En cambio, la posición culturalista dice que la única esperanza estaría en la misma capacidad adaptativa del hombre, en sus posibilidades de entender que necesita transformar sus relaciones con los ecosistemas externos como condición de supervivencia del sistema interno de la ciudad, lo cual significa asumir responsablemente el consumo interno de energía y de recursos, maximizando su capacidad creadora, su nivel de conciencia y, sobre todo, sus valores frente a la vida, la producción, la reproducción, etc. En el primer caso, la esperanza está puesta en las condiciones “naturales” del hombre y, en el segundo, en su “cultura”.

Urbanización y medio ambiente en América Latina

Entre el proceso de urbanización y el medio ambiente se dan relaciones muy complejas. Se puede hablar tanto de efectos intraurbanos como de otros relacionados con el medio en el que se asienta el poblamiento. La urbanización es la transformación antrópica más drástica que pueda sufrir un medio biofísico, porque el cambio radical en usos del suelo —en el que el suelo, como tal, pierde sus propiedades naturales como sustentador de vida,

para pasar a ser soporte físico de estructuras artificiales— da una idea de la trascendencia de la modificación.

Las ciudades se han extendido sin control sobre buena parte del planeta Tierra, y han arrasado con los ecosistemas naturales, con los bosques y aun con las tierras de cultivo. Además, las concentraciones cada vez mayores de población amenazan el equilibrio natural de los ecosistemas con frecuencia frágiles, intervenidos para atender necesidades crecientes de agua y energía. La población sigue creciendo, especialmente, en los países pobres y sigue concentrándose.

La tendencia mundial a la urbanización ha llevado a que, mientras al comienzo del siglo solo 1 de cada 10 personas en el mundo vivía en zonas urbanas, para el año 2000, se espera que llegue a 6 de cada 10 (60 %). En América Latina el proceso de urbanización se aceleró a partir de 1950, lo cual explica que en la región se localicen varias de las mayores concentraciones de población del planeta. La tendencia, además, es a crecer mucho más las ciudades del tercer mundo, hasta el punto de que, mientras en 1950 solo 3 de las 10 ciudades más grandes del mundo pertenecían a países pobres, en 1980 fueran ya 7. Lo anterior significa que el problema debe ser considerado para las condiciones de pobreza de las principales ciudades del mundo.

El balance general que presenta la ONU sobre el problema de la urbanización en América Latina, entre 1950 y 1980, se puede resumir así:

- » Gran aumento de la población en general, por disminución de la mortalidad e incremento de la natalidad.
- » Concentración en algunas zonas y regiones de los países, por la disparidad en las ofertas de empleo y servicios.
- » Auge de la urbanización con migraciones campo-ciudad, y entre pueblos y ciudades.
- » Tendencia a la metropolización. Se empiezan a formar conurbaciones y aun megalópolis.
- » Desarrollo de las comunicaciones que conduce a homogenización cultural y a la creación de nuevas pautas de consumo con efectos adversos sobre las culturas locales y sobre los sistemas naturales (Tudela, 1990, p. 94).

Aunque las tendencias actuales muestran una desaceleración del ritmo de urbanización, en comparación con el que se dio en la región, y en particular en Colombia, en las décadas del 50 y el 60, las grandes ciudades siguen creciendo y para el caso colombiano, algunas ciudades intermedias se han constituido en nuevos polos de atracción de migrantes, especialmente, de población desplazada por los fenómenos recientes de violencia. Para América Latina se espera que la población urbana llegue a ser el 75 % del total, en el año 2000.

Desde una perspectiva ambiental, el crecimiento urbano acelerado en los países del tercer mundo, preocupa porque la debilidad de sus Estados y la limitación de sus recursos para proveer servicios al ritmo de su crecimiento, conducen a condiciones mucho más difíciles que las que vivieron los países ricos en el momento de su urbanización. Téngase en cuenta que mientras el mayor crecimiento urbano en Europa y Norteamérica coincidió con el proceso de industrialización, en América Latina (a excepción quizás de Argentina y Uruguay), este se ha dado en momentos de crisis económica, violencia política, desempleo urbano y restricción aguda de las migraciones internacionales.

Por lo anterior, y aunque parezca paradójico por la asociación que por lo general se hace entre contaminación ambiental e industrialización, el problema ambiental urbano es mucho más serio en los países pobres. Al respecto Hardoy (1987) destaca algunos aspectos que sustentan esta afirmación:

- » La tecnología industrial del tercer mundo es más atrasada y contaminante.
- » No existen sistemas de planeación y regulación adecuados.
- » La industria se concentra más en unos pocos centros urbanos, por las vías y los sistemas de comunicación deficientes.
- » La mala calidad de las vías en las ciudades, la mayor proporción de vehículos viejos y la ausencia de control en las emisiones de gases aumentan la contaminación generada por el tráfico automotor.
- » La inadecuada disposición de residuos sólidos aumenta la contaminación de las fuentes de agua.
- » Los países desarrollados buscan localizar las industrias más contaminantes en el tercer mundo, para eludir inversiones costosas o sanciones.

- » La urgencia de crear empleos que aseguren la supervivencia de amplios sectores de la población lleva a los gobiernos a tolerar empresas contaminantes y a disminuir los controles sobre las condiciones de la producción.
- » Una fuente adicional de contaminación en algunos países pobres es la utilización de la leña y el carbón de baja calidad para la cocción de alimentos, la calefacción y otros usos, que incrementan las enfermedades respiratorias.
- » Por razones de ineficiencia estatal, o por las condiciones de las vías en asentamientos espontáneos, no se realiza la recolección de basuras en amplios sectores de las ciudades, con serias consecuencias para la salud y con amenazas a la vida de los mismos pobladores, como resultado de las inundaciones por taponamientos de alcantarillas y de corrientes de agua.

Pero, hay una característica adicional en la relación pobreza urbana y medio ambiente que no ha sido suficientemente destacada por los expertos, y es la referida a los mecanismos espontáneos de ocupación del suelo, que conduce a la localización de viviendas en zonas de alto riesgo, a la expansión incontrolada de la malla urbana y a la insuficiente dotación de infraestructura.

En América Latina, por ende en Colombia y Medellín, la situación de urbanización informal (por invasión y por urbanización pirata) ha contado con la inadecuación urbanística de terrenos marginales como elemento a su favor. Terrenos escarpados, con fallas geológicas, poco fértiles, derrumbables, inundables, con dificultades de dotación y casi de imposible urbanización, han significado menor riesgo de expulsión de los invasores, lo cual les permite afirmar la posesión, haciendo realidad la expresión de que “la inferior calidad de vida es garantía de estabilidad y permanencia” (Serna *et al.*)².

Este hecho, y en general el crecimiento urbano no controlado ni planificado en las ciudades de América Latina, ha llevado al “precarismo urbano”, esto es, a condiciones de habitabilidad y a calidad de vida muy bajas. Las ciudades ven crecer sus asentamientos subnormales sin control alguno y sin capacidad

² De la investigación solo existe una ficha en el repositorio de la universidad por lo que es difícil acceder al documento original para citar la página

o esfuerzos adecuados para dotar a sus habitantes de los servicios básicos de acueducto, alcantarillado, energía y atención básica en salud, para no hablar de educación y recreación, que terminan por ser un lujo.

Además, los administradores urbanos y los planificadores parecen perder de vista la ciudad del futuro y las posibilidades de atender con medidas a largo plazo los problemas ambientales de la ciudad de hoy. Incluso las políticas nacionales de población, producción y empleo desconocen, en la práctica, la relación entre la ciudad y su entorno natural e impulsan programas de expansión de la malla urbana, de ocupación de tierras productivas o de ampliación de la frontera agrícola.

Desde la perspectiva político-administrativa, las ciudades han crecido sin adaptar sus sistemas de administración y gestión ambiental y, aunque formalmente, como en Colombia, se constituyan áreas metropolitanas, en la práctica la defensa de las autonomías municipales dificulta su operación como tales.

Pero los problemas ambientales en las ciudades de América Latina no tienen que ver, necesariamente, con su tamaño o su densidad. Dependen mucho más de la relación que cada asentamiento establece con los recursos, y también de la tecnología para la producción de bienes y servicios. Igual que en una zona rural una densidad de 40 hab/ha puede superar la capacidad de carga de un territorio selvático con tecnología de roza-tumba-quema, en una ciudad depende de la capacidad de provisión de infraestructura y servicios. Desde esta perspectiva, los procesos de expansión de las áreas urbanas en América Latina son con frecuencia despilfarradores de espacio y amenazantes del entorno natural y del mismo ambiente urbano.

Sin embargo, a pesar de todo lo dicho en relación con el impacto del crecimiento de la población urbana sobre el medio ambiente, hay que hacer la aclaración de que las condiciones de habitabilidad de los espacios urbanos en pequeñas aldeas no fueron necesariamente mejores y, más bien, en muchos casos, poblaciones como la de Medellín en el s. IXX, o ciudades europeas “preindustriales”, tenían serios problemas de salubridad por la incapacidad de manejar los desechos, y por las deficientes tecnologías para obtener

energía.³ En esos casos, los problemas ambientales son más de carácter interno que de impacto sobre los ecosistemas circundantes, y tienen que ver con la contaminación por la inadecuada disposición de desechos sólidos y líquidos, la carencia de agua potable y la saturación del espacio, entre otros. La gravedad de la situación ambiental de las ciudades de países pobres radica en que se mantienen las carencias de las ciudades preindustriales, unidas a los nuevos factores de contaminación, propios del crecimiento y del desarrollo industrial. Los llamados “progreso y modernización” han agregado más problemas y no han solucionado los viejos, al menos no para todos.

Un balance ambiental de Medellín

En Medellín, y por simple comparación con ciudades como Bogotá, hemos llegado quizás a pensar que estamos bien desde una dimensión ambiental porque el tráfico automotor aún no alcanza los absurdos trancones de otras ciudades del país o el continente; porque la cobertura de servicios como acueducto, energía y alcantarillado es bastante alta; porque el agua de consumo doméstico es de buena calidad; porque las basuras se recogen con regularidad y las calles principales son barridas con frecuencia, etc. Pero los indicadores de contaminación no son nada tranquilizadores y, mucho menos, lo son las perspectivas futuras en términos de planeación y gestión ambiental. Hagamos un balance rápido a partir de la evaluación realizada por la Contraloría Municipal de Medellín (1995).

En relación con el recurso *suelo*:

- » No existe una política clara de usos del suelo, en relación con la protección de los recursos naturales en el entorno de la ciudad.
- » La dependencia encargada del control de las obras de construcción no ejerce una vigilancia adecuada sobre los procesos de construcción y sobre la disposición de escombros y basuras, así como sobre el

³ Para el caso de Medellín, las investigaciones recientes de las historiadoras y Libia Mejía (una ponencia sobre el tema en la Universidad Nacional, 1995) y Catalina Reyes (Vida cotidiana y medicalización en Medellín, 1996). Ambos estudios han sido preparados como tesis de grado en la maestría de Historia de la Universidad Nacional, sede Medellín.

crecimiento urbanístico. La gran actividad edificadora en la ciudad y la tendencia a demoler estructuras de reciente construcción, producen un volumen de escombros de, aproximadamente, 6100 toneladas diarias, para cuya disposición no existen lugares adecuados.

- » Los funcionarios de Planeación se limitan a expedir licencias, a veces, en contradicción con las disposiciones de otros entes municipales (aunque hoy en día esa función depende de la nueva figura del curador urbano, que aún no opera adecuadamente en Medellín).
- » Las licencias de construcción favorecen a los urbanizadores mas no a la comunidad; en ocasiones, se contradicen los criterios ambientales y se arriesga la salud de sus futuros habitantes.
- » A pesar de las normas existentes desde 1974 no se ha exigido licencia ambiental a obras de posible impacto grave. Área Metropolitana, la nueva dependencia responsable de esta función a partir de la Ley 99 de 1993, aún no funciona con efectividad.
- » La modificación del paisaje natural, muy significativa en comunas de reciente urbanización, como El Poblado y Belén, no ha sido controlada, atenuada o gravada por las entidades competentes.
- » Grandes movimientos de tierra, sin control, han afectado el curso de las aguas, por la consiguiente sedimentación.
- » No se siguen ni se controlan las propuestas de arborización presentadas por los urbanizadores como compensación al daño ambiental.
- » No se controlan los retiros de las quebradas y los terrenos cedidos para vías y zonas verdes, muchos de los cuales se han privatizado.
- » Muchas áreas de protección forestal se han urbanizado. Entre 1969 y 1989 se pasó de 2.703.320 m² de zonas protectoras a 1.862.192 m². De igual manera, las zonas para recreación se redujeron de 1.609.825 m² a 1.464.111 m².
- » Las actividades extractivas y las ladrilleras constituyen un factor grave de contaminación no controlado por ninguna de las cuatro entidades que tendrían que ver con el tema (Planeación Metropolitana, Secretaría de Obras Públicas, Metrosalud y Secretaría de Gobierno). Dichas actividades afectan el medio ambiente urbano por emisiones de

material particulado, ruido, sedimentos vertidos en corrientes de agua y alcantarillados, y por deterioro estético.

- » La explotación de canteras no sigue un plan de recuperación de terrenos, desestabilizan las laderas por el uso de explosivos y afectan el hábitat natural de la fauna y la flora, entre otros.

En relación con el recurso *agua*:

El agua es uno de los recursos más susceptible de ser contaminados por sus múltiples usos domésticos, industriales, agrícolas, etc.

En Medellín, a pesar de los controles que se supone actúan sobre los vertimientos de contaminantes en el caudal del río Medellín y de sus quebradas afluentes, los niveles de contaminación del río continúan en aumento. Con las obras ejecutadas en los últimos años por EE.PP. y por el Instituto Mi Río se han conseguido algunos beneficios, especialmente, en la parte estética.

Los estudios recientes de la calidad del agua del río Medellín indican que los contenidos de sustancias, como plomo, mercurio, cromo, cianuros y fenoles, están por encima de las normas de permisibilidad. De acuerdo con lo anterior, las aguas no son aptas para actividades recreativas que puedan conducir al contacto directo con el caudal.

Aún hay muchos interrogantes en relación con el programa de saneamiento del río Medellín que adelanta las EE.PP. en cuanto a los costos, a la efectividad y a los plazos de cumplimiento. Una cosa si está ya clara: aproximadamente el 25 % de las aguas servidas, sobre todo las de uso residencial de la ciudad, no podrán ser recogidas hacia las plantas de tratamiento, por cuanto el proceso de urbanización se ha desarrollado utilizando las quebradas como alcantarillados.

El servicio de acueducto es considerado como uno de los mejores del país tanto por la calidad del agua como por la cobertura y regularidad. Sin embargo, los ciudadanos tienen poca conciencia del costo del recurso en términos de impacto en los ecosistemas de donde proviene el agua (la construcción de embalses tanto para el consumo de agua como para la generación de energía tiene costos ambientales y sociales muy altos) y no existe una cultura de ahorro del recurso en nuestra ciudad. Solo quizás, a partir del apagón del año 92, se empezó a considerar el consumo de energía como consumo de agua.

En relación con el recurso *aire*:

El principal problema ambiental de la mayoría de las ciudades hoy es la contaminación del aire, y su causa fundamental es el transporte automotor. Medellín no escapa a este diagnóstico. Según datos recientes, aproximadamente el 95 % de la contaminación del aire por factores como partículas y gases en Medellín es atribuible al parque automotor. Igual sucede en Santiago de Chile y Ciudad de México, en donde la situación ha llegado a extremos tales que ha obligado a tomar distintas medidas de restricción de la circulación vehicular.

La contaminación del aire es una de las más controlables a partir de tecnología y políticas de planeación y vigilancia. Se sabe, por ejemplo, que los filtros exigidos a la industria en Alemania controlan el 95 % del azufre que antes se expelía al aire; en Francia, los controles de emisiones de los vehículos han logrado disminuir un 75 % del dióxido de azufre arrojado al aire por combustión del petróleo.

En Medellín, las mediciones realizadas a partir de 1983 muestran que las concentraciones son superiores a las permisibles, según los estándares internacionales, en cuanto a material particulado y gases, como el anhídrido sulfuroso, el dióxido de nitrógeno y los aldehídos, especialmente, en las estaciones de medición de la Plaza Mayorista, el centro de la ciudad y la Aduana. Las mediciones realizadas a partir de la conformación de Redaire (Red de vigilancia de la calidad del aire en los valles de Aburrá y San Nicolás), en 1992, permiten calificar la situación de Medellín, en relación con material particulado, como “preocupante”, en las estaciones de monitoreo del Éxito de San Antonio y la Plaza Mayorista; en las demás estaciones, el nivel es “aceptable”. En relación con gases tóxicos la Contraloría no presenta datos; pero sí afirma que la contaminación mayor de este tipo es atribuible al tráfico automotor, que también aporta a la contaminación por material particulado, atribuida, sobre todo, a las actividades de la construcción y a la operación de canteras y ladrilleras en las inmediaciones de la zona urbana.

La Contraloría cuestiona seriamente la gestión de la Secretaría de Tránsito Municipal que no ha aplicado las normas existentes sobre contaminación, atribuible a la calidad de los vehículos que transitan por la ciudad.

Otra forma de contaminación, también relacionada con el tráfico automotor, es la que produce el ruido, el cual llega a ser una amenaza seria para la salud, en algunos sectores de la ciudad. Y aquí hay que decir que un buen aporte al ruido lo hacen las prácticas culturales y recreativas de algunos habitantes de la ciudad, que poco consideran el derecho al descanso de los vecinos y transeúntes.

En relación con el *espacio público*:

“Actualmente, la ciudad de Medellín presenta un déficit notable de espacios públicos de carácter recreativo, cultural y ecológico [...]. La situación de la recreación en Medellín es crítica, a pesar de existir apreciables valores ecológicos que forman parte de la cultura” (Contraloría Municipal de Medellín, 1995, p. 78), esta es la conclusión de la Contraloría en torno al tema.

Algunas consideraciones puntuales incluyen:

- » El cerro El Volador requiere una intervención adecuada para integrarlo efectivamente como recurso recreativo a la vida de la ciudad. En esta dirección se han aprobado varios acuerdos del Concejo Municipal, los cuales no se han llevado a la práctica. Las obras realizadas hasta ahora —como la vía— han generado erosión y han tenido un impacto ambiental negativo.⁴
- » Muchos de los parques (18 de los visitados), han sido invadidos con usos comerciales por parte de particulares y, en algunos casos, con autorización de los organismos de control y planeación.
- » A pesar de lo dispuesto en el Acuerdo 5 de 1989, en el sentido de que el diseño del Parque San Antonio debía garantizar que ese espacio constituyera un “pulmón verde” en el centro, solo el 11 % del área total en el diseño aprobado se destinó a zonas verdes o jardines.

⁴ Actualmente está en curso una licitación de la Administración Municipal para elaborar el diseño de un parque ecológico en el Cerro. Los términos de la licitación fueron cuestionados por la Mesa de Trabajo sobre Medio Ambiente por cuanto en ellos se indicaba que el diseño debía contemplar las condiciones para el funcionamiento del Teleférico propuesto por la Alcaldía actual y aún no aprobado ni discutido por la ciudadanía o sus representantes.

- » Las áreas recreativas en los barrios son insuficientes para las demandas de la población y su estado y amoblamiento son muy deficientes.

El tema del espacio público en torno al Metro y sus estaciones merece un capítulo aparte, que no podemos desarrollar aquí, por razones de espacio; pero queda planteada la inquietud acerca de su aporte funcional y paisajístico a la ciudad.

Un completo balance sobre formas de contaminación del ambiente en la ciudad requeriría una mirada a la dimensión visual que, si bien puede considerarse muy subjetiva, no hay duda de que un exceso de elementos, dispuestos sin armonía en el espacio público, saturarían la visión de la ciudadanía, puesto que producen cansancio y agotamiento.

¿Qué hacer?

Pensando en la Medellín del futuro es conveniente hacer referencia a tres temas que pueden ser objeto de políticas urbanas:

- » Densificación vs. expansión.
- » Control del parque automotor y racionalización del transporte.
- » El espacio público y la educación ciudadana, para su uso y apropiación.

Densificar

¿Dónde y cómo?, se preguntarán algunos. Otros dirán: ¿No se trata, mas bien, de desconcentrar, de buscar espacios menos saturados y más amplios, que permitan algún contacto con la naturaleza? Es necesario partir de la realidad y de las condiciones de ciudades como Medellín. Aunque la tasa de crecimiento de la población de Medellín haya disminuido, es un hecho que a la ciudad siguen llegando migrantes y que el crecimiento vegetativo de la población demanda nuevas viviendas; es decir, la ciudad necesita crecer permanentemente su oferta habitacional y de espacio para actividades productivas. ¿Significa esto expansión necesaria de la malla urbana?

En Medellín, el perímetro nunca se ha manejado como criterio de desarrollo, como indicador de las posibilidades de dotación de infraestructura y, en cambio, se ha limitado a reconocer el hecho de la expansión ilegal o a legitimar urbanizaciones aprobadas en violación clara de las normas, aun por el mismo Estado. La definición de un perímetro, como límite de expansión, tiene sentido tanto para controlar la localización urbana en zonas de casi imposible o poca racional dotación de infraestructura, como para crear una barrera protectora para la misma zona urbana, llámese pulmón verde, tierra de cultivo o área para la producción agropecuaria. Obviamente, las condiciones topográficas de nuestras laderas agregan una exigencia adicional de control a la expansión urbana que tiene que ver con la necesidad de proteger la vida de la población asentada en zonas de alto riesgo. En Medellín, este ha sido quizás el único criterio que, por parte de las últimas administraciones municipales, se ha utilizado para controlar la expansión urbana.

El argumento común ha sido, desde hace tiempo, el agotamiento de las tierras bajas urbanizables en el perímetro urbano y las muy altas densidades en los barrios populares. La densificación, acompañada de la dotación de infraestructura y de servicios y facilidades urbanos de todo tipo, no atenta contra la calidad de vida y, en cambio, sí abarata los costos y mejora los servicios, por ejemplo, de transporte.

Lowe (1992) presenta ejemplos claros de la forma en que varias ciudades, tanto de América Latina como de Norteamérica, han hecho del control de la expansión una política que ha revertido en mejoras significativas en el transporte y en la calidad de vida en general, por el ahorro significativo de tiempo y de contaminación que las rutas más cortas, por terrenos más planos y en mejores condiciones, significan en la disminución de la contaminación del aire.

Se necesitan políticas urbanas que conduzcan a desestimular el mantenimiento, por períodos largos, terrenos no construidos o subutilizados en el área urbana; al igual que controles fiscales por medio de gravámenes altos, con avalúos comerciales para lotes de engorde; aplicación de normas de expropiación por beneficio común; estímulos para la construcción de vivienda en sectores que se quieren densificar; etc. En particular hay que impulsar la densificación y diversificación de sectores con fácil acceso a las estaciones del Metro.

Además, los municipios casi siempre cuentan con terrenos o construcciones precarias bien localizadas, que pueden ser destinados para cumplir su obligación de destinar terrenos para vivienda popular. De múltiples maneras la administración municipal puede ir formando un buen banco de tierras que destine a usos sociales prioritarios y que oriente el desarrollo urbano en áreas de la ciudad que pueden ser densificadas.

El transporte urbano

Este es un tema relacionado con el ordenamiento territorial y, por lo tanto, no puede manejarse como una política independiente. Es necesario tener en cuenta dónde se localizan las distintas actividades que se desarrollan en la ciudad, para saber el tipo de transporte que se requiere, sin perder de vista que el mejor transporte es el que no se necesita. Una ciudad que pretende controlar la contaminación que genera el exceso de tráfico tiene también que evitar la excesiva separación entre lugares de trabajo, de vivienda o de recreación.

Es evidente que la tecnología ha empezado a hacer posible que las industrias que antes demandaban grandes extensiones de tierra y que emitían al aire residuos nocivos para la salud de la población, se ubiquen ahora en terrenos más pequeños, aledaños a las áreas residenciales y que controlen perfectamente las emisiones al aire. Las experiencias de unas políticas de zonificación extremas han mostrado las consecuencias negativas y han llevado a que las ciudades más avanzadas en términos de planeación urbana y gestión ambiental modifiquen esos criterios y busquen ahora la creación de zonas con alto grado de diversidad donde sea posible reunir lugares de vivienda y de trabajo para lograr lo que de tiempo atrás Jacobs (1961) pretendía con el objetivo, no tanto ambiental, como sí de lograr espacios urbanos más agradables, vitales e interesantes desde una perspectiva social y cultural.

En relación con el transporte, también es posible, necesario y, aun, urgente, controlar la calidad de los vehículos que circulan por la ciudad, en términos de sus emisiones de gases. En este campo no basta con aplicar las normas (aunque eso ya sería bastante); hay que luchar por imponer criterios más severos, equivalentes a los aplicados en los países desarrollados. Es posible, además, desestimular la utilización del transporte individual mediante el mejoramiento del transporte colectivo y las restricciones y las cargas impositivas al

automóvil particular. Una medida elemental sería restringir la construcción de parqueaderos en las zonas céntricas, imponer tarifas de parqueo altas en dichas áreas, prohibir la circulación de vehículos con un solo usuario, entre otras.

Una ciudad como Medellín, que para bien o para mal, cuenta con un sistema masivo de transporte tipo tren, que ingresa al centro de la ciudad, puede excluir de dicho espacio la mayor parte del tráfico automotor de pasajeros. Medidas como las esperadas dentro del proyecto del Sistema Integrado de Transporte (SIT) son de urgente imposición. Dicho sistema de transporte, que supone la coordinación entre transporte automotor colectivo y el Metro, debe complementarse con la adecuación e incentivación de ciclovías y senderos peatonales.

Por último, la ciudad necesita que el tráfico automotor que circula por zonas residenciales y comerciales considere normas de respeto y prioridad al peatón. Sencillas medidas de apaciguamiento del tráfico pueden mejorar, en forma importante, las condiciones ambientales de la ciudad. Lo que se necesita, en síntesis, es modificar sustancialmente el criterio que ha conducido a pensar la ciudad para el vehículo, no para el caminante, criterio que ha dominado la planeación de la ciudad, como ha sido señalado por reconocidos analistas.⁵

El espacio público

Este es considerado como un elemento estructurante de la vida de la ciudad; casi podría decirse que, sin espacio público no hay ciudad. Pero este puede ser pensado como el lugar de la circulación de los vehículos o como el lugar de encuentro y de vida ciudadana; como la autopista y el parqueadero o como la calle y el parque; como el “no lugar”, o como un lugar de memoria lleno de significación para los pobladores del entorno; como el campo de juego y la cancha o como la zona verde para el descanso y la contemplación. En fin, la forma como se asume el espacio público tiene mucho que ver con la manera

⁵ En torno a este tema, el n.º 18 y 19 de la Revista Archipiélago (1994), titulada “Trenes, tranvías, bicicletas. Volver a Andar”, trae interesantes ejemplos y argumentaciones sobre lo que se está haciendo en ciudades europeas y sobre lo que se podría hacer en cualquier lugar del mundo, para lograr ciudades más habitables, para superar el fracaso que el tráfico automotor ha significado para las ciudades.

en que se vive la ciudad, por lo que los organismos de planeación deben considerar la visión de ciudad que hay detrás de sus políticas modernizadoras y analizar las implicaciones que tienen sus decisiones en la relación que los habitantes establecen con su ciudad.

En torno a este tema del espacio público se necesita ante todo un cambio de mentalidad de los organismos de la planeación. Es urgente que, con seriedad, se empiece a reconocer al ciudadano como dueño y constructor de su ciudad. No se puede seguir pensando por los pobladores, diseñando para ellos espacios que no son habitados porque son ajenos a sus intereses, a sus gustos, a sus modos de vivir la ciudad; lo cual no significa que no sea posible orientar a los pobladores hacia consumos de ciudad que sean ajenos a sus prácticas, por las mismas restricciones que el medio les ha impuesto. Es posible, entonces, educar al ciudadano para que asuma lo público como propio, para que valore el ambiente que proporciona el árbol, el jardín, el parque, etc. Es posible promover nuevas actividades al aire libre que conduzcan a que el habitante use los espacios destinados a su disfrute, se apropie de ellos, los defienda y los mejore cada día. Pero, es distinto educar a imponer.

El tema que se introduce aquí es el de la participación ciudadana en la planeación y en la gestión ambiental de la ciudad, tema de trascendental importancia, pero que no corresponde a los objetivos de este texto.

Medellín, diciembre 4 de 1996.

Referencias

Ángel Maya, A. (1996). *Uso y abuso de la ciudad. Una perspectiva ambiental*. IV Encuentro Internacional Hábitat Colombia. Medellín, marzo 11 al 19.

Contraloría General de Medellín. (1995). *Estado de los recursos naturales y del medio ambiente en el municipio de Medellín*. CGM.

- García, M. (enero-marzo, 1990). Medellín en público y en privado. *Revista Universidad de Antioquia*, 219.
- Hardoy, J. E. y Satterthwaite, D. (1987). *Las ciudades del tercer mundo y el medio ambiente de la pobreza*. Grupo Editor Latinoamericano, IIED.
- Jacobs, J. (1961). *The Death and Life of Great American Cities*. Vintage Books.
- Lowe, M. (1992). Nuevas formas para las ciudades. En Lester R. Brown (ed.). *La situación en el mundo: el Informe Worldwatch*. Editorial Sudamérica.
- Serna, A., et al. (1981). *Composición social y movilización política en barrios populares de Medellín*. CENICS, Universidad de Antioquia.
- Tudela, F. (1990). *Desarrollo y medio ambiente en América Latina y el Caribe: una visión evolutiva*. Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo.

❧ *Los usuarios del espacio público en el centro de Medellín¹*

Albalucía Serna Ángel †



Fotografía Albalucía Serna Ángel.

¹ Nota agregada al original por Andrés Vélez Sáenz (9-XII-2024): es probable que esta ponencia, por coincidencia de fechas, fue presentada en el panel “Una mirada a los problemas sociales y habitacionales del centro de Medellín”. En este participaron Albalucía (participó como consultora independiente), Cesar Valencia Jaramillo (Corpocentro) y Zoraida Gaviria (Escuela de Ingeniería de Antioquia). Dicho panel hacía parte de la programación del Seminario Internacional “Patrimonio y Ciudad: la transformación de los centros en América Latina”, realizado en Medellín del 4 al 6 de noviembre de 2009. Este evento fue organizado por el Departamento Administrativo de Planeación Municipal de Medellín, con el apoyo de Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), la Cooperación Regional Francesa y la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín.

Se nos ha pedido a los integrantes de este panel titulado: “Una mirada a los problemas sociales y habitacionales en el centro de Medellín” una caracterización social de este espacio, bastante impreciso, que aquí llamamos “centro” (sobre el tema ya habló Luis Fernando González). Aprovechando las posibilidades que ofrece la doble imprecisión, preguntémosnos: ¿de qué centro hablamos?, y ¿qué se entiende por problemas sociales y habitacionales? Empiezo por definir mi tema y mi espacio de referencia.

Quiero hablar aquí del ambiente social que podría percibir cualquier transeúnte desprevenido en el espacio público de ese sector de la ciudad identificado como centro tradicional de Medellín, y lo hago a partir de una descripción de los usuarios evidentes y de sus prácticas en dicho espacio, en diferentes sectores y en relación con la información disponible acerca de los usos del suelo o actividades registradas en las áreas construidas.

Por razones de tiempo no puedo entrar en detalles metodológicos; pero si quiero señalar que mis comentarios se basan en una larga reflexión y observación del centro de Medellín que tenía el propósito de percibir y captar, cualitativamente, el ambiente, la vida social y el sentido que tiene para sus usuarios y, aunque no es posible establecer con precisión los cambios de una década a otra, si se pretendía identificar, a grandes rasgos, las variaciones en la última década, a partir de un trabajo detallado realizado hace unos diez años con varios estudiantes de la Universidad de Antioquia.

En dicho trabajo se describieron los barrios considerados, entonces, como parte del centro; sin embargo, el día de hoy prestaré especial atención al denominado “centro tradicional”, que corresponde, a grandes rasgos, a los barrios La Candelaria, Villa Nueva, Estación Villa, San Benito, Guayaquil, Corazón de Jesús, Jesús Nazareno, El Chagualo, Perpetuo Socorro, Colón, Calle Nueva, parte de Boston, parte de Prado, parte de San Diego y parte de las Palmas. En fin: la zona que figura en el mapa de Corpocentro. Es evidente que se trata de un área bastante extendida, a pesar de que no incluye toda el área que hoy en día la administración municipal, considera como parte del centro de la ciudad, la cual abarca parte de la zona al occidente del río Medellín (hasta la carrera 70).

En el trabajo realizado hace diez años, se relacionaba el uso del espacio público con la destinación específica de las áreas construidas o usos del

suelo identificados por los estudios de Planeación Metropolitana, pues es obvio que muchos de los usuarios del espacio público lo son en función de los bienes y servicios que buscan en el espacio construido, o su actividad en él se ve, de alguna manera, permitida o facilitada por el carácter del entorno y por los servicios que ofrece.

Lo primero que hay que decir es que se observan cambios importantes en algunos sectores del centro, determinados por algunas obras de recuperación y por las grandes inversiones de la administración municipal. Otro es el ambiente en la antigua Plaza Cisneros después de la construcción del nuevo parque, de la Biblioteca de EPM, de la restauración de los edificios Vásquez y Carré, de la construcción de la Plaza Botero y de la peatonalización de la carrera Carabobo, sin mencionar los cambios significativos en sectores que podríamos denominar como “periferia del centro”, como el de los alrededores del Jardín Botánico con intervenciones tales como el Parque Explora y el Parque de los Deseos y las que actualmente avanzan en el sector del viejo Cementerio de San Lorenzo.

El estudio en el que me apoyo partió de una visión teórica sobre lo que es —o debe ser— un centro de ciudad; pero ese no es mi tema hoy. Para la mayoría de los autores un centro de ciudad es tanto un lugar de memoria como un lugar de trabajo, de gestión pública y de negocios, de vida cultural, de diversión, de encuentro; en fin, por un centro por el cual, en tanto corazón, circula toda la vida de la ciudad.

Muchos hablan de su importancia como lugar de memoria y ese será, sin duda, el tema de este seminario. La mayoría de los centros de las ciudades del mundo son centros históricos, donde se conserva el patrimonio, no como algunos edificios de valor arquitectónico o histórico, sino como un conjunto que permite reconstruir lo que la ciudad fue, su pasado glorioso o sus luchas. Son centros que permiten rememorar o imaginar la ciudad fundacional. Desde ese punto de vista, ¿se puede decir que el centro de Medellín es un lugar de memoria? ¿En qué medida los transeúntes de sus calles lo son en cuanto se sienten atraídos por esa historia escrita en sus calles, por la memoria de sus épocas iniciales, por los acontecimientos que cuentan sus edificios y sus plazas?

Es claro que ese no es el ambiente del centro de Medellín; pero ello no significa que este espacio no tenga sentido, o no signifique algo especial para

sus múltiples “usuarios”; y uso la palabra “usuario” con reserva, por cuanto sé que su sentido, más utilitarista que otra cosa, no es el preciso para todos los “visitantes” del centro; pero tampoco lo es el de “habitantes”, ni menos el de “dueños”, a pesar de que también muchos se lo apropian, lo usan, lo disfrutan y lo viven. Es evidente: el centro de Medellín está lleno de vida, de actividad en sus calles, de movimiento de personas, mercancías, vehículos de todo tipo; en fin, es un espacio abigarrado, lleno de múltiples y muy diversos actores que se relacionan o cruzan rápido el espacio público. Por eso, no se trata de “recuperar”, de “revivir”, de “rehabitar” el centro de Medellín; este nunca ha dejado de ser centro de múltiples actividades, de vida urbana. El centro de Medellín es, ante todo, un espacio de múltiples usos, un lugar de interés más instrumental que afectivo o tradicional (en el sentido weberiano). El centro tiene usuarios de sus servicios y estos son múltiples.

Lo anterior no niega que el centro de Medellín sea, y de manera muy significativa, un lugar de vida cultural, de estudio y de recreación. Vamos al centro porque allí está la entidad que me ofrece esas opciones. Por sus calles circulan durante el día, y hasta bien entrada la noche, los estudiantes de la gran cantidad de centros educativos de todos los niveles: universidades, tecnológicos, centros de bachillerato diurno y nocturno, centros informales de capacitación, academias de lengua, etc. En un informe reciente del Sistema Nacional de Información de la Educación Superior se presentaba un listado de instituciones de educación superior en Medellín, y de las 39 incluidas, exactamente la tercera parte (13) están localizadas en el centro (sin incluir la U. de A. y los programas que tiene en el centro). Esta es una población que da vida al centro hasta horas avanzadas de la noche, pues muchas de ellas tienen actividades nocturnas.

Y circulan también los asistentes a espectáculos de teatro y de música: la mayoría de las salas de teatro de la ciudad están en el centro tradicional y el Teatro Metropolitano se encuentra en su perímetro. Hasta hace poco tiempo, también al centro se iba para ver una buena película. Hoy ya todas las salas de cine comercial en el centro cerraron sus puertas. Solo permanecen algunas conocidas como “salas X”.

El espacio público del centro es también, para algunos grupos sociales, un lugar de encuentro. En algunas de sus plazas o parques se encuentran jubilados y desempleados que pasan las horas a la espera tranquila del

momento indicado para regresar a sus hogares; se encuentran los fines de semana empleadas domésticas en su día de descanso; se encuentran parejas, paisanos y amigos, para pasar un rato, para intercambiar información sobre amigos comunes, sobre parientes; en fin, en el centro, a pesar de la aparente congestión, se da también la charla tranquila, el encuentro entre conocidos, el tinto bien conversado en cualquier cafetería o heladería.

Como lugar de diversión, el centro cuenta aún con buen número de cafés, bares y locales donde se escucha música, se conversa, se consumen alimentos y licores, tanto para adultos como para jóvenes. Y de alguna manera relacionados con algunos centros de diversión prolifera también en algunos sectores, la oferta abierta de prostitución, por parte de jóvenes de ambos sexos, algunos casi niños, de travestis y homosexuales. Y bajo el nombre de hotel u hostel parece que se incrementan los lugares destinados a esta actividad.

El centro es, también, un espacio para la gestión pública. Aunque nunca dejaremos de lamentar el traslado de las actividades principales del gobierno de los edificios tradicionales del centro al sector de La Alpujarra, por las calles del centro se mueven aún quienes gestionan documentos en las múltiples notarías y otras entidades que mantienen sus sedes en el centro tradicional (la mayor concentración de notarías de Medellín está en el centro: 13 de un total de 29 que tiene la ciudad).

Pero, más importante, de acuerdo con lo que se observa en el espacio público, el centro de Medellín es un lugar de trabajo. Esa ebullición de vida la constituyen quienes desarrollan actividades económicas (producción, comercio, finanzas, servicios de todo tipo) tanto formales como informales en el centro de la ciudad, actividades que se desarrollan en sedes o locales modernos o tradicionales, grandes o pequeños; en nuevos edificios en altura, así como en el espacio público.

Hablamos de trabajadores de diferentes niveles y estratos y en múltiples actividades: oficinistas, empleados bancarios, dependientes del comercio formal, funcionarios públicos, ejecutivos de alto nivel de las múltiples entidades públicas y privadas que mantienen sus sedes en el centro, así como obreros, ayudantes de servicios o trabajadores de oficios varios de las mismas empresas. Muchos de estos empleados o trabajadores del centro, aunque no vivan en él, hacen uso frecuente de los servicios sociales y culturales que

el mismo sector ofrece: almuerzan en sus restaurantes, asisten a actividades culturales y, en general, hacen parte de su vida social en un centro que ofrece múltiples alternativas para todos los estratos sociales.

Como lugar de comercio o, mejor, de compra de mercancías, el centro continúa en el primer lugar en la ciudad. Hoy se puede afirmar que el centro de Medellín es un centro comercial. A pesar de los muchos centros comerciales que se han construido en sectores periféricos de la ciudad, el centro continúa atrayendo a compradores de todos los sectores de la ciudad, del área metropolitana y aún de otros municipios del departamento de Antioquia. Y no solo la gente de los sectores populares realiza sus compras en el centro, también las personas de los sectores medios y, aún, las de estratos altos llegan, en Metro, al popular centro de comercio conocido como *El Hueco*.

Y no se trata solo del comercio formal en los múltiples centros, pasajes y locales comerciales, sino que las calles y los andenes se convierten también en lugares de comercio de los más variados productos y de todas las formas del “rebusque”. En las ventas informales del centro se encuentran desde productos perecederos y frutos de cosecha, hasta mercancía importada, relativamente sofisticada, productos eléctricos y electrónicos, toda una gama de discos, libros de edición reciente, películas recién estrenadas (por supuesto del mercado pirata), así como productos artesanales, alimentos preparados y, más recientemente, el producto que prolifera: ¡los minutos a celular! Es un fenómeno señalado por todos y que le da un carácter especial al centro de Medellín; en muchos de los sectores del llamado corazón de la ciudad el espacio público está, prácticamente, tomado por ventas estacionarias o móviles.

El espacio público del centro, como lugar de trabajo, se aprecia también en sectores de algunos barrios, como el Corazón de Jesús, el Jesús Nazareno o el Perpetuo Socorro, entre otros, en donde las calles mismas son convertidas en talleres de mecánica, o en donde la destinación de los locales comerciales relacionados con los servicios al automóvil o la venta de repuestos llevan a la utilización del espacio público como taller de mecánica, provocando un gran impacto negativo en la circulación de peatones o en la calidad ambiental de los mismos. Son usos que desplazan otras actividades propias de un centro de ciudad.

El centro es, asimismo, lugar de residencia o de vivienda (pero de eso ya nos habló Zoraida), entonces, por sus calles transitan también quienes llegan

a sus viviendas, quienes miran el entorno como cualquier habitante de la ciudad mira el barrio donde reside y le interesa su ambiente y, en particular, la tranquilidad y la seguridad que garanticen su descanso nocturno.

Pero no solo habitan el centro los tan anhelados residentes de estratos medios y altos; también lo habitan, con toda propiedad, los llamados “habitantes de la calle”, buena parte de ellos, para no andar con eufemismos: indigentes. Y en estas dos categorías caben, también, múltiples variaciones relacionadas con la forma, la razón y el tiempo en que se usa el espacio público como lugar de vivienda.

Como ya se señalaba antes, el centro de Medellín no es, ni ha sido nunca en su historia, un centro solitario o abandonado que demande acciones para “repoblarlo”, para visitarlo, para usar sus calles o para vivirlo. El centro de Medellín, que para muchos habitantes de sectores residenciales distantes del centro se percibe como “tierra de nadie”, como un sector de la ciudad “donde nadie va”, es realmente un centro lleno de vida, de actividad, de acción, de transeúntes, de visitantes. Quizás las limitaciones para el uso y disfrute del espacio público tienen que ver más con su saturación que con su abandono. Los problemas no son por ausencia sino por exceso. Y a pesar de que se trata de una ocupación aun socialmente heterogénea, la amenaza parece estar más en la homogenización de algunos sectores.

Un centro tiene que ser, por definición, espacio del anonimato, de múltiples presencias, de muchos ojos sobre el espacio público, de miradas diversas; pero, a veces, vemos sectores tomados por grupos socialmente homogéneos que excluyen a otros con su presencia. Cuando una calle es tomada por un grupo de indigentes, cuando los venteros de un mismo tipo de producto se concentran en un sector, cuando la calle es invadida por los mecánicos y automotores en reparación se está excluyendo a otros, se está homogenizando y, en ese sentido, está dejando de ser el centro de ciudad.

Los problemas más visibles del centro de Medellín

Como en este comentario he querido destacar la apreciación —o percepción— que puede tener un visitante del centro de Medellín, se puede decir que los

cuatro problemas más visibles para los visitantes del centro son, sin que el orden indique mayor o menor grado de importancia:

1. La saturación del espacio público por las ventas callejeras.
2. La presencia de indigentes y mendigos, denominados “habitantes de calle”.
3. Diferentes formas de contaminación: basuras, ruido, gases y partículas en el aire, etc.
4. Inseguridad.

Primero hay que decir que, de los cuatro problemas, han sido conscientes todas las administraciones que ha tenido Medellín en los últimos 20 años, por lo menos; y los problemas han sido los mismos, variando solo en algunas de sus manifestaciones o en el grado o nivel de gravedad del problema. Esto mismo indica que ninguna intervención ha sido verdaderamente exitosa o que los problemas no pueden ser atendidos con programas de nivel municipal o centrados en un espacio definido de la ciudad. Se trata sin duda de problemas de nivel estructural, todos ellos vinculados a las condiciones de la economía y más específicamente a la situación del empleo.

En cuanto a las ventas callejeras se puede decir que es el problema que todos los gobiernos municipales han tratado de controlar o regular, pero cuyo impacto no se ha podido evitar. Hacer una síntesis de las múltiples actuaciones, planes y programas de las últimas administraciones de Medellín sería asunto de otro evento y espacio; lo cierto es que las administraciones recientes se han movido entre la búsqueda de institucionalización y control (mediante construcción de casetas y asignación de puestos) hasta la liberación o tolerancia más o menos amplia, como se dio en la pasada temporada navideña. Una evaluación de todos los proyectos, ejecuciones, construcciones de instalaciones para su ubicación y acciones represivas, etc., mostraría claramente que se trata de un fenómeno estructural cuya solución no depende de medidas de control, sanción y estímulos, etc.; porque si bien es un mecanismo de supervivencia de sectores muy desprotegidos de la sociedad (desempleados, desplazados, etc.), constituye también un instrumento del mismo capital para acelerar su circulación (muchos venteros son realmente expendedores de bienes y servicios a nombre de una empresa grande); además, muchos de los venteros no estarían dispuestos a cambiar su actividad en el espacio público por un salario mínimo en el sector formal de la economía.

Sobre la indigencia, o los “habitantes de la calle” en el centro de Medellín, hay que decir que es notoria la presencia de múltiples personas que, como pordioseros, recicladores, consumidores de sustancias psicoactivas, ocupan andenes o sitios públicos de la ciudad. Muchos de ellos permanecen durante la noche en calles, parques y andenes; pero, en general, su presencia diurna o nocturna contribuye a la percepción del espacio público, por parte de muchos usuarios del centro de la ciudad, como inseguro, sucio o poco acogedor.

Tanto aquí como en Bogotá,

Las personas adultas que habitan la calle han generado un estilo de vida particular que se manifiesta en el desarrollo de sus propias normas de convivencia, a fin de adaptarse a su medio. En ellos son frecuentes comportamientos tales como el uso y abuso de sustancias psicoactivas, la prostitución, el maltrato, así como algunas formas de agresión y violencia que afectan su entorno y la seguridad ciudadana. Un alto porcentaje de esta población presenta problemas de salud física y mental que denotan un proceso de autodestrucción y los convierte en hombres y mujeres de alta vulnerabilidad, y sujetos de las políticas sociales del Estado que, en la mayoría de los casos, han sido de tipo asistencialista. Esta población presenta una diversidad de perfiles que hacen aún más complejo el problema y las posibles alternativas de solución, ya que se requieren ofertas institucionales de acuerdo con las problemáticas presentadas por este grupo poblacional (DABS - Departamento Administrativo de Bienestar Social de Bogotá, Citado en documento de la Secretaría de Bienestar Social de Medellín).

Como principio general, se parte de que se trata de consumidores regulares de sustancias psicoactivas, que están en la calle por una opción personal y que, en tanto no son delincuentes por definición, no se pueden tratar como tales. En consecuencia, se acogen voluntariamente a los servicios que ofrece la administración municipal y la intervención de la policía solo puede estar relacionada con conductas específicas que atenten contra la seguridad ciudadana.

El programa que coordina la Secretaría de Bienestar Social abarca cuatro etapas: 1) atención en la calle, 2) atención en centros de servicios diurnos y nocturnos, 3) resocialización y capacitación, y 4) reinserción laboral y social; aunque se trata solo de un apoyo a la supervivencia que poco o nada

contribuye a la reinserción social o la disminución del impacto en el espacio público. Además, dado que su vinculación tiene que ser voluntaria y que se trata de población en su mayor parte con adicción a las drogas, los resultados difícilmente pueden mejorar.

En cuanto a la contaminación hay que decir que, en parte, está asociada a la presencia de indigentes, por cuanto algunos de ellos actúan en ocasiones como mendigos y otras veces como recicladores y, en la búsqueda de elementos reutilizables o aún de comida en las basuras que dejan fuera los negocios o las residencias, generan gran contaminación. Este problema parece que está siendo satisfactoriamente atendido por las Empresas Varias y, mediante concertación con los negocios, se está logrando, por lo menos en algunos sectores, que las basuras no queden expuestas a los indigentes. Otra buena parte de la basura en las calles del centro se explica clara y simplemente por la incultura ciudadana. La publicidad que se distribuye en grandes cantidades en el centro va toda de inmediato a calles y aceras.

Pero la contaminación más grave, tiene que ver sin duda con la concentración de partículas y gases en el aire, producto del tráfico vehicular, sobre todo, de los múltiples buses que cruzan el centro y que por sus condiciones técnicas o por la misma calidad del combustible que se expende en la ciudad, generan altos niveles de contaminación.

La contaminación por ruido tiene que ver también con el mismo tráfico vehicular, pero quizás se aprecia como mucho más incómodo el que se genera por los altoparlantes de muchos negocios que invitan a los transeúntes a ingresar al local, en un intento por contrarrestar la también ruidosa publicidad de los venteros informales en el espacio público.

En cuanto a la inseguridad, hay que decir que no se trata de un problema exclusivo del centro de la ciudad. Esta situación, en la percepción ciudadana se asocia con la presencia de indigentes; aunque todo parece indicar que la mayor parte de las modalidades de robo o atraco es atribuible a personas cuya presencia no llama especialmente la atención.

Pero independiente de la razón que lleve a cada uno al centro, lo cierto es que se trata de un espacio público vivo, lleno de transeúntes de las más diversas condiciones físicas, económicas, sociales, culturales, étnicas y raciales.

Parece evidente que, más que gente, lo que falta es espacio para movilizar los múltiples actores y usuarios que compiten por moverse en el espacio público, por llegar a un sitio donde esperan cumplir alguna diligencia, por disfrutar de ese anonimato que permite la multitud, por salir del espacio restringido y familiar del barrio, del pueblo. Porque ese es el verdadero encanto de la ciudad y de la gran ciudad. Por eso, aunque Medellín no pasa de ser un pueblo grande, su centro es apreciado también como el único lugar donde se escapa, en parte, del control social ejercido por familia y amistades que nos vigilan en el barrio como lo hacían en el pequeño pueblo de donde procedemos.

Y aunque el usuario del centro no sea consciente del encanto que supone esa diversidad y ese anonimato, y no busque el centro por dichas características; y aunque a veces se queje de la congestión, del abigarramiento, de la saturación, sin duda menos lo apreciaría si se viera de alguna manera solitario. Aunque la congestión pueda ser aprovechada en ocasiones para el atraco y, en ese sentido, genere inseguridad, mucho menos seguro percibiríamos los espacios vacíos, como sucede, en la noche, en algunas calles.

Medellín, noviembre de 2009.

❧ *Una mirada a la sociología en Medellín¹*

Albalucía Serna Ángel †

El presente trabajo fue elaborado por recomendación de la Asociación Colombiana de Sociología, con el objetivo de dinamizar un proceso de análisis y reflexión sobre la formación del sociólogo, conducente a iniciar la búsqueda de salidas a la crisis de identidad que actualmente parece vivir la



Foto de Juan Fernando Mesa V. Medellín.

¹ Una versión de este trabajo fue publicada en la revista del Centro de Estudios de Opinión: Cuadernos Preliminares de Sociología, 1, pp. 13-50, noviembre-diciembre de 1996. La versión que acá se publica es del libro *La sociología en Colombia: estado académico* (1997), publicado por la Asociación Colombiana de Sociología.

disciplina en el país. Una versión inicial fue presentada en una “Jornada de Reflexión” sobre la sociología en Medellín, realizada en el mes de abril.

El balance pretendido resultó una tarea difícil, especialmente por la complejidad de la situación en la región, donde han funcionado cuatro programas académicos, y donde el número de egresados, la diversidad de campos en que se ocupan y la escasa sistematización de la información existente obligan a una mirada bastante general. Sin embargo, el informe hace una breve historia del desarrollo de la sociología como disciplina académica en el medio, recoge las condiciones en que funcionan los programas existentes hoy, intenta un diagnóstico de la producción sociológica en cuanto a investigaciones y publicaciones y explora la situación laboral de los sociólogos en la ciudad.

El informe tiene sin duda un sesgo en el sentido en que se aborda con más detalle la situación de la sociología en la Universidad de Antioquia (U. de A.), sesgo inevitable dada mi larga vinculación a este programa, pero también justificable si se tiene en cuenta —como se muestra en el texto— que en esta institución se forma actualmente el 63 % de los sociólogos de la ciudad.

Gracias a todas las personas que amablemente atendieron mis consultas para la elaboración de este trabajo y gracias a la Asociación Colombiana de Sociología por propiciar un debate que mucho necesita la disciplina y la profesión hoy.

La orientación de los planes de estudio

Los inicios de la sociología como profesión en Medellín

La sociología como disciplina académica surge en Antioquia a la par con el primer programa nacional que se funda en la Universidad Nacional de Bogotá. Sin embargo, el contexto y la motivación son bien diferentes. Para el caso regional se trata de una Universidad confesional, la Pontificia Bolivariana (UPB), que a la luz de las orientaciones de la V Semana Social Colombiana

reunida en Medellín en 1958, por iniciativa de la Curia Arquidiocesana, decide fundar un programa para formar profesionales comprometidos en la búsqueda de salidas cristianas a los graves problemas sociales que afronta el país.²

Se trata entonces, en sus inicios, de un programa con un fuerte contenido de doctrina social católica orientado por autodidactas de la sociología, en su mayoría abogados y algunos sacerdotes formados en Europa, no necesariamente sociólogos, quienes, desde perspectivas ideológicas distintas contribuían en la sensibilización hacia la suerte de los sectores sociales más desprotegidos. Este germen, unido a la situación general de crisis social que se vivía tanto en el país como en América Latina y al auge de movimientos revolucionarios en varios países del continente, fueron conduciendo a la vinculación de muchos estudiantes de este programa con luchas sociales cada vez más radicales e internamente a una gran presión hacia la modificación del currículo y hacia la participación en el gobierno universitario. Todo ello resultó en una reforma sustancial del primer pénsum hacia finales de la primera década, amén de múltiples ajustes en la dirección de introducir cursos de formación más especializada a medida que iban llegando a la ciudad personas con estudios avanzados en ciencias sociales.

Para entonces, se introduce formalmente el estudio de los clásicos de la sociología —antes se estudiaba la teoría en manuales—, proliferan los cursos de métodos y técnicas de investigación, se ofrece al menos un curso de Economía Política y se acepta una mirada académica de la obra de Marx. A ese pénsum de la UPB se le hacen solo ajustes durante toda la década del 70: hacia 1974 se introducen las prácticas y cada vez se busca responder más específicamente a las demandas del medio, con un énfasis que se va marcando hacia la planeación urbana.

Los cambios que realiza el programa de la UPB a finales de la década del 60 coinciden con la apertura de nuevos programas de sociología en la Ciudad.

² Ver Ocampo, Carlos, “20 años de la Facultad de Sociología de la UPB. Fundación y Evolución de su Currículo”, Revista Sociología No.13, U.P.B., 1978.

La proliferación de programas y el auge de la sociología

Al terminar la década del 60 son ya cuatro los programas de sociología que existen en Antioquia. En 1967 se inician programas en las universidades Autónoma Latinoamericana y de San Buenaventura (USB) y en 1968 se aprueba la iniciación en la Universidad de Antioquia. Aunque la historia de estos programas está recogida en distintos documentos, especialmente en los de Gonzalo Cataño y Manuel Restrepo,³ destacamos aquí algunos elementos que nos permitirán ubicar la discusión en el contexto histórico y entender las características que ha tenido la formación de sociólogos en nuestro medio.

El programa de la Universidad de San Buenaventura, una universidad también confesional como la UPB, pero en este caso regentada por la Comunidad Franciscana, es el primer programa de dicha universidad en la ciudad y se funda a partir del Instituto de Estudios Sociofamiliares que ya tenía la Comunidad en Medellín. Acorde con este origen, su objetivo inicial es formar profesionales capaces de aportar a la búsqueda de soluciones a la problemática social de la familia y este enfoque se mantiene hasta aproximadamente 1974-75. A partir de ahí y gracias a la influencia de un profesorado constituido en su mayoría, como lo ha sido durante toda su historia, por egresados y profesores de la UPB, su currículum se fue acercando al que regía entonces en la UPB y continuó desarrollándose en forma paralela hasta el cierre del programa de la UPB. Aún hoy, el Decano es un egresado de la UPB, como lo ha sido la mayoría.

El programa de la Universidad Autónoma tiene en cambio desde sus inicios un perfil bastante distinto. Sus fundadores encontraron un clima propicio en una universidad laica y liberal (en sentido amplio pero también partidista) para una formación humanista, más cercana a los debates de la filosofía y la historia de las ciencias que al quehacer de una disciplina profesionalizante, y su enfoque se ha conservado a lo largo de los años a pesar de los ajustes requeridos por las demandas de vinculación laboral de sus egresados y por la convicción de sus actuales

³ Ver: Cataño, Gonzalo, *La sociología en Colombia. Balance y Perspectivas*, en *Memorias del "Tercer Congreso Nacional de Sociología"*, ICFES, Bogotá, 1980. Cataño, Gonzalo, *La sociología en Colombia*, Plaza y Janes, Bogotá, 1986. Restrepo, Manuel, "Estado de Desarrollo e Inserción Social de la Sociología en Colombia", en *La Conformación de las Comunidades Científicas en Colombia*, Tomo 11, *Misión de Ciencia y Tecnología*, MEN, D.N.P., FONADE, Bogotá, 1990, pp. 927-984.

directivas de la necesidad de acercar la universidad a la sociedad. Orientada en buena medida por profesores vinculados a las dos universidades públicas de la ciudad (Universidad Nacional y Universidad de Antioquia) y como universidad nocturna en toda su trayectoria, ha atraído especialmente a empleados del sector público y a personas con interés en la disciplina que no pueden vincularse a una carrera diurna por sus compromisos laborales o profesionales.

El programa de la Universidad de Antioquia, creado en 1968 a partir del Departamento de Sociales del viejo Instituto de Estudios Generales, va adquiriendo rápidamente un perfil muy definido gracias a la vinculación como docentes de un grupo de jóvenes egresados de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, formados al fragor de las luchas estudiantiles y sociales de la década en las que tan claro protagonismo había tenido dicho programa (Recordemos: Frente Unido, Camilo Torres, luchas antiimperialistas, etc.). El pénsum se consolida con un claro enfoque marxista y los comienzos del trabajo muestran una sociología comprometida con las luchas sociales. Sin embargo, antes de que la primera promoción terminara, una crisis interna en la universidad, donde estudiantes y profesores tuvieron clara participación, conduce al cierre del programa y al despido de varios de sus profesores.

Cuando dos años después el programa se reabre, no todos los profesores expulsados regresan y, aunque se mantiene las líneas generales del primer pénsum, los enfoques se suavizan bajo la orientación de docentes en su mayoría egresados de la UPB.

La década del 70 es una época de gran auge de la sociología como disciplina académica en la ciudad. Los cuatro programas existentes tienen demanda. Aún se puede hablar de cinco por cuanto en buena parte de esta década la UPB tuvo dos programas: uno diurno de 4 años de duración y uno nocturno, de 5 años (los programas de la USB y Autónoma Latinoamericana han sido siempre nocturnos y el de la UdeA, diurno). Todos los programas tenían demanda y había una gran circulación de docentes entre todos ellos. En este ambiente y a pesar de las diferencias formales en el contenido de los planes de estudio, los enfoques y las orientaciones político-ideológicas no se distanciaban mucho y eran las de la década en las ciencias sociales, con fuerte influencia del marxismo, mucho énfasis en la Economía Política, posiciones muy críticas frente al positivismo y la investigación empírica, un rechazo casi visceral de los teóricos definidos como idealistas o funcionalistas.

Pero, cada programa tenía su identidad o quizás solo un estereotipo. Así, se decía que la USB capacitaba para el servicio de la empresa privada y de hecho vinculaba estudiantes en práctica y algunos egresados a departamentos de personal de algunas industrias al tiempo que ofrecía cursos en sociología industrial y temas laborales y administrativos. Se decía que la UPB formaba hacia la planeación urbana, quizás también porque el programa encontró espacio para sus estudiantes en calidad de practicantes, en la Oficina de Planeación de Medellín a través de egresados ya vinculados; porque en el pénsum se concedió espacio a la sociología urbana y a la planeación del territorio y porque muchas de las tesis de sus egresados se ocupaban de temas relacionados con el desarrollo de la ciudad. El programa de la Autónoma mantiene su identidad ampliamente reconocida a pesar de los ajustes recientes, pero sigue pensándose como la que mayor preocupación ha mostrado por los temas de la historia y la epistemología, o por lo menos eso se expresa en su revista *Sociología*. El estereotipo del programa de la Universidad de Antioquia, entendido a veces como reconocimiento y otras como señalamiento descalificatorio está asociado a su énfasis inicial en el estudio del marxismo —teoría y métodos—, énfasis defendido aún hoy por grupos de estudiantes y profesores y de todas maneras presente mientras se insista en una orientación crítica.

Los programas académicos en la crisis de los 80

Al iniciarse la década del 80 algo se va haciendo claro: el campo profesional parece saturado, al mismo tiempo, la demanda de los programas disminuye aceleradamente, especialmente para los diurnos. En universidades como en la UPB los sendos cursos sobre Durkheim, Weber y Parsons lograran un espacio similar al del marxismo. Además, se introdujo el estudio del Estructuralismo y de la Escuela de Frankfurt, que antes se veía a través de un curso de metodología.

Otros cambios incluyeron: disminuir de dos a uno los cursos de Estadística con la idea de que los paquetes actuales de procesamiento de datos en computador, y que se trabajan en diseños cuantitativos, simplifican el trabajo del sociólogo en este campo; reducir los cursos de Economía a dos y ofrecer tres áreas de énfasis: Sociología Política, Sociología Urbana y Sociología Rural, a partir de un curso básico de cada especialidad; reservar un espacio significativo para cursos electivos, cuya programación sería

variable de acuerdo con las ofertas de los profesores a partir de sus temas de investigación e interés o con base en las demandas del medio.

En mi opinión es un *pénsum* formalmente bien estructurado y bien pensado para las demandas actuales de formación de sociólogos. Las limitaciones se aprecian cuando se evalúa su desarrollo. A grandes rasgos sus principales dificultades estarían en los siguientes aspectos: la enseñanza de la teoría —como siempre— sigue estando completamente separada de la orientación de la investigación. La mayoría de los cursos, especialmente Funcionalismo, Sociología Comprensiva y Estructuralismo, parece que fueran asimilados por los estudiantes como información histórica, ajena a una mirada de la realidad social en que se vive. El hecho de que de las tres áreas de énfasis la Sociología Política tenga más cursos y sea además obligatoria, mientras de las otras dos se puede elegir una, ha llevado a un énfasis excesivo en los temas de la política que, si bien dominan una sociedad tan politizada como la nuestra, han restado espacio a otros temas que prácticamente no se abordan como el de la cultura. Adicionalmente, distribuir los estudiantes en dos áreas electivas —rural y urbana— ha conducido a que el estudio de la sociedad rural quede casi al margen del *pénsum*, con un solo profesor de planta interesado en el tema y pequeños grupos de estudiantes, limitando el desarrollo del área.

Por último, aunque el programa considera la posibilidad de tomar dos cursos de otras facultades o programas académicos, previamente aceptados como formación complementaria, de acuerdo con los intereses de cada estudiante (por ejemplo en historia, en psicología, en antropología, etc.) el desarrollo del *pénsum* ofrece muy pocas oportunidades de trabajo interdisciplinario o por lo menos en conjunto con otras disciplinas sociales o humanas.

El programa exige adicionalmente a las materias (160 créditos), la presentación de una monografía de grado, requisito que ha estado siempre en el *pénsum* de sociología y que ha llevado a una muy baja proporción de graduados respecto a los egresados. Al evaluar esta situación, común a varios programas académicos, la Universidad, con resolución de Consejo Académico, estableció la exigencia de desarrollar dichos trabajos de monografía, como cursos matriculados o considerar otras opciones que reemplacen la monografía en los programas de pregrado. Con base en esas consideraciones el Departamento de Sociología acaba de introducir la primera modificación al nuevo *pénsum* incluyendo varias modalidades para

cumplir el requisito de la monografía a saber: una práctica de dos semestres y su sistematización, una pasantía de investigación, con su correspondiente informe, y la monografía tradicional.

Este cambio empieza a mostrar sus impactos: una consecuencia positiva es el hecho de que el estudiante de último semestre se obliga a pensar como profesional, debe asumir una responsabilidad, bien sea en un proyecto de investigación institucional (de la universidad o de otra entidad) o en un campo de intervención específico. Este hecho, al tiempo que confronta la formación recibida con las demandas de la sociedad, permite identificar carencias y puede demandar ajustes del p^énsum o, por lo menos, indicar requerimientos de cursos electivos. De otro lado, y como consecuencia negativa, se señala que cada vez menos estudiantes asumen la responsabilidad de una monografía, como trabajo individual, a través del cual se desarrollen nuevos temas, con enfoque decididos por los mismos estudiantes. Aunque en general las monografías han aportado muy poco al conocimiento de nuestra realidad social y han quedado como documentos inéditos guardados en centros de documentación que casi nadie revisa, en ocasiones se desarrollaban temas novedosos y los estudiantes sentían que ahí estaba su primera producción como intelectuales. Ahora, aunque todo estudiante debe elaborar un documento que dé cuenta del trabajo realizado, este no tiene el mismo carácter de originalidad e individualidad.

Igualmente se ha planteado como preocupación que debe evaluar el Departamento de Sociología, que la orientación hacia las prácticas puede conducir a reforzar la dimensión profesionalizante de la disciplina a costa de su dimensión como disciplina científica.

Curiosamente, este programa de prácticas que existió en la UPB desde la década del 70 y que ha caracterizado el p^énsum de la USB en toda su historia, había sido rechazado, como ya se indicó, tanto en la U. Autónoma como en la U. de A., con el argumento central de que la sociología era ante todo a disciplina cuestionadora y crítica de la realidad social, más que una disciplina aplicada al servicio de instituciones públicas o privadas orientadas a la intervención social. En este momento tanto la Autónoma como la U. de A. tienen programa de prácticas y en ambos casos con el objetivo de formar sociólogos de acuerdo con las demandas del medio y, aunque el programa de la Autónoma es muy diferente (no reemplaza la monografía tiene menos

intensidad y se puede realizar a partir del tercero cuarto semestre) cumple objetivos similares y sobre todo muestra una nueva orientación del pénsum resumida en las palabras del decano: “queremos conocer el medio y que el medio nos conozca”. Una evaluación de las consecuencias de esta política, tanto en términos de la concepción de la sociología que ella involucra como de la calidad académica de los nuevos profesionales deberá hacerse cuando la experiencia haya madurado hasta el punto de que permita conocer sus frutos.

Para concluir este capítulo hay que agregar que, en general, el desarrollo de la sociología como programa académico en Antioquia ha estado bastante alejado de los desarrollos de la disciplina en otros contextos nacionales e internacionales. Ha habido sí un cierto reciclaje interno y gran movilidad de docentes entre los cuatro programas, pero después del primer momento de surgimiento del programa de la U. de A. con influencia de egresados de la U. Nacional de Bogotá, los desarrollos se han dado a partir de experiencias y confrontaciones locales. Puede afirmarse que es un desarrollo bastante provinciano —desde la óptica de los bogotanos— y endogámico. A pesar de que algunos profesores se especializan fuera del país, la mayoría no han intervenido claramente en la introducción de enfoques foráneos, quizás porque las especializaciones con frecuencia no han sido en sociología o porque el período de formación los ha distancia do de la responsabilidad en la orientación del pénsum.

Sin embargo, tarde o temprano —más lo primero que lo último— los enfoques, debates y preocupaciones de la disciplina a nivel nacional o mundial van llegando y, así sea con décadas de atraso, las “nuevas” tendencias se van imponiendo. Es el caso, por ejemplo de la Teoría Crítica (Escuela de Frankfurt), de las orientaciones constructivistas y fenomenológicas, en general de la investigación cualitativa y de los enfoques “subjetivistas” en la investigación social que después de años de desarrollo en Norteamérica y Europa parecen imponerse por fin. En cambio, el interés en la Investigación Acción Participativa que dominó en la década del 70 y parte del 80 se ha relegado a la práctica de los sociólogos y otros profesionales de las ciencias sociales en algunas entidades públicas o en ONG, donde de todas maneras, tampoco alcanza su aplicación con todas sus implicaciones.

La preocupación por la política siempre ha estado y se mantiene, aunque con tendencia a disminuir, ante la presión por cursos mucho más operativos.

Los cursos sobre temas “nuevos” son esporádicos, sin continuidad y mantienen el carácter de electivas; la presión ahora es hacia la actualización de los contenidos más que hacia la transformación significativa del enfoque pluralista, ya reconocido como necesario, y hacia la apertura de espacios para nuevos temas, nuevos problemas y nuevos enfoques.

Docentes, estudiantes y egresados

Los docentes: su formación y nivel de compromiso

Una mirada rápida a la información existente sobre el número de docentes de cada uno de los programas y su tipo de vinculación, incluida en el cuadro siguiente, nos da una idea de las posibilidades de cada uno de los programas:

Universidad	Número de docentes			
	Tiempo completo	Medio tiempo	Hora cátedra	Total
U. de Antioquia	20	2	6	28
U. de San Buenaventura	--	2	11	13
U. Autónoma Latinoamericana	--	2	15	17

Desde la mera visión cuantitativa, es evidente la superioridad de recursos de la U. de A. frente a los de las otras dos universidades y así ha sido siempre durante todo el tiempo de funcionamiento de este programa. A pesar de la existencia de un grupo tan significativo de docentes, bien calificado, el

diagnóstico es de una tendencia a su disminución si se tiene en cuenta que diez años atrás el número de docentes de tiempo completo, vinculados de planta, alcanzaba los 26. Ahora la política de la Universidad de no reemplazar con profesores de planta a los docentes que se jubilen conduce a que cuatro profesores de tiempo completo sean docentes ocasionales —vinculados por contrato a término fijo—, al mismo tiempo que se va incrementando el número de profesores de cátedra. Además, varios de los docentes, vinculados de tiempo completo, no tienen una real participación en la marcha del programa, bien por estar en comisión interna (en programas de investigación o administración dentro de la U.) o en comisión externa (desempeñando cargos en otras instituciones del Estado).

Aun así se puede hablar de un programa que ha contado con una significativa nómina de sociólogos (en este caso no se incluyen docentes de la universidad que dictan otros cursos del programa como economistas, matemáticos, sicólogos, antropólogos, etc. que atienden tanto cursos obligatorios (Estadística, Economías) como electivos (en historia, antropología, sociología, entre otros).⁴ Y es claro que esta es una fortaleza máxime si se tiene en cuenta que en un grupo tan numeroso es natural que se expresen múltiples énfasis y diferentes especialidades. De los 28 docentes del programa, 17 tienen maestría o un título equivalente, tres tienen título o son candidatos a doctorado y solo ocho, únicamente pregrado. La diversidad del equipo humano ha sido, sin embargo —una hipótesis— razón tanto de avance como de estancamiento pues en ocasiones las diferencias de concepción en relación con la formación de sociólogos han desembocado en conflictos internos que antes que hacerlo avanzar han paralizado el programa.

En cuanto a las otras Universidades uno se pregunta cómo es posible sacar adelante un programa académico con tan escasos recursos humanos, pero la mayoría de los docentes tienen alguna especialización o maestría. Una ventaja ha estado sin duda en que, en buena medida, sus docentes han sido profesores de la U. de A. o de la U. Nacional (Facultad de Ciencias Humanas) y por lo tanto su dedicación a la docencia por cuenta de dichas

⁴ Los programas de Sociología de la USB y la U. Autónoma en cambio cuentan dentro de su nómina de docentes a economistas, matemáticos y otros profesionales que sirven materias del programa de sociología.

instituciones garantiza su compromiso con el trabajo académico. En otros casos los docentes son profesionales que ejercen en otros campos y que, de acuerdo con los decanos de estas universidades, tienen la ventaja de vincular al estudiante con los desafíos propios de su ejercicio profesional. De cualquier manera, las posibilidades de atender programas de investigación, de orientar estudiantes y de contribuir al desarrollo del plan de estudios, son limitadas.

Los estudiantes

Aunque no disponemos de datos precisos se sabe que hasta finales de la década del 70 todos los programas de sociología de Antioquia tenían una buena demanda y esta era creciente especialmente para la U. de A. La U. Autónoma de Medellín llegó a ser la de mayor matrícula en todo el país, seguida por la USB, también de Medellín. Para 1988, según esta dísticas del ICFES presentadas por Restrepo,⁵ la Autónoma seguía siendo la de mayor matrícula y la U. de A. ocupaba el tercer lugar, después de la U. Nacional de Bogotá, lo cual significa el segundo lugar en Antioquia. Pero para esta época ya los tiempos eran difíciles: la U. de A. apenas llena los cupos, la UPB cierra admisiones, entre otras razones por baja demanda y la USB igualmente disminuye el número de solicitudes.

La evolución de la demanda corre pareja al número total de matriculados. Veamos el caso de la U. de A.: durante los años de la década del 70 en que funcionó el programa, la demanda fue alta y el total de estudiante oscilaba alrededor de 200; en la década del 80 la demanda disminuye y el total de estudiantes está alrededor de 150. La recuperación, tanto en demanda como en matriculados, se empieza a manifestar hacia 1989 y en lo que va corrido de la década del 90 el número de estudiantes es siempre superior a 220, llega a 260 en 1993 y se mantiene alto. Al mismo tiempo las solicitudes tanto en primera como en segunda opción se incrementan y es posible llenar los 40 cupos que se ofrecen, cosa que no sucedía en la década del 80.⁶ Para el semestre actual (el primero de 1996) se inscribieron 54 aspirantes en primera opción y 304 en

⁵ Restrepo, M. op. cit. pp. 969-971.

⁶ En el segundo semestre de 1983, por ejemplo, se inscribieron sólo 61 y fueron aceptados 22 que alcanzaron el puntaje mínimo en la prueba de admisión.

segunda opción y fueron admitidos 23 por primera opción y 11 por segunda opción. Los 40 cupos disponibles se completan con 6 estudiantes a quienes se les aceptó el reingreso. El número total de alumnos del programa es de 250.

La situación de los demás programas de la ciudad parece un poco diferente. Aunque todos vivieron su auge en la década del 70, la crisis de los 80 parece afectarlos de manera distinta: la UPB disminuye la demanda al mínimo⁷, la USB sobrevive, con baja demanda y la U. Autónoma da cuenta aún de incrementos en la demanda para mediados de la década. Sin embargo, para los últimos años la U. de A. supera en número de estudiantes los demás programas que aún funcionan. Así, frente a los 250 estudiantes de la U. de A. mencionados, la Autónoma tiene 86 matriculados (con admisiones anuales) y la USB solo 62, en los cuatro últimos semestres (hace dos años suspendió admisiones por baja demanda). Lo anterior significa que de los 398 matriculados en Medellín cerca del 63 % pertenecen a la U. de A.

Pero, ¿quiénes son hoy los estudiantes de sociología en Antioquia?

Aunque los aspirantes a sociología en la ciudad se reparten hora entre un programa diurno y uno nocturno que podría indicar que quienes necesitan trabajar se orienten por la U. Autónoma, la realidad es que el estudiante trabajador es la característica central de los tres programas existentes y este es el dato que marca el perfil del estudiante de sociología de Medellín hoy, a diferencia de lo que sucedía en la década del 70 cuando la mayoría de los estudiantes de los programas diurnos (UPB y U. de A.) eran estudiantes de tiempo completo.

Desde el punto de vista del nivel socioeconómico, el estudiante de la U. de A. de donde tenemos información, es básicamente de estrato 3 (medio-bajo), con alguna representación de los estratos 2 y 4 y ninguna de los extremos (1 y 6). Aunque una encuesta realizada en 1983 mostraba un promedio de edad alto (alrededor de 24 años) y una proporción de casados y jefes de hogar también alta (alrededor de 16 %), se cree que estos porcentajes y promedios vienen disminuyendo a medida que el tiempo de permanencia en

⁷ Algunos concedores de la situación consideraron en su momento que dicha reducción de la demanda pudo haberse debido a un manejo amañado de las directivas universitarias presionadas por la jerarquía eclesiástica para cerrar un programa que consideraban problemático.

la Universidad se reduce, con la recuperación de la estabilidad o regularidad en el funcionamiento de la universidad en los últimos años. Para las décadas del 70y el 80, cuando muy pocas veces se realizaban dos semestres anuales, el tiempo de permanencia de los estudiantes en la universidad alcanzaba siete u ocho años para carreras de ocho y diez semestres académicos, lo cual sin duda conducía a las características señaladas.⁸

La condición de estudiante trabajador dice mucho en relación con las posibilidades de la investigación y de la dedicación al trabajo intelectual. En la Universidad de Antioquia, sin embargo, se tiene la percepción de que el rendimiento académico no se relaciona claramente con la condición de trabajo. Aún más, parece que muchos estudiantes que trabajan tiempo completo toman una carga académica entendida también de tiempo completo (más de ocho créditos) y su rendimiento no se diferencia del de otros estudiantes. La discusión se ha planteado con frecuencia en relación con el nivel de exigencia que parece ha permitido unos promedios altos a pesar de una baja asistencia y muy poco tiempo para el estudio. Y el tema no es nuevo. De hecho, la encuesta mencionada mostraba que el 28 % de los estudiantes no consideraba necesario asistir a clase.⁹

En conclusión, para los programas diurnos como para los nocturnos se puede hablar de un estudiantado con poca disponibilidad de tiempo para el trabajo académico, especialmente por su condición de estudiante trabajador. En la U. de A la situación es más grave aún por cuanto la programación diurna conduce al ausentismo. El tema exige replantear los modelos pedagógicos a fin de que la única alternativa no sea la disminución del nivel de exigencia y por ende de la calidad de la formación que se imparte.

⁸ Entre 1975 y 1983 (nueve años) sólo se cursaron once semestres académicos (un poco más del 60 %).

⁹ Ver: Serna, Albalucía y otros, *El perfil del estudiante de sociología de la Universidad de Antioquia*, Medellín, febrero de 1986.

Los egresados y los campos de vinculación laboral

Aunque ninguna de las universidades tiene un dato preciso acerca del número de egresados del programa de sociología, un cálculo aproximado sería:

Universidad Autónoma Latinoamericana: 1000, Universidad de San Buenaventura: 500, Universidad Pontificia Bolivariana: 400, Universidad de Antioquia: 300.

Hablar de más de 2000 sociólogos formados en la ciudad en los últimos treinta años es decir que, por supuesto, muchos de ellos no trabajan actualmente ni lo han hecho nunca en campos específicos correspondientes a su formación como tales. De hecho, muchos permanecen en las actividades que desempeñaban durante su vida como estudiantes o se han vinculado a otras áreas como las actividades administrativas o comerciales. Se habla aún de un buen número de pequeños empresarios. Lo anterior no significa que no exista campo de trabajo para los sociólogos. De hecho, todos los jefes de programa entrevistados para este informe coincidieron en afirmar que la demanda de sociólogos en el medio es creciente y que son muchos los nuevos campos de trabajo, especialmente en entidades del Estado y en múltiples organizaciones no gubernamentales que hoy en día cumplen tareas de desarrollo y promoción social.

Así, mientras se mantienen los campos de vinculación tradicional con el Estado, especialmente en entidades que promueven la organización comunitaria, en programas de bienestar social y en tareas relacionadas con la planeación, los diagnósticos socio-económicos y la administración de personal, los cambios recientes en la legislación y la organización del Estado han generado espacios nuevos en la elaboración de planes de desarrollo municipal, en las Corporaciones de Desarrollo, en las Consejerías especializadas (en género, juventud, derechos humanos, etc.), en las entidades que realizan estudios de impacto ambiental y socio-económico, en programas de participación ciudadana con ONG, entre otros.

Algunos sociólogos con experiencia en estos campos empiezan ya a constituir firmas de consultoría o a asociarse con otros profesionales para formar equipos interdisciplinarios que contratan, especialmente con el Estado, estudios de impacto, planes de desarrollo o proyectos de

participación ciudadana, entre otros. También las universidades, a través de los centros de investigación y los institutos demandan con frecuencia sociólogos para participar en los estudios de consultoría que por razones varias no desarrollan los docentes.

Pero, en casi todos los casos de estos nuevos campos de trabajo, la vinculación depende del tiempo de duración del proyecto específico y en muy contadas ocasiones se trata de vinculaciones de planta, situación que no es exclusiva de la sociología, sino que corresponde a una nueva realidad de la vida profesional en el país, que no es del caso desarrollar aquí. Por lo anterior se aprecia en la ciudad la formación de un buen grupo de profesionales relativamente jóvenes, con reconocimiento en el medio y mucha movilidad, que desempeñan actividades de investigación, asesoría, promoción, etc., y compiten con otros profesionales de las ciencias sociales, especialmente, antropólogos, historiadores y trabajadores sociales, en un mercado laboral relativamente estrecho, pero sobre todo muy competido. En síntesis, afirmamos que existe una buena demanda de sociólogos, pero no suficiente para la cantidad de egresados que ofrecen las universidades; además, en el medio se busca una capacitación en temas muy específicos que quizás no tienen los egresados de programas académicos con orientación muy clásica.

En este campo de la capacitación hay una queja expresada por potenciales empleadores: muy pocos sociólogos han alcanzado una formación adecuada en temas como ecología y medio ambiente, mecanismos de participación ciudadana, nuevas técnicas para la promoción de la participación, negociación de conflictos, entre otros; igualmente carecen de experiencia en trabajo interdisciplinario. En estas carencias coinciden con muchos de los egresados entrevistados dentro de un estudio realizado por el Departamento de Sociología en el año 1991. Los egresados, especialmente los más antiguos, agregaban también como limitación para el desempeño laboral, la poca preparación en informática y en técnicas de procesamiento electrónico de datos.

De otro lado, parece que los empleadores tampoco tienen claridad acerca de lo que pueden esperar del sociólogo. Muchos continúan pensando que su tarea se reduce a elaborar y procesar encuestas. Sin embargo, un punto a favor para un sociólogo bien formado es la posibilidad que aún tiene de abrir nuevos caminos para la disciplina, de introducir y demostrar la posibilidad de utilizar

otras técnicas (cualitativas, colectivas, etc.). Su vinculación dentro de muchas instituciones, a las llamadas actividades con la comunidad, puede significar un amplio campo de acción si se cuenta con una visión de conjunto de las realidades sociales en las cuales se le pide intervenir, si puede ubicar el contexto sociopolítico y cultural en que se desarrolla el programa, si tiene capacidad de análisis, de relación y de comunicación a diferentes niveles. De hecho, cuando hace varios años, el Departamento de Sociología reunió a un grupo de empleadores de sociólogos para discutir acerca de las expectativas en cuanto a su formación, en el contexto de la revisión del plan de estudios, la mayoría coincidió en afirmar que la universidad debe ante todo buscar un profesional con una formación teórica y metodológica sólida que le permita tener una concepción general de la sociedad; la capacidad de actuar en torno a problemáticas muy concretas se puede desarrollar en el mismo medio de trabajo.

Investigación, interdisciplinariedad y publicaciones

Investigación

Un balance del estado actual de la investigación sociológica en la región requiere una mirada tanto desde las universidades que orientan la formación de profesionales de la disciplina como desde otras entidades que realizan investigación en nuestro medio y bajo cuyo techo investigan sin duda muchos de los sociólogos antioqueños. La tarea es dispendiosa y aunque se corre el riesgo de dejar por fuera mucho trabajo que se realiza en la región, se presenta con el ánimo de promover la discusión al respecto.

Es un hecho innegable que cuando se pregunta por la investigación sociológica que se realiza en la ciudad no se puede responder con la mención de un centro o programa de investigación con reconocimiento nacional, con tradición de trabajo científico, con producción sistemática y publicaciones regulares que recoja la experiencia de un equipo de especialistas, como sí se da en el caso de otras disciplinas (ej.: CIE para la economía). En cambio, hay dificultades para identificar unos buenos investigadores que, desde la sociología, presenten algunas dimensiones de la realidad regional

o local.¹⁰ ¿Significa eso que los programas académicos que se dicen todos comprometidos en la formación de investigadores, no están cumpliendo sus objetivos? ¿Significa que no se difunde la investigación que se realiza?

Hagamos el balance primero a partir de las universidades que forman o han formado sociólogos y donde se espera que exista una estructura mínima para el desarrollo de la investigación.

La Universidad Pontificia Bolivariana cuenta con un Centro de Investigaciones para el Desarrollo (CIDI), donde hasta hace pocos años existía una sección de estudios socioeconómicos a través de la cual sociólogos, vinculados a la universidad o al mismo CIDI como investigadores, realizaban estudios de consultoría. Actualmente el CIDI es un centro de asesorías técnicas, sin participación alguna de profesionales de las ciencias sociales. La universidad creó hace apenas algunos meses la Dirección de Investigaciones con funciones de estimular y administrar la investigación que se viene haciendo en las distintas facultades, pero aún no se pueden evaluar los resultados.

Un balance realizado con los sociólogos vinculados a distintas dependencias de la UPB permite identificar el avance en dos proyectos interdisciplinarios desde la Escuela de Formación Humanista (“Impacto Ético del Egresado Bolivariano” y “La Juventud y la Participación Ciudadana”) y, desde la Facultad de Trabajo Social y con la participación de sociólogos vinculados a ella se impulsa un Centro de Investigaciones y Consultoría y se realiza alguna investigación a partir de los trabajos de grado de los estudiantes de la Maestría en Comunidad.

El balance es indiscutiblemente pobre y da cuenta también de la carencia de un “nicho académico” para la sociología aunque se aprecia un espacio más favorable para el trabajo interdisciplinario y una motivación fuerte hacia la investigación, a pesar de las restricciones institucionales.

¹⁰ Cuando a partir de la programación del primer semestre de la Cátedra Pedro Nel Gómez, convocada por la Universidad Nacional con el tema «Medellín: Ciudad Viva», se reclamaba por la poca participación de sociólogos con análisis de actualidad y en cambio se había concedido mucho espacio a los trabajos históricos referidos al siglo XIX, el organizador del evento preguntaba: “¿Y dónde están las investigaciones de los sociólogos, sus publicaciones? Indíqueme los nombres y los invito”. De las 26 exposiciones en los dos semestres sólo dos pueden definirse como trabajos sociológicos.

En la Universidad de San Buenaventura la poca investigación que se realiza actualmente consiste en la participación, juntamente con las Facultades de Educación y Psicología, en un proyecto sobre Conflicto y Convivencia desarrollado a partir de un convenio de consultoría con el Municipio de Medellín. A pesar del interés del decano y de su intención de presentar proyectos a Colciencias, es evidente que ni la universidad ni la Facultad de Sociología cuentan con la infraestructura y con los recursos humanos suficientes para un programa de investigación significativo.

La Universidad Autónoma Latinoamericana tampoco cuenta con un centro de investigaciones; de ahí que la Facultad de Sociología haya acudido a la figura de una Oficina de Asesorías para coordinar las prácticas de los estudiantes y los trabajos de consultoría que desde hace varios años viene realizando la Facultad, con la participación de profesores y egresados, a partir de convenios con distintas entidades, especialmente del sector público. El proyecto en marcha más significativo es el que se realiza para el Programa de Paz y Convivencia de la Secretaría de Bienestar Social del Municipio de Medellín, con fondos de la Red de Solidaridad. En este tipo de experiencias se aprecia el cambio señalado antes en relación con la apertura reciente de la sociología de la Autónoma hacia la antes repudiada “investigación aplicada”.

En cuanto a la Universidad de Antioquia y sin remontarnos con detalles en una larga historia de avatares, digamos que la investigación social ha pasado aquí por varias etapas sin que ninguna de ellas pueda definirse como la situación ideal. El primer centro de investigaciones sociales (CENICS) se crea en 1981, al tiempo que se constituye la Facultad de Ciencias Sociales, como resultado de la división de la Facultad de Ciencias y Humanidades en tres facultades (Ciencias Físicas y Naturales, Ciencias Sociales y Ciencias Humanas).

Este centro, a pesar de que representaba una necesidad sentida de los profesores, resultó ser, gracias a la estructura administrativa de la investigación en la Universidad, solo una instancia intermedia y adicional para la gestión de proyectos que individualmente presentaban los profesores y que debían aprobarse por parte de un Comité Central de Investigaciones el cual controlaba los recursos y decidía la disponibilidad de tiempo de los profesores involucrados en investigación. Después de varios años de dificultades y cuando el Centro empezaba a obtener recursos propios a través de convenios de consultoría externa, la universidad, dentro de la reforma

aprobada a mediados de la década del 80, lo convierte en Instituto de Estudios Regionales o, en otras palabras, desaparece el CENICS como dependencia de la Facultad de Ciencias Sociales y se crea el INER, que dentro de la nueva estructura de los institutos, no está adscrito a facultad alguna y cuenta con un mayor nivel de autonomía para el manejo de los recursos.

Por varios años la Facultad de Ciencias Sociales y por ende el Departamento de Sociología regresaron al sistema anterior de gestionar proyectos directamente con el Comité Central de Investigaciones, sin la instancia del Centro o, en el mejor de los casos (por las ventajas que la administración de la investigación por un instituto representa), a vincularse a los proyectos del INER. A través del INER y con la participación de sociólogos se han desarrollado investigaciones de amplia cobertura como el estudio sobre “Determinantes Sociales y Culturales de la Planeación en el Oriente Antioqueño”, se ha hecho investigación básica sobre movimientos sociales regionales, se han realizado consultorías varias especialmente en estudios de impacto ambiental, planes de desarrollo municipal, estudios socioeconómicos y de estratificación social para varios municipios, proyectos para reasentamiento de comunidades, entre otros. Sin embargo, a nivel de autonomía del instituto, el hecho evidente, o percibido como tal por muchos profesores, de una convocatoria selectiva a algunos docentes de la Facultad, planteó siempre la necesidad de “recuperar” un centro de investigaciones propio y esto fue posible a partir de una nueva reestructuración administrativa de la universidad.

Con la unión de las facultades de Ciencias Sociales y Ciencias Humanas en una sola, se creó el Centro de Investigaciones Sociales y Humanas que viene operando desde 1991 y que constituye el espacio natural para la investigación de los sociólogos de la universidad. A pesar de que poco a poco los mecanismos para realizar la investigación se flexibilizan, que es posible lograr tiempo para la elaboración de proyectos, que se tratan de difundir las posibilidades internas y externas de obtener recursos, hay que decir que la vinculación de los sociólogos a la investigación es muy escasa. El Centro da cuenta, durante sus cinco años de existencia, de solo cinco proyectos con participación de profesores del Departamento de Sociología de la universidad en temas tales como: diagnóstico de organizaciones de mujeres en Antioquia, cultura somática y perfil social (un proyecto interdisciplinario con el Instituto de Deportes y el área de la salud), tipología de usuarios del centro de la ciudad de Medellín, la música caribe y la literatura infantil.

Fuera de estos dos Centros —el INER y el de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas— funciona también el Instituto de Estudios Políticos, otra dependencia de la Universidad donde se realiza investigación, en muchas ocasiones con participación de sociólogos y que cuenta con sociólogos investigadores en su planta de personal. Entre los estudios realizados recientemente, con la participación de sociólogos se pueden mencionar: “Historia de los partidos políticos en Antioquia”, “Evaluación de las alcaldías populares”, “Proyecto sobre representación política” (en proceso) y un proyecto de asesoría y extensión sobre “Formación ciudadana”. Aunque no siempre estos proyectos interdisciplinarios se identifican como investigación sociológica, es evidente que el análisis político es un espacio propio del sociólogo y por lo tanto merece registrarse la producción de este instituto como parte de la experiencia de los sociólogos de Medellín.

A los tres centros de investigación mencionados y activos en la U. de A. hay que agregar y destacar el Centro de Estudios de Opinión (CEO) que funciona como dependencia del Departamento de Sociología y con una existencia anterior al Centro de Investigaciones de la Facultad. El CEO se inició como fruto del esfuerzo de un grupo de profesores de sociología interesados en la investigación empírica, que no encontraban en la estructura de investigación existente entonces, un espacio propicio para la realización de estudios que demandaban un manejo ágil de los recursos para lograr entregar resultados en plazos muy cortos como lo exigen los estudios de opinión. Con el Centro se respondía además a una demanda del medio que no estaba atendiendo ninguna otra dependencia de la universidad y aun podría decirse de la ciudad, en relación con los sondeos de opinión.

Durante sus cinco años de existencia el CEO ha realizado aproximadamente 12 estudios en las cuatro áreas de trabajo que cubre a saber: perfiles y tendencias electorales, estudios de imagen, movimientos de opinión, diagnósticos socioeconómicos. Mencionemos algunos de los títulos más representativos: “El Medellín que yo quiero”, “Perfil de una programación de televisión regional orientada a la juventud de Medellín”, “Imágenes de identidad, integración y conflicto entre la comunidad estudiantil de la Universidad de Antioquia”, “La institución policial vista a través de los pobladores”, “Características socioeconómicas y espaciales de vivienda de la población pensionada adscrita al Instituto de los Seguros Sociales”, “Primer censo departamental de hogares comunitarios y asociaciones de padres de familia vinculados al Instituto de Bienestar Familiar”.

En síntesis, se puede afirmar que el CEO es un Centro para la realización de estudios a partir de encuesta, con un buen reconocimiento en el medio y con una capacidad creciente de abordar sondeos que demandan el manejo de grandes volúmenes de datos. Además, desde el comienzo el CEO ha vinculado estudiantes de sociología a tareas de recolección y procesamiento de datos y ha ido formando un grupo de egresados con un buen entrenamiento en manejo de paquetes estadísticos y otras técnicas relacionadas con los estudios de encuesta.

A pesar de todos los entes mencionados, aun reconociendo que son muchos los estudios especialmente de consultoría en los que han participado sociólogos en la Universidad de Antioquia, el balance en términos de investigación sociológica es muy pobre. ¿Cuáles son las líneas temáticas y teóricas que se desarrollan? ¿Qué continuidad tiene la investigación?¹¹ ¿Existen programas de investigación a través de los cuales los sociólogos van contribuyendo al conocimiento de la realidad social y enriqueciendo la producción intelectual? Desafortunadamente a todas las preguntas hay que responder negativamente.

De hecho, solo una minoría de profesores del Departamento de Sociología de la Universidad de Antioquia están o han estado vinculados en forma más o menos permanente a la investigación, bien sea a través del Centro de Investigaciones de la Facultad o de otros centros o institutos de la universidad. El equipo con mayor continuidad es el organizado en tomo al Centro de Estudios de Opinión, pero la actividad que se realiza — estudios de consultoría contratados para entidades externas—, no pretende alcanzar los objetivos de la investigación básica. Unos pocos profesores que han encontrado su “nicho” para la investigación en los institutos (INER o Instituto de Estudios Políticos) prácticamente han cortado sus vínculos con el Departamento de Sociología. Los demás profesores, solo ocasionalmente y en número reducido, elaboran propuestas propias y gestionan el respaldo

¹¹ Como dato curioso, en el año 1990, en el documento de M. Restrepo ya citado, se indicaba que los proyectos de investigación que se desarrollaban en el Departamento de Sociología estaban en la línea de la socio-historia: historia de las mentalidades, estudios de vida cotidiana y memoria visual, principalmente. Hoy en día los proyectos de los profesores de sociología, a excepción de uno que continúa, son bien diferentes.

de la universidad para su desarrollo. Pero en estos casos, son proyectos casi individuales, de reducido alcance y poca repercusión en el medio académico.

Como explicación de esta situación es posible aducir, como lo hacen regularmente muchos profesores de la universidad, la falta de tiempo suficiente para elaborar proyectos de calidad que puedan ser sometidos a evaluación tanto interna como externa. Aunque esta situación puede ser superada mediante arreglos internos, la verdad es que proyectos de envergadura requieren la conformación de equipos interdisciplinarios cuya gestión es difícil por parte de investigadores que actúan muy aisladamente. Parece además que los centros de investigación deben invertir mucho esfuerzo en la administración y gestión de proyectos grandes de consultoría y difícilmente logran la disponibilidad para impulsar otros proyectos de investigación básica que demandan tiempo para conseguir su evaluación y aprobación, para la obtención y gestión de los recursos, para la conformación de los equipos, incluyendo auxiliares y personal de apoyo, en fin, son muchas las dificultades de esta índole, comunes a los docentes de otras universidades públicas del país y que afectan aún más a los profesores de universidades privadas donde la responsabilidad en docencia es casi siempre mayor y más reducido el grupo de profesores de planta.

Pero mirando desde otro ángulo, hay que aceptar que falta convicción frente al papel de la investigación o la motivación, cuando existe, no está acompañada de una formación o capacitación adecuada. La investigación de envergadura, a largo plazo, aparece como una responsabilidad muy demandante; la administración de fondos ocupa mucho tiempo de los investigadores, genera conflictos y en ocasiones hasta sanciones por el desconocimiento de los trámites o la dificultad para realizarlos oportunamente. La investigación exige además la confrontación y la evaluación permanente, el intercambio con investigadores de otras ciudades o países, el acceso a información actualizada sobre el tema, etc. y, en realidad, muy pocos sociólogos de alguna trayectoria en la universidad han asumido estos retos, se han comprometido con la formación de las nuevas generaciones de investigadores, están aprovechando el acceso a redes de datos y a otras fuentes disponibles de información a partir de la tecnología moderna.

Los puntos señalados antes son los problemas más sentidos por los docentes de sociología de la Universidad de Antioquia, pero sin duda hay dificultades adicionales tanto desde la institución como desde los individuos que son comunes a la investigación en ciencias sociales en todo el país y que ya señalaba Fernando Cubides en un artículo publicado en 1991.¹²

Y en cuanto a la investigación que se realiza por consultoría, aunque no tiene las dificultades que se señalaban para la investigación por iniciativa de los profesores, hay que decir que sus resultados no se publican y difícilmente se conocen; la evaluación que sin duda realiza la entidad contratante no se discute y su aprobación, dado que con frecuencia los interventores no son sociólogos ni investigadores de experiencia, no garantiza la calidad del trabajo.

Por último, como no solo desde las universidades se puede desarrollar investigación sociológica hay que agregar que en la ciudad existen varias instituciones del tipo ONG que realizan estudios con participación de sociólogos y que dan cuenta de una producción importante en algunos temas especialmente relacionados con la situación de violencia que ha vivido la ciudad, con las condiciones de grupos sociales minoritarios o marginados, con las actividades de organizaciones de la sociedad civil, con procesos de movilización ciudadana, etc. Mencionemos entre ellos: Corporación Región, Instituto Popular de Capacitación (IPC), Escuela Nacional Sindical, Vamos Mujer, Conciudadanía, entidades en las cuales también los programas de sociología han encontrado un espacio para la realización de prácticas y pasantías de investigación de los estudiantes.

Publicaciones

En relación con las publicaciones de los programas de sociología de la ciudad se destaca que solo la Facultad de Sociología de la Universidad Autónoma Latinoamericana cuenta con una revista anual que mantiene su regularidad y que en 1995 llegó al número 18. Aunque la revista es reconocida en el medio

¹² Ver Cubides, Fernando, "Perspectiva y Prospectiva de la Sociología en Colombia 1991", en Ciencias Sociales en Colombia, Colciencias, Bogotá, 1991, pp. 347-367.

por su calidad y ha sido dirigida durante toda su historia por un destacado profesor fundador de la Facultad y de la Universidad, difícilmente se puede entender como órgano de la Facultad de Sociología, por cuanto la mayoría de sus colaboradores, por no decir todos, son profesores de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, Sede-Medellín, algunos de ellos sociólogos egresados de la U. Autónoma, pero la mayoría historiadores y filósofos. La Facultad de Sociología de la UPB publicó también con cierta periodicidad una revista de sociología. El último número, el 19, fue publicado en 1988, después del cierre del programa, gracias al esfuerzo e interés de algunos profesores de la universidad que buscaban mantener viva la presencia de la sociología en la UPB. Actualmente, la *Revista de Formación Humanista* se reconoce como espacio donde tienen cabida las contribuciones de los sociólogos vinculados a esa universidad.

En la Universidad de Antioquia los logros en términos de publicaciones son también precarios pese a la mayor disponibilidad de recursos humanos. El Departamento de Sociología publicó, en la década del 80 varios números de los llamados *Cuadernos de Sociología*, los cuales, con una pobre calidad editorial y una circulación reducida, recogían trabajos de profesores del Departamento. En años recientes se han hecho varios intentos por lograr una publicación de calidad, pero casi siempre se han diluido en la discusión entre la posibilidad de una revista de ciencias sociales que responda a los intereses de los distintos programas de la Facultad o una revista de sociología. Con ocasión de los 25 años de creación del programa fue posible financiar el primer número de una revista del departamento (*5 Lustrós*), pero el segundo número aún no aparece. Mientras tanto tampoco se concreta el proyecto de revista de la Facultad. Quienes han tratado de impulsar publicaciones en la Facultad o en el Departamento de Sociología se han encontrado con que uno de los principales obstáculos ha sido la falta de contribuciones de los profesores de la Facultad. Parece ser que en nuestro medio existe un gran temor a someter la producción intelectual a la discusión y crítica. Y esto es extensivo a la investigación. No hay una cultura de la evaluación, de la confrontación, de la crítica constructiva, entonces no se publica, o si se publica no se comenta, no se discute.

De parte de los estudiantes se han dado esfuerzos meritorios. Hace varios años se publicaron dos números de la revista *Quipus*, liderada por un grupo de estudiantes de sociología; al mismo tiempo otro grupo impulsó y logró

sacar adelante la revista *Crítica* que alcanzó también dos números. Pero los estudiantes que impulsaron esas iniciativas terminaron su carrera y no han encontrado continuadores.

En síntesis, los sociólogos de Medellín, aunque trabajan mucho en consultorías y algunos tipos de investigación para la intervención sociológica, publican muy poco, por lo menos desde los centros académicos donde se forman los sociólogos. Otro indicador de esta afirmación es el bajo nivel de participación de los sociólogos de Antioquia como ponentes en los congresos de sociología realizados en el país en los últimos quince años. El único congreso que contó con una participación amplia de ponentes de Medellín fue el quinto, el cual tuvo como sede precisamente la Universidad de Antioquia. El cuarto congreso, realizado en Cali en 1982, pretendió hacer un balance de la investigación sociológica en el país; allí solo se presentó una ponencia de Antioquia y en ese caso, como lo aclaran los autores, no presentaron resultados de una investigación sino un ensayo sociológico. Tampoco los coloquios de sociología que realiza periódicamente la Universidad del Valle han registrado una presencia más que esporádica y accidental de sociólogos antioqueños, de acuerdo con las publicaciones correspondientes.

Los posgrados

Una mirada a los posgrados ofrecidos para sociólogos en la ciudad o desarrollados desde los programas de sociología existentes, nos muestra que hay interés, demanda y una oferta creciente de cursos de actualización, de especializaciones y aun de maestrías. Un estudio serio de su calidad demandaría un proyecto específico de evaluación, pero aquí se pueden mencionar algunas de sus posibilidades y de sus carencias desde la apreciación de sus responsables y desde las opiniones que circulan en el medio.

En primer lugar, hay que decir que a nivel de doctorado no hay ofertas y aún son muy pocos los sociólogos antioqueños que han logrado este nivel de formación en el exterior; además, los pocos doctores lo son en especialidades distintas a la sociología. Tampoco se aprecia una aspiración real a la capacitación de alto nivel en el exterior por parte de docentes regulares de las

universidades (por lo menos parece ser el caso en la U. de A), quizás por los límites de edad exigidos, por las dificultades que significa el requerimiento del dominio de una lengua extranjera para aspirar al patrocinio de Colciencias o de las universidades o por consideraciones económicas. Parece que más que aumentar disminuyera el número de profesores sociólogos en comisión de estudios en el exterior tanto para doctorado como para maestría.

En este punto puede señalarse una de las debilidades de la formación futura de sociólogos. La tendencia en este campo parece ser hacia un aislamiento cada vez mayor de los desarrollos de la disciplina en el resto del país y del mundo. Los profesores con posgrado en sociología lo han obtenido hace mucho tiempo o son egresados de programas diferentes (historia y ciencia política, principalmente) o en especializaciones mucho más aplicadas como Planeación Urbana, Gerencia Social, Administración de Personal, entre otras. El núcleo de la formación sociológica (teoría y métodos) difícilmente es objeto de estudios de postgrado en la ciudad.

Veamos, por universidades, las ofertas actuales de postgrados para los sociólogos de la ciudad:

La Universidad de Antioquia ofrece una maestría en Ciencias Sociales. Una primera cohorte, cuyos estudiantes ya están terminando su trabajo de grado, fue sobre el tema “Cultura y Vida Urbana”. Actualmente la misma maestría avanza en su segunda cohorte sobre “Estudios Regionales” con la participación del Instituto de Estudios Regionales. Aún no se ha decidido si se convoca una tercera cohorte, ni se ha hecho una evaluación de su desarrollo. Sin embargo, una de las limitaciones señaladas tanto por estudiantes como por profesores radica en el hecho de que, a pesar de tratarse de maestrías orientadas hacia la investigación, la Facultad no ofrece líneas claras de trabajo con proyectos en marcha, financiación adecuada y un avance que sea garantía de desarrollo de los temas elegidos por los estudiantes. Esta maestría tuvo una buena acogida por parte de sociólogos de la ciudad, pero estaba abierta también a profesionales de otras disciplinas de las ciencias sociales. Varios sociólogos han hecho parte también de su cuerpo docente.

Igualmente, dentro de la Facultad de Ciencias Sociales, pero dependiendo del Departamento de Trabajo Social, se ofrece una maestría en Prevención y Manejo de Emergencias y aunque no participan de ella muchos sociólogos,

sí está abierta a ellos. El mismo Departamento de Trabajo Social ofrece una especialización en Gerencia Social con sede en Apartadó.

En otras dependencias de la U. de A. se ofrecen también postgrados abiertos a sociólogos como el de maestría en Ciencias Políticas ofrecido por el Instituto de Estudios Políticos, la maestría en Salud Pública ofrecida por la Escuela Nacional de Salud Pública y la OPS; y de nivel latinoamericano, la maestría en Sociología de la Educación, ofrecida por la Facultad de Educación, la especialización en Gerencia Social del Departamento de Administración de Empresas de la Facultad de Economía, como las principales. En todas ellas participan sociólogos tanto en la nómina docente como entre los estudiantes.

Hasta ahora el Departamento de Sociología no ha considerado ofrecer programas de posgrado propios y más bien ha participado en la creación de la maestría en Ciencias Sociales de la Facultad. Existe cierto consenso entre los profesores en torno a algunos puntos: la necesidad de promover programas interdisciplinarios, la dificultad de garantizar un posgrado propio con excelencia académica y la importancia de impulsar primero la investigación. El Departamento asume en oportunidades el desarrollo de cursos de actualización para egresados.

En cuanto a la Universidad Pontificia Bolivariana hay que decir que una de las formas en que la sociología mantiene alguna presencia es a través de sus posgrados en comunidad, los cuales cuentan con una fundamentación teórica desde la sociología. Igualmente, la investigación que en ellos se realiza, así como el enfoque general, corre por cuenta de sociólogos. Estos posgrados, a saber: una maestría en Participación y Desarrollo Comunitario y una especialización en Planeación de la Participación Comunitaria, están abiertos a sociólogos, aunque la mayoría de sus estudiantes son trabajadores sociales, enfermeros y nutricionistas.

La UPB ofrece también, desde la Escuela de Formación Avanzada, una maestría en Gerencia del Desarrollo, con énfasis en Educación y aunque es casi exclusivamente para docentes de la misma Universidad, de él participan varios sociólogos, como docentes y como estudiantes.

Recientemente la UPB ha considerado también la posibilidad de revivir de alguna manera la enseñanza formal de la sociología y una de las alternativas

que se han analizado ha sido la posibilidad de ofrecer cursos de especialización o programas de posgrado.

La Universidad Autónoma Latinoamericana desde su Facultad de Sociología ofrece una especialización en Análisis Político del Estado con énfasis en Gestión Social y Democracia; se ofrece a “profesionales de las áreas Sociales, Humanas, Históricas y Jurídicas” de acuerdo con el plegable informativo y tiene una duración de 256 horas en un año. Según el Decano de la Facultad, ha tenido excelente acogida entre sociólogos.

En la Universidad de San Buenaventura se desarrolla actualmente una especialización de las Facultades de Educación y Psicología, sobre Pedagogía para la Paz y la Convivencia, la cual está abierta a sociólogos.

Fuera de los programas de las universidades que tienen o han tenido sociología se ofrecen en la ciudad otros posgrados que convocan a los sociólogos. En primer lugar, está el posgrado en Planeación Urbana de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Medellín, con más de 20 años de trayectoria y de orientación interdisciplinaria. Este programa ha sido acogido por muchos sociólogos de todas las universidades de la ciudad y hoy, cuando ha replanteado su enfoque a Planeación Territorial parece aún más atractivo. Igualmente, EAFIT ofrece postgrados en Gerencia Social con buena acogida por parte de sociólogos.

Un tema que se ha tratado de explorar con sociólogos, docentes y directivos de varias universidades de la ciudad ha sido el relacionado con la posibilidad de promover estudios de posgrado conjuntos, uniendo los esfuerzos de distintas instituciones. A pesar de que todos expresaron interés, la mayoría encontró poco viable la iniciativa por razones más bien operativas, por celos entre instituciones, por desconfianza respecto a la posibilidad de continuidad, entre otras. Sin embargo, se reconoció que un punto a favor en la ciudad es la reciente constitución de una Corporación Interuniversitaria que reúne a las Universidades de Antioquia, UPB, EAFIT, entre otras, para contratar conjuntamente la prestación de múltiples servicios a la EMTVA, Empresa de Transporte Masivo del Valle de Aburrá. Otra experiencia positiva la constituye la vinculación de los programas de Historia de las Universidades de Antioquia y Nacional —Medellín—, para desarrollar conjuntamente tanto los pregrados de ambas instituciones como el posgrado de la Universidad Nacional.

Un punto sí es claro, independientemente de los logros en términos de posgrados de algunas instituciones, las posibilidades de desarrollar posgrados de excelencia en sociología, en la ciudad, son bastante limitadas, mucho más si se cuenta solo con los recursos de una universidad. Es muy probable que se atienda una demanda inmediata de capacitación en campos de aplicación de la sociología, pero los postgrados existentes y los recursos disponibles no garantizan el avance de la disciplina, el desarrollo de la investigación y el mejoramiento de la calidad de la formación que se imparte a las nuevas generaciones. No solo los recursos de las instituciones son limitados para el desarrollo de la investigación, para garantizar profesores invitados con más dedicación que una conferencia o un seminario corto, etc., sino que muy pocos aspirantes están dispuestos a dedicarse de tiempo completo —o al menos de medio tiempo— al trabajo académico; entonces terminan siendo posgrados para las horas extras.

A manera de conclusión: dónde estamos y hacia dónde vamos

Hagamos una breve recapitulación:

En relación con los Planes de Estudio y a pesar de las diferencias entre los tres programas existentes, hay bastante coincidencia en torno a dos puntos: la formación de sociólogos reclama una orientación multiparadigmática y con un fuerte contenido en investigación que lleve a la utilización de diferentes tipos de diseños, tanto cualitativos como cuantitativos. Las diferencias se aprecian en cuanto a los recursos tanto humanos como materiales y a las posibilidades de actualizar las estrategias pedagógicas. Parece claro que aún un programa como el de la Universidad de Antioquia, con buenos recursos humanos, tanto en cuanto a número como en cuanto a calificación de sus docentes, puede tener serias dificultades para integrar teoría e investigación, para comprometerse seriamente con un proceso de formación integral de los estudiantes en el campo de la investigación básica, para innovar en sistemas pedagógicos, etc.

Los estudiantes de los diferentes programas, con excepciones, por supuesto, asumen el trabajo académico como marginal a sus demás actividades y con la expectativa de un título profesional, más que con el ánimo de adquirir una formación como intelectuales.

Los egresados sin embargo han encontrado en el medio, especialmente en los últimos años, una amplia gama de posibilidades y de campos de trabajo, con énfasis en la interventoría sociológica, la asesoría y la investigación aplicada. A pesar de gestión de proyectos de investigación significativos, impulsados por los centros de investigación o por los programas académicos, que incluyan además la capacitación de los investigadores en nuevas tecnologías o que brinden la oportunidad de compartir con expertos en temas de interés común y en torno a un proyecto concreto, puede ser una forma de romper el aislamiento y el bajo nivel de producción intelectual.

Es necesario también construir colectivamente una cultura de la evaluación. Para salir del aislamiento y del provincialismo que caracteriza el trabajo de los sociólogos en Antioquia, tenemos que estar dispuestos a escuchar la crítica y discutir con argumentos académicos, a confrontar nuestro trabajo con pares nacionales o aún internacionales. De otra manera nunca sabremos qué tan lejos estamos de los estándares alcanzados en la disciplina, ni lograremos siquiera identificar nuestras falencias y nuestras fortalezas.

Igualmente es necesario revisar los modelos pedagógicos que estamos utilizando para formar las nuevas generaciones. La vinculación de estudiantes a equipos de investigación debe ser una práctica común, pero también es necesario pensar que varias materias que hoy se trabajan en forma separada pueden desarrollarse en torno a proyectos de investigación y por parte de equipos de profesores. De otra manera seguiremos esperando que sea el estudiante quien realice las relaciones y logre las síntesis que los profesores no intentamos.

Medellín, abril de 1996.

❧ *Una mirada al hábitat desde la sociología*¹

Albalucía Serna Ángel †

Entiendo que el objetivo de este seminario es el de indagar sobre los principales debates en torno al hábitat, desde diferentes disciplinas de las ciencias sociales. Se me ha dicho también que existe un interés por conocer acerca de las experiencias investigativas, los enfoques y las escuelas con las que se ha estudiado el tema por parte de la sociología. Pero como estoy segura de que ustedes saben mucho más de hábitat que yo, y que la ciudad es el hábitat del hombre moderno, centraré mi exposición en el tema



Foto de Juan Fernando Mesa Villa.

¹ Esta ponencia está fechada en octubre de 2006; sin embargo, no se especifica en qué evento se presentó. Las referencias bibliográficas han sido recopiladas parcialmente a posteriori, pues no aparecen en el documento original disponible.

“ciudad y sociología” y, más específicamente, sobre el concepto de ‘ciudad’, construido desde la sociología.

Pretendo hacer un recorrido rápido por los debates más destacados en la teoría sociológica sobre la ciudad, en los últimos 40 años, tanto en nuestro medio como en el concierto internacional. Aunque no tengo la pretensión de afirmar que mi experiencia profesional (como docente e investigadora) me haya permitido abordar todos los enfoques posibles (al fin de cuentas siempre hacemos elecciones), algunas referencias a mi trabajo de investigación, en este mismo, período pueden ilustrar, por lo menos, mi elección personal en cada momento, la cual estoy dispuesta a debatir con ustedes. Se darán cuenta de que hay cambios, por lo menos en el foco del interés y en la mirada. Lo que si no podré decirles es cuál de los diferentes enfoques o énfasis puede ser el más apropiado para su trabajo hoy.

Organizaré la exposición en torno a cuatro épocas o enfoques dominantes de la teoría sociológica sobre la ciudad en nuestro medio.

Década del 60: de la Escuela de Chicago a la teoría de la dependencia. La ecología urbana

Aunque las referencias explícitas a los grandes teóricos y escuelas de la sociología no eran muchas, en la práctica los enfoques para mirar la ciudad eran, o bien, el por entonces ya discutido ecologismo de la Escuela de Chicago, o las visiones entre politizadas y paternalistas de la teoría de la dependencia y del desarrollo de la comunidad.

¿Qué planteaba la Escuela de Chicago? Durante la década del 20 del siglo XX, Robert Park y Ernest Burgess, dos sociólogos adscritos al Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, desarrollaron un programa de investigación urbana (Estudios de Ecología Urbana) con numerosos proyectos de investigación a cargo de ellos mismos, otros profesores y algunos estudiantes de la escuela de graduados. A partir de dichos estudios plantearon la teoría de que las ciudades eran ecosistemas similares a los encontrados en la naturaleza, gobernados por muchas de las mismas fuerzas evolutivas que fueron formuladas por Darwin. Afirmaban que la lucha por los recursos

urbanos escasos, especialmente la tierra, llevaban a la competencia entre grupos y, finalmente, a la división del espacio urbano en nichos ecológicos o áreas naturales en los cuales los individuos compartían características sociales similares. La competencia por la tierra y los recursos conducía, entonces, a la diferenciación entre zonas del espacio urbano donde las áreas más deseadas generarían rentas más altas. En consecuencia, los individuos y los negocios que se hacían más prósperos o exitosos económicamente y se movían hacia fuera del centro de la ciudad en un proceso llamado sucesión, un término también prestado de la ecología.

Este modelo de crecimiento urbano presentado como la “teoría de las zonas concéntricas” fue publicado, por primera vez, en el libro *The City* (1925), y predecía que las ciudades tomarían la forma de anillos concéntricos con áreas de deterioro físico y social al centro, y las áreas más prósperas hacia el exterior o bordes de la ciudad. La pauta más explícita, seguida por Chicago y aplicable, según los investigadores a otras ciudades, sería la siguiente: a medida que la ciudad crece, los nuevos desarrollos comerciales e industriales se ubicarían en la periferia del centro de negocios, conformando un segundo anillo. Los trabajadores o clases medias asalariadas tenderían a ubicar su residencia cerca de sus lugares de trabajo y conformarían un tercer anillo de rentas bajas, pero menos deteriorado que el centro original, donde permanecerían o a donde se trasladarían los pobladores de menores ingresos. La población de ingresos más altos, buscando escapar del ruido y el deterioro que generaría la actividad comercial y manufacturera, buscaría siempre retirarse a la periferia y formaría un área o anillo residencial restringido solo para vivienda, bien sea individual o colectiva (edificios de apartamentos). Y aún más allá de los límites de la ciudad, en los suburbios, se formarían las ciudades satélites o zonas residenciales suburbanas. Los residentes originales del centro, de acuerdo con su capacidad económica, se moverían siempre hacia la periferia y el centro sería ocupado por residentes de menores ingresos que no podrían acceder a los nuevos sitios residenciales. Con el cambio de residentes estas áreas centrales continuarían su deterioro, lo cual conduciría a la delincuencia y a la desorganización social.

Esta teoría de las zonas concéntricas fue uno de los primeros modelos usados para explicar la organización espacial de las zonas urbanas o por lo menos eso pretendían Park y Burgess, con sus estudiantes. Lo cierto es que allí, más que una teoría, había un esquema para describir el proceso que había seguido la

ciudad de Chicago y que permitía, además, analizar la relación de cada zona con tasas de delincuencia, desempleo u otros problemas sociales, en los diferentes distritos de esa ciudad. Dicha descripción que se convirtió, luego, en explicación (recordemos nuestros estudios de problemas sociales por comunas).

El programa de investigación también involucró el uso intensivo de mapas para mostrar la distribución espacial de los problemas y permitir comparaciones entre áreas. Por interés especialmente de Burgess, los estudiantes que trabajaron con él recopilaron grandes cantidades de información sobre diferentes temas, de diferentes entidades públicas y privadas, hicieron uso intensivo de censos y vertieron toda esa información sobre mapas. Este uso y representación gráfica de información sobre diferentes temas sociales era inédita hasta entonces en las ciencias sociales, pero a partir de ellos, fue común. Por lo menos para Chicago dejaron el *Social Science Research Base Map of Chicago*, un mapa que combinaba toda la información disponible sobre características físicas, límites políticos, zonificación residencial y comercial, y áreas vacantes. Este primer mapa fue la base para muchos otros mapas temáticos, de acuerdo con los intereses de los equipos investigadores.

En el período de la posguerra (década del 30) estos modelos fueron cuestionados por simplistas o simplificadores de la realidad, y la idea de un proceso “natural” u “orgánico” en la ciudad fue criticado, pues se consideraba que su linealidad no correspondía a realidades variables y conflictivas, y porque parecía que negaba las dimensiones sociales y culturales de la vida urbana y el impacto económico y político de la industrialización sobre la geografía urbana. Además, se consideraba que estos estudios sincrónicos desconocían en gran medida los asuntos relacionados con las variables de clase, raza y género.

Pero mucho más importantes eran sus deficiencias como teoría social: ¿cómo explicar, mediante variables o dimensiones geofísicas, una realidad social? Los conceptos utilizados (competencia, concentración, centralización, segregación, invasión y sucesión) podrían utilizarse tanto para caracterizar el mundo urbano como el rural, los comportamientos humanos o no humanos. Además, la teoría ecológica de la ciudad omitía los conceptos más tradicionales y característicos de la teoría sociológica, como los grupos, las instituciones, la estructura social, etc.

Sin embargo, este modelo de los círculos concéntricos ha llegado a ser una de las formulaciones más conocidas de la sociología urbana y se aplica todavía, de manera creativa, en el estudio de procesos urbanos. También hay que decir que uno de los legados más importantes de estos estudios de ecología urbana fue la introducción de la “mapificación” a las herramientas metodológicas de la sociología y otras disciplinas.

La vertiente culturalista

De la misma escuela, pero con un aporte que puede considerarse complementario, es la obra de Louis Wirth, quien a partir de un pensamiento desarrollado en la tradición ecológica trata de encontrar un balance entre factores ecológicos y los individuales y culturales. En cierta medida busca introducir variables socioculturales para explicar los procesos “naturales” que siguen las ciudades.

Su texto clásico más conocido *Urbanismo como forma de vida* (1938) parte de una mirada comparativa entre la formas de organización e interacción propias de la vida rural con aquellas que podrían considerarse características de la ciudad. Con la influencia de George Simmel (sociólogo alemán: *The Sociology of Sociability*), quien a su vez había leído intensamente a Kant y para quien la tarea de las ciencias sociales era el estudio de las diferentes formas de la interacción social, que distinguía forma y contenido, Wirth se dedicó a analizar los cambios en dichas formas de interacción entre habitantes de la ciudad y del campo a partir de la premisa de que la urbanización se refiere a la acumulación de formas de vida típicas de la ciudad. Para Wirth, el problema central del sociólogo de la ciudad era descubrir las formas de acción social y de organización que emergen en asentamientos permanentes, compactos, de un gran número de individuos heterogéneos.

A partir de una definición de ciudad que destaca tres elementos: alta densidad de población, heterogeneidad social y anonimato, Wirth señala, siempre en contraposición a la vida rural, que la multiplicación del número de personas en interacción hace imposible el contacto entre “personalidades”. En consecuencia, la personalidad del ciudadano es altamente “esquizoide”, sus roles están segmentados, sus relaciones son más secundarias que primarias (racional, con arreglo a fines, dirían Weber y Parsons), los contactos son impersonales, superficiales, transitorios y segmentados, lo cual conduce a

la reserva, la indiferencia y a la inmunización del ciudadano frente a las necesidades de los otros. La superficialidad, el anonimato y el carácter transitorio de las relaciones sociales urbanas hace inteligible la sofisticación y racionalidad de los habitantes de la ciudad. Al mismo tiempo, el estar libre del control emocional y de personal de grupos de allegados íntimos conduce a una cierta anomia (ausencia de normas) en los términos de Durkheim. Por la segmentación de los roles se requieren códigos para el ejercicio de las profesiones y para las relaciones pecuniarias. Se privilegia la eficiencia, la utilidad y la organización empresarial. Al mismo tiempo se incrementa la interdependencia y la especialización, lo cual separa a los individuos y conduce a las comunicaciones indirectas mediante la delegación de funciones. Mientras más crece la densidad y más compleja es la organización, mayor es la demanda de impersonalidad.

En consecuencia, siguiendo a Park y Burgess, los grupos y los intereses se separan. La densidad, los valores de la tierra, las rentas, la accesibilidad, el prestigio, las consideraciones estéticas, la valoración de espacios libres de inconvenientes (como ruido, humo, polvo, etc.) determinan el mayor aprecio por algunas áreas de la ciudad como lugares de asentamiento más cómodo y seguro para algunos segmentos de la población. En Wirth está el intento de buscar variables sociales para explicar las tendencias identificadas por otros miembros de la Escuela de Chicago.

Uno podría decir también que Wirth introduce en la sociología el uso de las “categorías polares” para el estudio de la sociedad. Para él, ciudad y campo pueden ser considerados como dos polos en torno a los cuales los asentamientos humanos tienden a organizarse. En este sentido, cualquier realidad concreta se ubicaría en un punto intermedio de ese continuo. Sin embargo, planteamientos similares podrían haberse deducido de sociólogos anteriores o contemporáneos a Wirth, como Ferdinand Toennies (*Gemeinschaft* y *Sesellschaft*), Emilio Durkheim (solidaridad orgánica y solidaridad mecánica), Max Weber (acción racional y afectiva) o del antropólogo Robert Redfield (*folk* vs. *urban*).

Estas dos vertientes de la escuela de Chicago fueron cuestionadas desde sus inicios por ser “ecologista”, en el sentido de estar referida a la organización físico-espacial, y por ser “culturalista”. Lo cierto es que esos enfoques dominaron la escena de la sociología urbana norteamericana hasta bien entrada la década de los 60 y en buena medida la nuestra. De esas tres

o cuatro décadas quedaron, especialmente para Norteamérica, múltiples estudios, algunos de ellos bastante reconocidos.

Además, Wirth, al considerar como elemento central, en la definición de lo urbano, una forma de vida (una cultura), un estilo, permite que se pueda hablar de vida urbana por fuera de los límites de la concentración física de población y de las altas densidades. Este aporte es básico para involucrar en el concepto de lo urbano la vida de suburbio (especialmente en USA, desde la década del 50) y con mayor razón hoy, cuando gracias a la tecnología es posible que aún el trabajo más sofisticado se realice a distancia de las grandes concentraciones de población.

Los trabajos específicos sobre la ciudad desarrollados por la Escuela de Chicago siguen, desde una perspectiva teórica general, los enfoques de sociólogos europeos clásicos como Durkheim y Weber, tanto por la importancia concedida a la observación y el análisis empírico de las realidades estudiadas, como por el interés de Wirth en categorías de análisis que consideraban, como lo proponía Weber, el significado que el actor concedía a su acción.

Una experiencia personal

Entre 1968 y 1969, y como trabajo de grado, participé en uno de los primeros estudios sobre el centro de Medellín: *Criterios de prioridades para la renovación del centro de Medellín*, proyecto patrocinado por la oficina de Planeación Municipal y desarrollado por un equipo interdisciplinario, con la dirección de una arquitecta. Este trabajo, como otros que se realizaron en la época, podría decirse, de manera retrospectiva, que estaban orientados, en lo social, por los planteamientos de la Escuela de Chicago en cuanto a la concepción de ciudad que asumía y algunas particularidades de su metodología. Recuerdo muy bien el trabajo detallado de identificación, predio a predio, del uso y del estado de deterioro (físico y social), a fin de definir unas áreas homogéneas que, casi siempre, terminaban formando círculos o semicírculos en torno al centro histórico o corazón de la ciudad, identificado como el más deteriorado y que requería cambios radicales. Y no solo en este trabajo, sino también en otros de la época, se levantaban mapas detallados, se coloreaba predio por predio, se identificaban sectores homogéneos y tanto sociólogos como economistas y arquitectos discutíamos largamente el grado de deterioro de cada sector y,

por ende, la clasificación y la intervención que merecía (de conservación, de renovación, de erradicación total, etc.). Fue en esa época cuando se comenzó a pensar en Medellín que, ya que la ciudad se extendía a la periferia, que las clases altas que primero ocuparon el centro (parque de Berrío y sus alrededores inmediatos), que luego habían pasado al anillo exterior de la ciudad desarrollada hasta entonces (Prado y Miraflores), y que ahora se trasladaban a Laureles y empezaban a impulsar la expansión hacia fuera, era necesario el traslado de actividades culturales, comerciales e institucionales hacia la periferia del centro, para escapar al deterioro del centro tradicional o para impulsar el desarrollo de esos anillos periféricos. Mientras tanto, el centro histórico se abandonaba, y las fuerzas del mercado empezaban a valorizar más la periferia.

Claro que, en Medellín, y en esto tiene sin duda que ver la topografía, no toda la periferia era valorada. De ahí que las invasiones, las urbanizaciones pirata y, en general, la ocupación de tierras por los migrantes del campo que llegaban a la ciudad en grandes oleadas, fueran toleradas en sectores de la periferia (las hoy llamadas comunas nororiental y noroccidental).

Pero aquí no estamos hablando de la historia del desarrollo urbano de Medellín, sino de los enfoques con los que la sociología ha mirado la ciudad y, en mi opinión, creo que la Escuela de Chicago estaba presente y, en la medida en que se orientaron los análisis, pudo influir, igualmente, en la toma de decisiones. O quizás su desarrollo espontáneo solo seguía pautas similares a las identificadas por los estudiosos de la Universidad de Chicago en otras ciudades del mundo.

El desarrollo de la comunidad y la teoría de la dependencia: migraciones, sobre urbanización, marginalidad, pobreza

De otro lado, y con una mirada más política o “paternalista” que la aparentemente científica de los enfoques descriptivos anteriores, se impulsó todo un movimiento por el “desarrollo de la comunidad”. Y uno podría decir que ahí había también una teoría sobre la ciudad o, quizás, esa idea negativa sobre la vida urbana presente en el trabajo de Wirth. El “desarrollo de la comunidad” parecía buscar que los habitantes de los nuevos asentamientos urbanos, de los barrios de invasión, mantuvieran en la ciudad los valores

comunitarios y la vida de integración familiar propia del campo, como defensa frente a todo ese mundo impersonal y peligroso de la “vida urbana”. Es decir, el llamado era a que se formaran verdaderas comunidades, con valores y principios compartidos, con mecanismos de control social y moral, propios de la aldea de donde provenían.

Ese movimiento por el desarrollo comunitario, impulsado desde las instancias estatales, tenía como trasfondo, de un lado, contribuir a la solución de problemas sociales apremiantes, al tiempo que se protegía a las comunidades de las formas de vida urbana; y de otro lado, contrarrestar el influjo de los nuevos modelos de sociedad que se empezaban a conocer en el continente. El temor a la propagación de un espíritu revolucionario proveniente de la triunfante revolución cubana y los consiguientes apoyos de la comunidad internacional con Cuerpos de paz, Alianza para el progreso y Caritas incluidos, conducían a buscar salidas a los problemas sociales más álgidos en las nuevas poblaciones de migrantes.

El proceso de urbanización que conducía a las consecuencias de desequilibrio, pobreza y conflicto identificadas, eran analizadas bien como patologías propias de la desintegración moral y cultural (cultura de la pobreza) o bien como producto de una “sobreurbanización” (el ritmo de urbanización no correspondía al ritmo de industrialización y generación de empleo moderno) con formación de una población marginal no integrada al sistema y producto del subdesarrollo económico y social reinante en todo el continente. Este tema fue trabajado por los economistas y sociólogos (Germani, Quijano, Nun, Cardoso, Faletto, entre otros), reconocidos como autores de la “teoría de la dependencia en América Latina”.

Los sociólogos de la época nos movíamos entre los dos enfoques, según destacáramos las variables sociales o económicas del problema. Poco a poco fuimos haciendo la crítica a los enfoques culturalistas, a la “cultura de la pobreza”, y la teoría de la dependencia ganó terreno y contribuyó a la movilización y a la lucha contra el sistema de capitalismo dependiente.

De alguna manera en el debate entre desarrollo y subdesarrollo y en la asignación de responsabilidades al Estado y al capital, se puede decir que surgió la teoría de la dependencia que fue el eslabón para introducir el marxismo al análisis sociológico de la ciudad en Colombia y, quizás, en toda América Latina.

Una experiencia personal

Mi reflexión en torno a estos temas me condujo a escribir la tesis de maestría (1971-1972) sobre la cultura de la pobreza: *Is there a culture of poverty?* Dicho trabajo, documental y teórico (no de campo) fue un cuestionamiento a las implicaciones políticas del concepto de “cultura de la pobreza” desarrollado a partir de los estudios de Lewis sobre comunidades pobres en México (*Cinco Familias, Los Hijos de Sánchez*, entre otros), muy leídos y compartidos por los sociólogos norteamericanos de las escuelas culturalistas, en la década del 60.

Década del 70

Desde bien temprano en esta década el marxismo se impone como enfoque casi exclusivo y excluyente en las ciencias sociales en nuestro medio. En las escuelas de sociología (4 en la ciudad, en esa época) la teoría sociológica clásica (Comte, Durkheim, Weber y Parsons) se estudia, si acaso, a la luz del marxismo y como expresiones de visiones idealistas de la sociedad.

Los autores que orientan la investigación sobre la ciudad en nuestro medio son aquellos europeos o latinoamericanos que tienen algo que decir frente a la división de la ciudad por clases sociales, frente a los movimientos sociales urbanos, frente a la lucha por la vivienda y la tierra urbana: Henri Lefevre (francés) con *El derecho a la ciudad* (1973), *La revolución urbana* (1972) y *De lo rural a lo urbano* (1975); Manuel Castells (español) con *La cuestión urbana* (1974) y *Los movimientos sociales urbanos* (1975); Alain Touraine (francés) con *Movimientos sociales de hoy: actores y analistas* (1990); David Harvey (norteamericano) con *Urbanismo y desigualdad social* (1973); Jean Lojkin (francés) con *El Marxismo, el estado y la cuestión urbana* (1979); Emilio Pradilla (colombiano) con *La Lucha de clases y la cuestión urbana. Acerca de los llamados movimientos sociales urbanos* (1981), *Notas acerca del problema de la vivienda* (1976); y Humberto Molina y Samuel Jaramillo (colombianos), entre otros, con sus estudios sobre vivienda y renta del suelo urbanas, especialmente.

La concepción de ciudad que está detrás de los planteamientos de esta época y de esta tendencia es la de un hecho histórico determinado, una etapa en el desarrollo de la sociedad. En términos de Jordi Borja, para el marxismo

La ciudad es una realidad doblemente histórica. Es un producto de la historia y es el lugar de la historia. Su existencia y su futuro se explican por un conjunto de factores complejos: económicos, demográficos, sociales, culturales, políticos y administrativos. Pero esos factores se manifiestan en forma de conflictos sociales, de confrontaciones ideológicas. De iniciativas urbanísticas y económicas y de cambios políticos [...]. La ciudad de Marx no es producto de una historia deshumanizada, sino la historia misma hecha carne y movimiento, de trabajo convertido en piedra y de memoria que es cultura (Borja, 1989).

De manera similar podríamos extraer frases de los textos citados antes y ampliar el concepto de ciudad desde la perspectiva marxista, pero creo que no es necesario por ser bastante conocida. Quizás convenga, más bien, recordar que las discusiones llevaban a distinguir la ciudad como un hecho físico, de “lo urbano”, como “realidad social compuesta por relaciones a concebir, a construir o reconstruir por el pensamiento”, como lo expresaba Lefevre (1972); o como lo decía Castells (1974):

El término urbano no es inocente; sugiere la hipótesis de una producción del contenido social (lo urbano) por una forma transhistórica (la ciudad) y, más al fondo, expresa toda una concepción general de la producción de las relaciones sociales, es decir, en definitiva, una teoría del cambio social, una teoría de la revolución”. Igualmente se discutía la diferencia entre la ciudad (y la vivienda) en tanto valor de uso y en tanto mercancía; la distinción entre la función, la forma y la estructura urbana; la diferencia entre consumos individuales y colectivos en la ciudad y lo que implicaba para la organización y la lucha por el derecho a la ciudad.

Un punto de referencia básico para los nuevos teóricos del marxismo era la noción de “espoliación urbana”, especialmente, en relación con las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo en el contexto del modelo de acumulación capitalista periférica.

La teoría marxista renovó el pensamiento urbano en América Latina en varias dimensiones: sirvió para cuestionar la idea de la autonomía del espacio urbano y a aceptar el concepto de espacio socialmente construido, y politizó el tratamiento de los problemas urbanos mediante el énfasis en las contradicciones urbanas que generaba la relación entre el estado y el capital. Además, introdujo en la escena urbana los movimientos sociales.

Lo discutible, desde mi punto de vista, es que este enfoque al tiempo que reivindicaba una concepción de ciudad y sociedad, sin duda válida para dar cuenta de los fenómenos de explotación y desigualdad que se expresaban en las ciudades, rechazaba, con argumentos poco claros, los estudios empíricos, la recolección de datos específicos en las realidades micro, las descripciones de forma de vida o condiciones de adaptación a la vida urbana. Con un discurso general que calificaba de idealista todo trabajo que pudiera definirse como positivista y llegaban a construir marcos teóricos abstractos que aplicaban a todo objeto de estudio. En buena medida parecía que había una aplicación bastante mecánica de la teoría marxista o de los desarrollos de teóricos europeos a las realidades nuestras, sin la suficiente investigación y adaptación.

Una experiencia personal

Hacia finales de la década del 70 desarrollé, con otros colegas sociólogos, una investigación bastante juiciosa, con el objetivo de conocer las condiciones individuales y colectivas de reproducción de la población asentada en sectores de bajos ingresos, caracterizar su composición social, analizar los procesos de ocupación del espacio, así como establecer la relación entre esos procesos y las expresiones políticas e ideológicas que tienen lugar al interior del barrio. El estudio (*Composición social y movilización política en barrios populares de Medellín*) se desarrolló en cinco barrios de formación reciente, para población de bajos ingresos, los cuales representaban distintas formas de ocupación del espacio (invasión, urbanización pirata y producción institucional). El estudio partía de la afirmación:

Las ciudades, como Medellín, inscritas dentro de una formación social donde dominan las relaciones sociales capitalistas, están claramente estratificadas en el sentido de que la población se distribuye espacialmente por clases o estratos sociales, mediante la acción de

mecanismos como el mercado del suelo urbano y el mercado de la vivienda. Dicho mercado está regido por las leyes de la propiedad privada y determinado por los factores que incrementan la renta del suelo urbano (como inversiones, tanto públicas como privadas, políticas de uso del suelo, especulación, etc.). [...] La estratificación resultante de la acción de dichos mecanismos se expresa en condiciones diferentes de acceso por parte de las diferentes clases —localizadas en barrios o sectores—, a las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo (vivienda, infraestructura, servicios, etc.), en formas distintas de organización interna y de participación en las estructuras económica, política e ideológica de la ciudad y de la sociedad (Serna, *et al.* 1981).

Y en relación más explícita con el tema del trabajo se hacían afirmaciones, de contexto teórico, como las siguientes:

Los mecanismos de autoconstrucción de vivienda, trabajo comunitario en obras de infraestructura, ayuda mutua (organizaciones cooperativas), etc., constituyen formas de sobreexplotación del trabajador mediante la prolongación de la jornada de trabajo. Los habitantes de estos sectores se ven forzados a invertir gran proporción de su tiempo libre en este tipo de actividades, a fin de compensar la casi nula inversión pública y por ser muy limitada su capacidad económica.

El trabajo fue criticado, entre otras razones, por apoyarse en información empírica recogida mediante observación, entrevista, encuesta e información documental; por utilizar, dentro de un enfoque marxista, conceptos como estrato (y no siempre clase), pobre (y no siempre explotado o proletario) y por indagar acerca de dimensiones consideradas subjetivas (y por ende idealistas) como opiniones y creencias.

Desafortunadamente el enfoque marxista, que partía de una concepción de ciudad sin duda válida, aunque parcial, fue utilizado de una manera más que ortodoxa para eludir el análisis concreto. Los marcos teóricos llevaban ya explícitas las conclusiones del estudio y, en consecuencia, el estudio objetivo de las realidades urbanas poco o nada podía avanzar.

A partir de la década del 80

Se mantienen, en términos generales, los enfoques marxistas pero poco a poco se va introduciendo, a la luz de un interés por lo cualitativo, una nueva reflexión sobre lo simbólico. La ciudad no es solo hecho físico, o relaciones económicas; es también representación, es imagen, es construcción simbólica. Las realidades significan, tienen contenido a la luz de una mirada, una perspectiva que se reconoce válida.

Al mismo tiempo las miradas son más interdisciplinarias. El trabajo del sociólogo y del antropólogo se confunden en la mirada a la ciudad; ambos se apoyan en la historia, en la etnología, en la arquitectura, en la geografía, en la lingüística. La literatura les aporta por lo menos descripciones, sueños e imágenes que enriquecen su trabajo.

De la sociología se rescata y se mira con nuevos ojos el trabajo de Durkheim, especialmente, en *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912) muy cercana a la obra del antropólogo Marcel Mauss; igualmente, se regresa con nuevo interés a Weber y a Simmel, y se leen autores más recientes y otros ya no tanto, pero poco leídos, durante la época de predominio del marxismo. Me refiero a Irving Goffman, Howard Becker, Peter Berger, Thomas Luckmann, Aaron Cicourel, Harold Garfinkel, G.H Mead, Thomas Kuhn, Alfred Shultz, entre muchos otros, quienes aproximadamente, desde la década del 60 habían estado trabajando en una propuesta metodológica para las ciencias sociales, la cual estaba fundamentada en la fenomenología de Husserl, de Kant y de Wittgenstein, principalmente. Por fin en nuestro medio o, por lo menos desde la sociología, se empieza a hablar de realidades construidas, intersubjetividades, realidades múltiples, etc.

La obra de Weber interesa tanto por su metodología, por proponer la necesidad de comprender el sentido de la acción, como por el contenido de algunos planteamientos sobre la transformación de las sociedades: el tema de la rutinización, de la transformación del carisma y del desencantamiento del mundo, con la consiguiente posibilidad de un nuevo reencantamiento, es tomado como aporte a la crítica a la modernidad (que significa racionalidad instrumental, burocratización) y se constituye en una de las puertas de entrada a la teoría posmoderna, desde la sociología.

Al finalizar la década o al empezar la siguiente se conocen ya en nuestro medio las obras de Isaac Joseph (*El transeúnte y el espacio urbano*, 1988), Marc Auge (*Los no lugares*, 1993), y, con mayor fuerza, después de los seminarios de Manuel Delgado (*Las estrategias de memoria y olvido en la construcción de la identidad urbana*, 1995), en Medellín se habla de “no lugares”, “lugares y trayectos de la memoria”, construcciones colectivas de sentido, de identidad, etc., en relación con el estudio de la ciudad.

La crítica a la modernidad (como racionalidad instrumental, científico económica, identificada como progreso), permite reivindicar otros valores diferentes a la racionalidad propia de los planificadores que soñaban con ciudades de amplias vías, orientadas a la movilidad vehicular, ciudades rigurosamente zonificadas, ordenadas, ascéticas, funcionales, al estilo de la ciudad norteamericana, con áreas propias y separadas para habitar, trabajar, descansar, como lo había propuesto Le Corbusier en sus famosos *Principios de urbanismo*, conocidos como “La carta de Atenas”, en 1942.

Quizás, como lo expresa Lipovetsky (2006) se entraba ya “al menos mentalmente, en la era del urbanismo posmoderno, en el más allá de la ciudad funcionalista”. Ahora se pensaba en términos de un medio urbano habitable, esto es “humano”, en el cual se pudiera, como lo expresa el autor citado, “vagar, soñar, matar el tiempo”; se buscaba un lugar de encuentro “electivo y convival”, porque “en los tiempos del individualismo acabado, la nueva ciudad debería reconciliarse con la seducción de las formas, la diversidad arquitectónica, la personalidad del hábitat”.

Era también el momento de pensar en una ciudad, con un espacio urbano, que, en palabras de Silvia Arango constituyera un “hecho estético, esto es, lúdico, ético y trascendente”; una obra de arte de creación colectiva, compuesta tanto de elementos físicos (límites, formas, colores, olores, sonidos), como de personas (sus comportamientos, su presencia activa, las huellas de su presencia). En nuestro medio los aportes mediante conferencias y textos escritos de profesionales, como el de los arquitectos Silvia Arango, Juan Carlos Pérgolis, Armando Silva, Alberto Saldarriaga; de los filósofos Jairo Montoya y Jaime Xibillé, (profesores del postgrado de estética de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, sede Medellín), entre muchos otros, contribuyeron al desarrollo de este pensamiento entre sociólogos y otros profesionales estudiosos de la ciudad.

Al mismo tiempo se introduce también la valoración de la diversidad y variedad como elementos enriquecedores de la vida urbana, como lo había ya planteado años atrás Jane Jacobs (*The death and life of great american cities*, 1961) para quien la diversidad es superación de la monotonía y de la uniformidad, estas sí agobiantes y amenazantes de la vitalidad del entorno.

En síntesis, desde diferentes perspectivas y con el aporte de la historia, la filosofía, la estética, la literatura, el arte, la etnología, la arquitectura, entre otras, se desarrolla una corriente de sociología cualitativa de la ciudad, que es crítica de la modernidad, de la racionalidad utilitarista o funcional, para ser mucho más sensible a lo subjetivo, lo simbólico, lo lúdico y lo estético. Corriente que se expresa también en las acciones, por parte de entidades tanto públicas como privadas para rescatar y conservar el patrimonio arquitectónico y urbano de la ciudad y para intervenir el espacio público.

Introducir el criterio estético y la valoración patrimonial a la mirada a la ciudad siempre ha sido difícil, por cuanto no se cuenta con criterios objetivos o indicadores confiables para su evaluación; pero, al menos, se va imponiendo que se puede analizar el entorno urbano con referentes no solo funcionales-utilitaristas, sino también, en cuanto este represente algo, agrade a la vista, exprese cierta armonía de conjunto y, ante todo, que formas, colores y contrastes no sean agresivos a la percepción del ojo humano. Esa ha sido parte de la reivindicación de lo subjetivo, por la vía de la valoración cualitativa. Por esta vía parece posible que sociólogos y antropólogos hablen ya de ciudades con alma, con personalidad, que generan pertenencia, etc.

También por esta vía ha sido posible reconocer como lo hace Isaac Joseph (y en lo que Manuel Delgado insistió en el tema del primer seminario en la ciudad) que el anonimato, tan denigrado por Wirth como característica de la vida urbana y al cual se le achacaban muchos de los problemas de la ciudad, más que una condición misma de la ciudad es parte de su encanto liberador. Así, cuando se piensa en el espacio público urbano como el lugar para el encuentro no se hace con la mirada nostálgica de la vida de la pequeña aldea o de la ciudad intermedia, cuando aún los transeúntes que se cruzaban en las calles se saludaban, se reconocían, se identificaban por sus roles o sus posiciones sociales. Al contrario, se piensa con Isaac Joseph (1998) que

el espacio público tiene la necesidad no solo de la pluralidad de las diferencias, sino también de su enmarañamiento, de los efectos de movilización o de sobrecarga y de inmovilización que aquellas diferencias provocan; [y agrega:] en el horizonte de los tiempos oscuros se impone salvar el espacio público de la amenaza de la fraternidad.

De manera similar Bergman (1988) destaca el sentido liberador del anonimato que ofrece la ciudad moderna cuando, a partir de un poema de Baudelaire, expresa el significado que tiene para el poeta la “pérdida de la aureola” en el tráfico congestionado, en ese “caos en movimiento”, propio de la ciudad moderna. El poeta está contento por poderse confundir con los “simples mortales” sin ser reconocido. La ciudad le impone al hombre moderno un gran esfuerzo para sobrevivir en ese caos, sin distinciones ni privilegios, pero también le ofrece “nuevas formas de libertad”.

Y yo ya no sabría decir si esto es sociología, antropología, literatura o filosofía; pero eso parece ser lo característico de esta nueva etapa en el desarrollo de las disciplinas sociales.

Una experiencia personal

Con este enfoque en mente, a finales de la década del 90, realicé un estudio sobre el centro de la ciudad de Medellín, un estudio del cual solo desarrollé una primera parte, pero que pretendía aportar a la comprensión de la ciudad mediante la reconstrucción de las imágenes y representaciones que del centro de la ciudad de Medellín tienen sus usuarios. La idea era captar el sentido que los usuarios o actores conceden a su acción, el contenido de las orientaciones de sus interacciones sociales y de las formas de usar o apropiarse del espacio público urbano. El informe correspondiente a la primera parte titulado *El espacio público en el centro de Medellín. Hacia una tipología de sus usuarios* incluye una reflexión teórica sobre el sentido de un centro urbano y el concepto de espacio público, dentro de la concepción presentada antes.

Las nuevas demandas: ciudad sostenible, ciudad global, telépolis

Aunque la sociología no ha sido ajena al estudio de la relación del hombre con el medio natural (recuérdese la Escuela de Chicago), no puede hablarse de mayores avances, en las últimas décadas, en cuanto a la construcción de una teoría social sobre dicha relación. Los debates que se han dado, desde la sociología, se mantienen en los marcos generales utilizados en distintas épocas para el estudio de las relaciones sociales en la ciudad: ecologistas, culturalistas, marxistas, etc. La sociología se pregunta si la racionalidad económica que ha dominado la vida de las ciudades, en su etapa de desarrollo moderno, capitalista, puede garantizar su sostenibilidad y se habla de una racionalidad ambiental que involucra otros criterios y dimensiones (culturales o ecosociales) con una mirada a largo plazo, todavía muy incipiente en nuestro medio.

Pero más que eso, estaría el debate en torno al modelo de ciudad que incrementaría las posibilidades de sostenibilidad de un asentamiento humano. En este tema, de competencia también de la planeación, se avanza lentamente a pesar de las dificultades para modificar los imaginarios colectivos sobre el modelo de ciudad requerido para enfrentar los problemas ambientales futuros. Parece que aún las aspiraciones individuales de una vivienda campestre, individual, separada de las actividades de producción y servicios, no se logran compaginar con las demandas ambientales de una ciudad compacta y diversa.

Desde una perspectiva ambiental, la ciudad se entiende como un hábitat artificial, construido por el hombre, producto de la tecnología y, por lo tanto, de la cultura. Para algunos eso significa que no constituye un ecosistema ni puede funcionar con los principios de los ecosistemas naturales;² para otros en cambio, la ciudad constituye algo así como el “nicho” por excelencia de la especie humana, la ciudad es un organismo vivo al que se pueden aplicar las mismas reglas de funcionamiento de un orden biótico (la vieja pretensión de la Escuela de Chicago). Aunque cada una de estas dos posiciones tiene consecuencias distintas, y el debate entre culturalistas y ecologistas se

² Ver: Angel Maya, A. (1996). *Uso y Abuso de la Ciudad. Una Perspectiva Ambiental*. IV Encuentro Internacional Hábitat Colombia.

mantiene; por lo que la tarea para la sociología consiste en analizar las posibilidades de lograr cierta armonía entre el ecosistema natural y la ciudad; de conciliar, desde la planeación del ordenamiento territorial y desde la gestión urbana, la intervención depredadora del hombre sobre el ecosistema, con las acciones creativas que su cultura le permite desarrollar.

Es un hecho, como lo desarrolla bien Ángel Maya, que la ciudad es la culminación de la carrera tecnológica del hombre, carrera que requirió la domesticación de plantas y animales, para que el hombre, finalmente, pudiera detenerse y establecer su vivienda en cualquier lugar; aunque dicho triunfo de la cultura se ha logrado a costa de los ecosistemas naturales, “la ciudad ha sido rebelde para dejarse encasillar en los moldes de la ecología”. ¿Niega esa rebeldía la posibilidad de conciliar ciudad y medio ambiente?

En los argumentos de los socioecologistas, la esperanza para la ciudad del futuro está puesta en la recuperación de un orden natural ecosistémico, hoy alterado, lo cual supondría un nuevo equilibrio armonioso del hombre con la naturaleza. En la posición culturalista, en cambio, la única esperanza estaría en la misma capacidad adaptativa del hombre, en sus posibilidades de entender que necesita transformar sus relaciones con los ecosistemas externos como condición de supervivencia del sistema interno de la ciudad, lo cual significa asumir responsablemente el consumo interno de energía y de recursos, maximizando su capacidad creadora, su nivel de conciencia y, sobre todo, sus valores frente a la vida, la producción y la reproducción, etc. En el primer caso, la esperanza está puesta en las condiciones “naturales” del hombre (¿un regreso a un régimen premoderno, de naturaleza orgánica?), en el segundo en su “cultura” (y el desarrollo de la tecnología).

Entre el proceso de urbanización y el medio ambiente se dan relaciones muy complejas. Se puede hablar tanto de efectos intraurbanos como de otros relacionados con el medio donde se asienta el poblamiento. La urbanización es la transformación antrópica más drástica que pueda sufrir un medio biofísico; el cambio radical en usos del suelo, donde el suelo como tal pierde sus propiedades naturales como sustentador de vida, para pasar a ser soporte físico de estructuras artificiales, da una idea de la trascendencia de la modificación.

Las ciudades se han extendido incontroladamente sobre buena parte del planeta Tierra arrasando con los ecosistemas naturales, con los bosques y

aún con las tierras de cultivo. Además, las concentraciones cada vez mayores de población amenazan el equilibrio natural de ecosistemas con frecuencia frágiles, intervenidos para atender necesidades crecientes de agua y energía. La población sigue creciendo, especialmente en los países pobres y sigue concentrándose. En este contexto el concepto que se impone (no solo para la sociología) es el de “huella ecológica”, el cual obliga a pensar en el impacto de la ciudad sobre los ecosistemas circundantes.

Y aunque el tema demanda la intervención de diferentes disciplinas corresponde a la sociología analizar las fuerzas y los procesos sociales que han contribuido a transformar el medio ambiente, entendido no solo como recurso natural, sino también como instrumento de poder, como medio de legitimación social, como bien económico, etc. En este sentido, más que construir una teoría sobre la ciudad para la nueva etapa de la sociedad, le corresponde contribuir, con otros especialistas, a establecer los impactos ambientales de la actividad del hombre sobre los ecosistemas naturales.

En mi concepto, uno de los temas que explícitamente correspondería analizar a la sociología sería el tema del consumo (o los consumos), como práctica cultural ligadas a la vida de la ciudad. Y hablamos de muchos tipos de consumo; pero, en primer lugar, consumo de suelo urbano, consumo de recursos básicos para la vida (agua, aire), consumo superfluo y en relación con el consumo, la producción de desechos o residuos y la forma como se manejan. Y en este contexto, le corresponde también analizar en qué medida la ciudad moderna, planificada, extendida ampliamente sobre un territorio, que desde la perspectiva de la ciudad americana se nos había vendido como ideal, es compatible con los criterios de sostenibilidad ambiental.

Ciudad virtual o telépolis vs. metrópolis o megalópolis

Javier Echeverría, en su texto *Telépolis*, afirmaba:

La segunda mitad del siglo XX está dando lugar a la aparición de una nueva forma de coexistencia entre los seres humanos, que ya no está basada en la concentración de grandes masas de población en un territorio más o menos extenso, sino en su dispersión geográfica (1994).

A continuación, Echeverría desarrollaba las implicaciones del proceso de trabajo virtual y del avance en las comunicaciones, en la transformación de las ciudades. Para Echeverría, telépolis (ciudad global o ciudad a distancia) es la nueva forma de la interacción social; no es una simple sociedad de la información ni de las comunicaciones, sino una nueva forma social que está modificando profundamente los componentes más básicos de la vida social: la producción, el trabajo, el comercio, el dinero, la escritura, la imagen corporal, la noción de territorio y la memoria.

Por su parte, Castells ha abordado el tema desde 1995. “La ciudad de la información” como la llama, constituye un aspecto contradictorio de la globalización. Se trata de un mundo interconectado donde las sociedades y los espacios se relacionan entre sí a través de nuevas redes de comunicación. El espacio de los flujos de capitales y de los medios empresariales transnacionales coexiste con el espacio de lo cotidiano. Hay una “desterritorialización” tanto del capital internacional como de las relaciones sociales y políticas. Este es un tema que está por estudiarse y una tarea pendiente para la sociología, entre otras disciplinas. Tema en el que se aprecian las grandes contradicciones entre un mundo globalizado y los cada vez más restringidos flujos (físicos) de población entre países.

Aunque este debate tiene más de 10 años y sin duda avanzan las posibilidades que ofrece la tecnología para reemplazar muchos viajes urbanos y para reunir de nuevo, en el mismo espacio, las funciones de habitar y trabajar, las consecuencias para las ciudades como “hecho físico”, como concentración, no son aún evidentes. Lo cierto es que cada vez parecemos depender más de la movilización y de los sistemas de transporte.

Medellín, octubre 31 de 2006.

Referencias

- Borja, J. (1989) La democracia territorial. Descentralización del Estado y políticas en la ciudad. *Ciudad y territorio: Revista de ciencia urbana*, (81-82), 25-38.
- Castells, M. (1974). *La cuestión urbana*. Siglo XXI Editores.
- Castells, M. (1975). *Los movimientos sociales urbanos*. Siglo XXI Editores.
- Echeverría, J. (1994) *Telépolis*. Destino.
- Harvey, D. (1973). *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo XXI Editores.
- Jacobs, J. (1961). *The death and life of great american cities*. Random House.
- Lefevre, H. (1972). *La revolución urbana*. Alianza Editorial.
- Lefevre, H. (1973). *El Derecho a la Ciudad*. Península.
- Lefevre, H. (1975). *La vida social en la ciudad. De lo Rural a lo Urbano*. Península.
- Lipovetsky, G. (2006). *La era del vacío: ensayo sobre el individualismo contemporáneo*. Anagrama.
- Lojkin, J. (1979). *El Marxismo, el estado y la cuestión urbana*. Siglo XXI Editores.
- Maya, A. (1996). *Uso y Abuso de la Ciudad. Una Perspectiva Ambiental*. IV Encuentro Internacional Hábitat Colombia.
- Mesa, N. C., & Valdéz, P. (Comps.). (1988). Mitos y realidades de los llamados “movimientos sociales urbanos”. En N. C. Mesa & P. Valdéz (Eds.), *Los pobladores: Protagonistas urbanos en América Latina* (pp. 65-116). Centro de Estudios del Hábitat Popular, Universidad Nacional de Colombia.
- Núñez González, O., Pradilla Cobos, E., & Scheingart, M. (1979). Estudios demográficos y urbanos. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 13(3), 380-391.
- Touraine, A. (1990). *Movimientos sociales de hoy: actores y analistas*. Editorial Hacer.
- Wirth, L. (1956). *Community life and Social policy*. The University of Chicago Press.

Anexo fotográfico



Guaviare, 2018.
Foto del álbum familiar Vélez Serna.

❧ Anexo fotográfico



Encuentro social 2019. José Fernando Montoya, Antonio Pareja, Lucía Agudelo, Alberto Valencia, Albalucía Serna, Álvaro Quintero, sentados Jorge Gómez y Otto Gum.



Albalucía Serna, Dora Serna, Carlos Giraldo.



Encuentro 2022. Amparo Acosta, Germán Jaramillo, Sol Beatriz Bedoya, Patricia González, María Eliza Restrepo.



Encuentro Social 2019. De izquierda a derecha: Apolinar Londoño, Hernán Escobar, Patricia Restrepo, Patricia Posada, Ángela Ospina, Albalucía Serna, Dora Serna, Marta Palacio, Ángela Urrego.



Fotos aportadas por la familia de Albalucía Serna A. Quibdó, Chocó. 2018.

Fotos aportadas por Argelia Londoño, Serranía La Lindosa, Guaviare, 2018.



Atrás: Albalucía Serna, Argelia Londoño, Clemencia Hoyos, Beatriz Londoño. Adelante Andrés Vélez y guía local

Albalucía Serna, Argelia Londoño, Andrés Vélez.



Foto aportada por Margarita Peláez De izquierda a derecha: atrás: Albalucía Serna, Amparo Jiménez, Argelia Londoño, Alma Alicia Peláez, Margarita Peláez, Fernando Uribe; Adelante: Andrés Vélez, Diego Peláez, Carlos Giraldo. 2019.

Foto aportada por Luis Julián Salas, tomada en Salamina, Caldas.



Casa paterna de Albalucía Serna

Encuentro homenaje a Juan Fernando Mesa V., diciembre 2 de 2022



Jaime Ochoa, Juan Fernando Mesa, Albalucía Serna, Hernán Escobar, Marlene Ramírez, Fabio Betancur.



Francisco Núñez Lapeira, Albalucía Serna.



Ana Lucía Sánchez, Ángela Urrego, Dora Serna, Albalucía Serna, Francisco Núñez, Alirio Jácome, Ángela Ospina, Nancy Yudy Villa.



**Universidad
Pontificia
Bolivariana**

SU OPINIÓN



Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto. La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos. Para darnos su opinión, escribanos al correo electrónico: editorial@upb.edu.co
Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación, su nombre, correo electrónico y número telefónico.

El libro rinde un homenaje a la profesora Albalucía Serna Ángel, socióloga UPB. Algunos de sus textos académicos han sido recuperados para animar a las nuevas generaciones a apasionarse con la investigación de la ciudad, el medio ambiente y la profesión.



ISBN: 978-628-500-164-2



9 786285 100164 2

